Misión para la alimentación de
de niños en España, 1937-39



Levi C. Hartzler

Peregrinaje de servicio

PEREGRINAJE DE SERVICIO

Misión para la alimentación de niños en España, 1937-39

Peregrinaje de servicio

Levi C. Hartzler

traducido al español por Dionisio Byler

Biblioteca Menno

Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE

ISBN: 978-1503242258

Fotografía de portada:
Mennonite Church USA Archives, Levi C. Hartzler Collection, HM4-372SC, Folder 3.

Contenido

Láminas

Siglas de agencias internacionales, por frecuencia de mención

MRC *Mennonite Relief Committee* (Comité Menonita de Ayuda Humanitaria)

IC *International Commission for the Aid of Spanish Refugee Children* (Comisión Internacional para el Auxilio de Niños Refugiados Españoles)

AFSC *American Friends Service Committee* (Comité Americano de Servicio de la Sociedad de Amigos)

MBMC *Mennonite Board of Missions and Charities* (Junta Menonita de Misiones y Caridades)

MCC *Mennonite Central Committee* (Comité Central Menonita)

Prefacio

El programa de ayuda humanitaria para España realizado durante la Guerra Civil Española, entre noviembre de 1937 y el final de la guerra en marzo de 1939, merece su reconocimiento por escrito por cuanto supuso uno de los máximos esfuerzos de la Iglesia Menonita, dirigido por su *Relief Committee* [Comité de Ayuda Humanitaria] en cooperación con la *American Friends Service Committee* [Comité Americano de Servicio de la Sociedad de Amigos]. Por cuanto nunca se ha elaborado un informe detallado y al disponer yo de abundantes anotaciones personales, además de todos los artículos que escribí para la prensa de la iglesia [menonita] en aquella época, he decidido escribir esta historia desde mi punto de vista particular, con fines historiográficos. Para que esta historia conste como documentación creíble, me ha valido de las resoluciones recogidas en las actas de las comisiones Ejecutiva, de Misiones, y de Ayuda Humanitaria, de *Mennonite Board of Missions and Charities* [MBMC, Junta Menonita de Misiones y Caridades], así como las resoluciones adoptadas en las reuniones anuales del pleno de la Junta.

Mi jubilación, así como el interés de familiares, amigos y colegas, me ha estimulado a completar esta historia. Quiero agradecer a Clarence Fretz, Lester Hershey y Ernest Bennett —compañeros en la labor de ayuda humanitaria— por el ánimo que me han dado. He de agradecer especialmente a mi yerno, Dwight E. Grieser (Ed.D.) por poner a mi disposición su ordenador y programa de tratamiento de texto, por

ayudarme a aprender a usarlo, y por sus sugerencias acerca de la maquetación del trabajo. Sin su ayuda esta tarea habría sido mucho más difícil.

Mi oración es que este registro pueda inspirar a estudiantes en el futuro a abordar un peregrinaje de servicio.

Levi C. Hartzler, 1992

I

Preparación

La Guerra Civil Española (1936-1939) comenzó en julio de 1936 como resultado de la insatisfacción con el gobierno republicano establecido en 1931 cuando se destituyó la monarquía. El gobierno nuevo, sin embargo, precipitó la rebelión mediante políticas que limitaron las actividades de las tres clases gobernantes de España —los militares, el clero católico romano y los latifundistas— en su intento de establecer un gobierno auténticamente democrático.

El frente de combate se fue dibujando poco a poco a medida que una comunidad tras otra fueron cayendo bajo el control de los revolucionarios. Las primeras semanas del movimiento estuvieron singularmente marcadas por la muerte y el asesinato. Al cabo del primer mes desde el alzamiento, 100.000 personas habían perecido arbitrariamente, sin juicio (Thomas). Ambos bandos emplearon el asesinato como medio de liquidación de cualquiera que se sospechase colaboraba con el bando contrario. Muy frecuentemente la sola acusación de colaboracionismo desembocaba en muerte, aunque la acusación fuese falsa.

Cuando al fin se establecen unos frentes de combate más o menos definitivos, muchos civiles huyeron a regiones más seguras, lo más lejos posible de la batalla. Se establecieron centros de acogida para mujeres, niños y ancianos. El gobierno desarrolló departamentos para refugiados, que habían de proveer techo, alimento y un servicio rudimentario de atención médica.

Para el otoño de 1936, los Amigos[1] británicos y estadounidenses se habían interesado mucho en las condiciones de los refugiados españoles. La *American Friends Service Committee* (AFSC), con sede en Filadelfia, Pensilvania, envió a España a Sylvester Jones en diciembre de 1936 para evaluar las necesidades de los refugiados. Descubrió que había unos 150.000 niños refugiados en la España republicana sin una alimentación suficiente y unos 30.000 huérfanos de guerra en la España nacionalista con necesidad urgente de vestimenta y suministros médicos (Jones). Estos números aumentaron dramáticamente según fue progresando la guerra y cambiaban los frentes de combate.

Como resultado del informe presentado por Jones, AFSC propuso enviar alimentos, ropa y suministros médicos a España de una manera no partidista. Apeló a donaciones para este fondo entre todas las denominaciones y entre personas no creyentes pero interesadas en el ayuda humanitaria. También contactó con otras iglesias de la paz —menonitas y Hermanos[2]— acerca de la posibilidad de colaborar juntos en el proyecto.

O. O. Miller, secretario ejecutivo de *Mennonite Central Committee* [MCC, Comité Central Menonita], había estado en contacto con ASFC acerca de España y oyó el informe de

---

[1] «Amigos», escrito con mayúscula, indica personas u organismos de la *Society of Friends*, Sociedad de Amigos, conocidos frecuentemente por el mote peyorativo *cuáqueros.* Nota del traductor.

[2] «Hermanos», escrito con mayúscula, indica personas u organismos de la *Church of the Brethren*, Iglesia de los Hermanos, de raigambre alemana (no confundir con los Hermanos británicos) y tradición pacifista semejante a las de Amigos y menonitas. Los «anabaptistas» (menonitas, amish y hutteritas), con los Amigos y los Hermanos, constituyen lo que viene en conocerse como «iglesias históricas de la paz». Nota del traductor.

Jones. Él a su vez informó a la *Mennonite Relief Committee* [Comité Menonita de Ayuda Humanitaria] el 12 de febrero, 1937, recibiendo una respuesta positiva en cuanto a participar en un programa de ayuda humanitaria en España si se presentaban condiciones favorables.

El día siguiente, en una reunión de *Mennonite Central Committee*, Sylvester Jones explicó la necesidad de ayuda humanitaria ante representantes de Amigos, menonitas y Hermanos. MCC convino en cooperar con los Amigos y Hermanos en un esfuerzo de ayuda humanitaria para España. O. O. Miller y H. S. Bender en representación de los menonitas, y Dan West y M. R. Ziegler en representación de los Hermanos, fueron nombrados al Comité de Hermanos para España.

Durante los siguientes meses, AFSC en cooperación con los Amigos británicos, dio comienzo a un programa de ayuda humanitaria en España. Por algún motivo los grupos constituyentes de MCC tardaron en responder. Miller y Bender, ambos miembros del comité ejecutivo de MCC y también de *Mennonite Relief Committee* (MRC), empezaron a instar a MRC a participar en el programa de AFSC por la extrema urgencia de la situación. Las condiciones en que vivían los refugiados, particularmente en la España republicana durante el invierno de 1936-37, empeoraban dramáticamente.

En febrero de 1937 me decidí a dimitir como superintendente de *Mennonite Home Mission* [Misión Menonita Urbana], de Chicago, Illinois. Mi solicitud de ingreso en The Biblical Seminary de Nueva York fue aceptada. Sin embargo, el 11 y 12 de marzo asistí a un congreso sobre la paz en Manchester College, North Manchester, Indiana, invitado por O. O. Miller y H. S. Bender, de MRC. Allí me pidieron que fuese a

España si se abría una vía para un programa de ayuda humanitaria menonita.

La oportunidad de un servicio para personas tan necesitadas supuso un importante reto para mí, por cuanto me venía interesando el servicio misionero de ultramar desde que había oído a J. A. Ressler informar sobre su viaje al campo de misiones de la India en 1925. Por consiguiente, di mi consentimiento para aceptar el nombramiento a ese servicio si se llegaba a producir tal programa de ayuda humanitaria.

La aprobación para un programa menonita de ayuda humanitaria para España no se consiguió sin mucho debate previo entre los miembros del comité y el personal de gestión de misiones. Algunos recelaban de emprender un programa de servicio social sin un énfasis claro en la evangelización. Parecía poco probable que ningún tipo de actividad evangelística pudiera realizarse en un país católico convulsionado por una guerra civil —al menos, no al principio. Un miembro del Comité de Misiones llegó a observar que tal vez fuese más conveniente para los niños refugiados morir en la infancia inocente, en lugar de llegar a ser adultos no creyentes que acabarían muriendo pecadores.

En una reunión conjunta de los miembros de *Mennonite Relief Committee* y el Comité Ejecutivo de *Mennonite Board of Missions and Charities* celebrada el 14 de abril, se pidió a O. O. Miller redactar un borrador de declaración de política institucional con respecto a la labor de ayuda humanitaria en España, para su aprobación por ambos comités. La declaración de Miller fue aprobada por correo y añadida como apéndice al acta de la reunión del 14 de abril. Traía las siguientes provisiones tal cual se presentaron a los comités Ejecutivo y de Misiones de MBMC:

1. Que emprendamos y apoyemos la ayuda humanitaria para España una vez que se alcance algún cese de la contienda presente o en cuanto esté claro que dicha ayuda humanitaria se pueda prestar de una manera no partidista en forma y efecto.
2. Que entonces se envíe un obrero por los canales ofrecidos y hechos posibles por la Friends' Service Committee [Comité de Servicio de Amigos], cuyo servicio en el campo ha de coordinarse con el programa de campo de los Amigos y será supervisado por su director.
3. Que dicho obrero confirme las políticas institucionales y los proyectos por y para los cuales se han de destinar las contribuciones recaudadas en nuestras iglesias.
4. Que el sostenimiento y los gastos de dicho obrero vengan directamente de nuestra Junta; y que un porcentaje predeterminado de nuestra recaudación total para ayuda humanitaria, se entregue a AFSC para cubrir parte de sus gastos generales.
5. Que cualesquier aclaraciones sobre procedimiento con respecto al plan aquí esbozado, o sobre la interpretación que se hace del propio plan, serán dirimidas por esta Junta.

En la reunión plenaria anual de MBMC de los días 12-15 de junio, se instruyó al presidente, J. N. Kaufman, designar un comité de cinco personas que dieran un último repaso a todo lo tocante a España e informasen de sus conclusiones antes de terminar la reunión. Se aprobó entonces la siguiente declaración a manera de resolución:

«A la luz del intenso sufrimiento entre la población civil de España provocado por la guerra devastadora que desde hace meses viene asolando aquel infeliz país, y en armonía con la política institucional establecida por nuestra Junta para brindar ayuda a la humanidad sufriente cuando y

dondequiera se produce la necesidad de dicha ayuda y la oportunidad de prestarla, nos parece bien la idea de abrir una obra de ayuda humanitaria en España cuando los comités de Ayuda Humanitaria y Ejecutivo juzguen que dicha ayuda humanitaria se puede brindar eficazmente y se hayan recaudado fondos para este fin.

«Se sobreentiende que el mensaje del Evangelio acompañará la obra de ayuda humanitaria para el cuerpo, que los comités de Ayuda Humanitaria y Ejecutivo tendrán pleno control de toda obra de ayuda humanitaria que podamos prestar, que nuestros cooperantes (si es que se envían) se comportarán de una manera absolutamente no partidista en su trato con las personas entre las que trabajan y que, a la vez coordinarán estos esfuerzos de ayuda humanitaria con los de otras agencias de ayuda humanitaria que operan en España, se mantendrán absolutamente libres de cualquier tipo de enredo de alianza, bien sea política o religiosa. Cualesquier compromisos se acabe por asumir en la cuestión de abrir una obra en España, el envío de obreros o la determinación de políticas institucionales con respecto a la obra, deberán ser aprobados conjuntamente por los comités Ejecutivo y de Misiones, antes de entrar en vigor».

El 15 de junio, MRC autorizó a O. O. Miller y Levi C. Hartzler a contactar con los Amigos y pactar una política de cooperación para la obra en España, que el comité debería a la postre aprobar. Según se acordó entonces, los menonitas habían de trabajar en la España republicana. Los Amigos efectuarían los contactos necesarios con los gobiernos en Washington y en Europa. Los obreros menonitas también dispondrían de un nombramiento por parte de los Amigos y funcionarían como parte de su personal. Los fondos y suministros de ayuda humanitaria habían de canalizarse por

medio de los despachos de los Amigos en Filadelfia, Londres, París, Barcelona y Valencia.

En su reunión del 17 de julio, MRC elaboró planes para reunir ropa para los refugiados españoles. Se prepararon listas impresas y se hizo un llamamiento a los círculos femeniles de costura. La ropa debía estar preparada para enviar en octubre. Se establecieron tres centros de recolección: Elkhart, Indiana; Scottdale, Pensilvania; y Lancaster, Pensilvania. La *Eastern Mission Board* [Junta de Misiones del Este] consintió en cooperar con el programa de ayuda humanitaria y las Conferencias regionales de la denominación debían contactarse para solicitar su apoyo.

También se elaboraron planes para enviar dos obreros a España en el otoño: a Levi C. Hartzler y a D. Parke Lantz, misionero a Argentina que se encontraba a la sazón en EE. UU. Se estableció un presupuesto para seis meses y se generaron planes para una campaña publicitaria en los medios de comunicación de la Iglesia en agosto, y un boletín de promoción que debía estar listo para el 1 de septiembre.

Durante agosto y septiembre, estuve ocupado preparando publicidad donde *Mennonite Publishing House* [Casa Menonita de Publicaciones]: tres artículos para el *Christian Monitor* con información esencial sobre las necesidades reales de ayuda humanitaria que existían en España y cuatro artículos para *Youth Christian Companion* [Compañero Cristiano de la Juventud], describiendo los habitantes de cuatro de las regiones de España. El *Gospel Herald* [Heraldo del Evangelio] traía noticias cada semana de cómo progresaban los planes y la recogida de ropa y fondos. También preparé un pequeño boletín de ocho páginas solicitando fondos y ropa y explicando el plan de MRC de enviar dos obreros a España. Este boletín se distribuyó entre las iglesias a principios de octubre.

Las decisiones finales acerca de la ayuda humanitaria a España se abordaron en una reunión conjunta de los comités Ejecutivo, de Misiones y de Ayuda Humanitaria, que se celebró el 21 de septiembre, 1937. El comité pidió a O. O. Miller, H. S. Bender, y John L. Horst —todos ellos miembros del Comité de Ayuda Humanitaria— y a S. F. Coffman y Daniel Kauffman— que preparasen un plan de procedimiento. Se redactó la siguiente declaración, que fue aprobada conjuntamente por los comités:

«Por cuanto reconocemos que existe una gran necesidad de trabajo de ayuda humanitaria en España por motivo del sufrimiento que resulta de la guerra civil que se viene prolongando desde hace mucho y…

«Por cuanto creemos que es nuestro deber cristiano —que entendemos es un privilegio— contribuir a socorrer en esta necesidad y que no debemos ignorar tales oportunidades de prestar auxilio a los que padecen aflicciones (Mat. 25:40; Gál. 6:9, 10); por tanto […]

«Se resuelve que nosotros, los comités Ejecutivo, de Misiones y de Ayuda Humanitaria, reunidos conjuntamente, disponemos la recolección inmediata de fondos de asistencia y de ropa para los refugiados de guerra españoles durante este próximo invierno; y acordamos además el envío de dos obreros a España para que se hagan cargo de la distribución de alimento, ropa y otros artículos necesarios; y autorizamos al Comité de Ayuda Humanitaria a hacer conocer esta necesidad entre todas nuestras congregaciones, con la petición de que se recoja una ofrenda especial antes de o en el del Día de Acción de Gracias […]

«Y autorizamos al Comité Ejecutivo para que en cuanto se hayan recogido suficientes fondos y las circunstancias así lo aconsejen, envíen a los obreros a su misión.

«Se aprueba a los hermanos D. Parke Lantz y Levi Hartzler como obreros en España siempre y cuando el Comité Ejecutivo pueda concertar satisfactoriamente su disponibilidad de sus actividades presentes y para una duración satisfactoria de servicio en el campo».

El 28 de septiembre John L. Horst, secretario de MRC, envió una carta a los ministros menonitas informándoles de estas acciones emprendidas y rogando se recojan ofrendas y envíos de ropa para el Día de Acción de Gracias. Se refería a un artículo especial aparecido en el *Gospel Herald*, así como a la información publicada en otros medios impresos de la Iglesia.

O. O. Miller informó a John L. Horst el 28 de septiembre, que él y Henry Graber habían explicado estas resoluciones de los comités conjuntos de MBMC en la reunión trimestral de la Junta del Este (*Eastern Mennonite Board of Missions and Charities*), sugiriendo que EMBMC cooperase con el programa de ayuda humanitaria para España. El resultado fue que EMBMC adoptó la siguiente resolución:

«Tras algo más de debate, hubo una moción que se aprobó por unanimidad, de respaldar el programa de ayuda humanitaria en España emprendido por la *General Board*[3] y cooperar con dicha Junta en su apoyo, y rogar a nuestras congregaciones organizarse para ofrendas de dinero y ropa para esta causa».

Miller, nombrado por *Mennonite Central Committee* a la *Friends' Spanish Child Feeding Mission* [Misión de Amigos Para

---

[3] Esta «Junta General» no es otra que MBMC, la Junta Menonita de Misiones y Caridades de la denominación en todo EE. UU. y Canadá (en aquella época). La «Junta del Este» era —y sigue siendo— el brazo de misiones de una de las Conferencias regionales de los menonitas en EE. UU. Nota del traductor.

Alimentar Niños Españoles], a la sazón también secretario ejecutivo de MCC, informó del progreso del trabajo de ayuda humanitaria en España, a representantes de MCC en una reunión celebrada en Newton, Kansas, el 9 de octubre. Se acordó informar de esta obra a los demás grupos cooperantes con MCC, expresando el apoyo expreso de MCC y una apelación a fondos para la ayuda humanitaria en España. Sin embargo este llamamiento no obtuvo ningún resultado digno de mención.

En una reunión informal del Comité Ejecutivo de MBMC el 11 de octubre, se acordó el siguiente punto, según figura en Acta:

«Tras considerar debidamente las recomendaciones de MRC con respecto a establecer una obra en España, se votó aprobar el envío de obreros a principios de noviembre. También se votó delegar a D. Parke Lantz a MRC para que sirva en ese campo y que se le instruyera detenerse en Elkhart, de camino a Filadelfia, con el fin de formalizar las condiciones de su baja temporal». (Lantz estaba en California, donde pasaba su período sabático de la misión a Argentina.)

MRC, en su reunión del 11 de octubre, empezó a preparar su estrategia para el comienzo de la obra de ayuda humanitaria en España:

1. La ropa debía estar preparada para efectuar un envío el 11 de noviembre.
2. O. O. Miller y Levi C. Hartzler debían reunirse con los Amigos el 18 de octubre, para la tramitación de pasaportes y otros servicios.
3. Debían enviarse unos 2.500 dólares con los obreros, que debían embarcar el 1 de noviembre.
4. Hartzler sería el responsable de los recibos, gastos y contabilidad de los fondos de ayuda humanitaria.

5. Miller y Horst debían asegurarse de que la identidad de los menonitas se respetaría siempre que se informaba de la obra de ayuda humanitaria mediante el permiso obtenido del gobierno de España para los Amigos.

Lantz y Hartzler se reunieron con representantes de AFSC los días 19 y 20 de octubre. Entre los reunidos se hallaba John Reich, secretario del Comité para España de AFSC. Recibieron una orientación general al programa de los Amigos en España y también tramitaron los pasaportes y visados necesarios.

El 29 de octubre se celebró una reunión de representantes menonitas y de Hermanos con miembros de AFSC en *Friends House* en Filadelfia, para tratar sobre el esfuerzo cooperativo en España. Los Amigos que asistieron fueron Henry Tatnall Brown, Rufus Jones, Patrich Malin y John Reich; por parte de los Hermanos asistió una tal Mrs. Murphy; y por parte de los menonitas asistieron O. O. Miller, John L. Horst, D. Parke Lantz y Levi C. Hartzler. Se acordó que los menonitas servirían con los Amigos del lado Republicano y que los Hermanos, del lado Nacionalista. Los Hermanos enviaban a Dan West y David Blickenstaff.

A fin de proveerse de una base satisfactoria para operar conjuntamente en España, el Comité para España de AFSC y la *Mennonite Relief Committee* acordaron la siguiente declaración de política a seguir:

«*Mennonite Relief Committee* valora el privilegio de utilizar las instalaciones del Comité para España de *American Friends Service Committee* y reconoce el trabajo importante de preparación que ha realizado este cuerpo.

«*Mennonite Relief Committee* reconoce también que el patrocinio de *American Friends Service Committee* de los cooperantes menonitas ante el Departamento de Estado [de

EE. UU.] y agencias gubernamentales exige ciertas responsabilidades; y por consiguiente *Mennonite Relief Committee* instruye a sus obreros comportarse de buena fe ante todas las obligaciones que de ello devienen.

«Se presupone que los cooperantes de ambas entidades colaborarán en la planificación y gestión del trabajo en el campo y que sus planes se someterán a revisión y aprobación por parte del Comité para España y de *Mennonite Relief Committee*, en tanto que entidades responsables en el país de origen.

«Los responsables de *Mennonite Relief Committee* rendirán cuenta de los fondos que les son entregados; informarán directamente a *Mennonite Relief Committee* a la vez que al Comité para España.

«El tesorero de *Mennonite Relief Committee* enviará todos los fondos a *American Friends Service Committee* en Filadelfia para reenvío al campo para utilización por los obreros menonitas. Se rendirá cuenta regularmente sobre estos fondos, en los informes del Comité para España y por el mismo, en sus informes a *Mennonite Relief Committee.*

«Se dará informe de los recibos de *Mennonite Relief Committee* al Departamento de Estado bajo la rúbrica del permiso obtenido por el Comité para España; pero para que quede claramente establecida para cualquier referencia en el futuro, la naturaleza y el alcance del interés y la actividad menonita en España, su forma de informar deberá contar con la aprobación de *Mennonite Relief Committee*».

Se adquirieron billetes para Europa en el buque S. S. Europa, de la línea North German Lloyd, para el martes 2 de noviembre, para Lantz y Hartzler. Un grupo de amigos vinieron a vernos embarcar; entre ellos O. O. Miller, Paul Horsch y su esposa, Robert Shank (un compañero de

estudios en Goshen College); y George Smoker y su novia, Dorothy Waterhouse, que se encontraban estudiando en el *Biblical Seminary* de Nueva York.

George trajo a Dorothy para que viera otros hombres menonitas con *plain coat* como la que vestía él. Desafortunadamente, íbamos vestidos a la moda de la calle, por cuanto nos dirigíamos a un país católico en plena guerra civil, donde la iglesia apoyaba el bando nacionalista. Nosotros íbamos a servir en territorio republicano, donde una indumentaria de tipo clerical podía perjudicar nuestra labor.[4]

Llegamos a Southampton, Inglaterra, el lunes 8 de noviembre y nos dirigimos inmediatamente a Londres para consultar con los Amigos ingleses, que se iban a hacer cargo de nuestros fondos y de nuestros pedidos de aprovisionamiento. Al día siguiente tratamos con los Amigos acerca de cómo disponer del material que nos enviarían a España y cómo querían que les informemos de su distribución.

El miércoles nos reunimos con el Comité para España de los ingleses y asistimos al culto diario que se celebraba en el Centro Cuáquero. Uno de los cooperantes habló sobre la necesidad de la tristeza, el pecado y el sufrimiento en este mundo. No podía imaginar que ni siquiera en el cielo dejara de haber sufrimiento.

Fuimos a París por tren y ferry el jueves, 11 de noviembre. Nos establecimos en el Quaker Centre mientras obteníamos los permisos necesarios del cónsul estadounidense para entrar a España. Él nos dio también una carta de presenta-

[4] La *plain coat* (chaqueta sencilla) fue indumentaria típica de los menonitas durante aproximadamente un siglo hasta mediados del siglo XX. Solía ser negra y carecía de solapas, que eran consideradas un adorno mundanal y frívolo. Por el mismo motivo, se evitaba el uso de corbata. El aspecto general resultante se confundía con el del clero de otras iglesias. Nota del traductor.

ción para la Prefectura de Policía francesa, por cuanto íbamos a necesitar autorización para salir de Francia al entrar en España. La embajada española nos dio los salvoconductos necesarios para viajar por España.

El martes 16 de noviembre, partimos en el tren nocturno desde París hacia la población fronteriza de La Tour de Carol por la parte mediterránea de España, por cuanto nos dirigíamos a territorio republicano. El puente para cruzar el río que separa Francia y España estaba destruido y tuvimos que cargar con nuestro equipaje por un puente peatonal improvisado.

Después de pasar por la aduana española y cambiar nuestro dinero a pesetas, tomamos el tren de Puigcerdá a Barcelona. Al llegar fuimos directamente al Centro Cuáquero, donde nos alojamos siempre que vinimos a Barcelona.

El día siguiente visitamos dos comedores que regentaban los cuáqueros y observamos cómo llegaban las mujeres y niños mayores con sus botellas y tarros para llevarse leche reconstituida de leche en polvo. A las mujeres con bebés les daban leche condensada. Por la tarde fuimos a una colonia para niños huérfanos y abandonados.

Partimos de Barcelona a Valencia el sábado 20 de noviembre. Como Valencia era el puerto de entrada para nuestras provisiones, pasamos el lunes con Bárbara Wood, la encargada representante de los Amigos, conociendo las instalaciones para tratar las provisiones. El martes partimos para Murcia, sede central del programa de ayuda humanitaria de loa Amigos americanos, donde íbamos a trabajar como parte del programa de los Amigos durante el invierno de 1937-38.

Entre tanto las iglesias de nuestro país estaban juntando ropa que se embaló en fardos y facturó por mar desde Filadelfia a Valencia. Los fondos recaudados por las congre-

gaciones para apoyar nuestra labor, nos llegaban por medio del despacho de los Amigos en Londres, que nos hizo las veces de banco para Europa. Pedíamos fondos según los íbamos necesitando e informábamos regularmente a la sede de Londres así como a la central en Filadelfia de los Amigos de América y a John L. Horst, secretario para MRC.

Servicio en el programa de los amigos

Los bombarderos de Mussolini nos recibieron en la zona donde habíamos de servir. A eso de las 3 de la madrugada del 23 de noviembre, en Valencia, nos despertó el ruido de las baterías antiaéreas dispuestas en el tejado de un edificio próximo al lugar donde nos alojábamos. Podíamos oír a la distancia la explosión de las bombas, probablemente en el mismo puerto donde iba a llegar nuestro cargamento. Los aviones italianos bombardeaban el puerto constantemente para interrumpir el abastecimiento de España republicana, por cuanto Mussolini apoyaba a Franco y su alzamiento.

La mañana siguiente partimos para Murcia por camión, deteniéndonos brevemente en el hospital de niños que habían montado los Amigos en Alicante. Al llegar a Murcia disfrutamos de un té con algunos de los cooperantes de los Amigos, en el hospital de niños que tenían ahí. La ciudad ya estaba atestada de refugiados y tuvimos que alojarnos en un hotel del lugar. La primera noche nos alojamos en uno bastante pobre, pero el día siguiente conseguimos una habitación en el Hotel Victoria, que era el mejor de Murcia y daba a la plaza principal. Todos los huéspedes utilizaban el mismo servicio y duchas. Como el agua solía salir fría, aprendimos a madrugar muy temprano para ducharnos antes de que se agotara el agua caliente.

No tardamos en conocer la obra que ya estaba en marcha. Esther Farquhar, la directora para los Amigos, que estaba muy necesitada de unas vacaciones, nos ayudó a conocer el

programa y también el personal. Me asignaron la responsabilidad de gestionar las operaciones y Lantz, que se desenvolvía bien en castellano, hizo de portavoz con las autoridades y con la gente que servíamos. Me dispuse de inmediato a estudiar español.

El gobierno republicano tenía su propio programa para refugiados, por medio de la Asistencia Social. Descubrimos que el director local era muy amable y dispuesto a cooperar. Como agencia de ayuda humanitaria, nos valimos de la Asistencia Social para que nos ayudaran con las cuestiones legales, en particular las tocantes al gobierno y los refugiados. También proveímos alimento y ropa para los refugiados que estaban a cargo de la propia Asistencia Social. Además, los Amigos habían organizado comedores para los refugiados, que servían un desayuno y una merienda a media tarde en sus residencias. El gobierno había enviado por lo menos 2.000 refugiados a la provincia de Murcia. La mayoría llegaron con lo puesto y nada más que lo que podían cargar en su persona.

Recuerdo muy bien la primera vez que entramos a una de estas residencias, que ellos llaman «refugios». Antes de la guerra el edificio había sido un antiguo convento, que en absoluto había sido construido para que resultase cómodo. Entrando por una gran puerta, nos hallamos frente a un corredor largo y oscuro, con suelo de piedra y techo muy alto. Había puertas desde el corredor a las estancias privadas que hacían de despacho para los diferentes funcionarios y en algunos casos, se utilizaban como aulas para actividades de los niños. Desde el otro extremo del corredor llegaba un fuerte olor de la cocina mezclado con humo de la chimenea. Unos servicios más o menos públicos estaban situado demasiados próximos al comedor, que se prolongaba hacia la

cocina por el lado derecho del corredor y estaba lleno de mesas y bancos de factura muy basta.

A la izquierda de la puerta principal, una escalera zigzagueaba a la primera y segunda plantas. Allí había grandes dormitorios llenos de camas. Unas diez o veinte familias tenían que compartir su intimidad en cada dormitorio. A cada familia les asignaban el espacio justo para que durmiesen sus miembros. Aunque el aire se colaba por todo el edificio, olía a pestes por falta de instalaciones adecuadas de saneamiento.

Para poder suplir la necesidad de leche para los pequeños, las agencias gubernamentales habían montado las Gota de Leche, puntos de abastecimiento donde las madres podían recibir leche para sus párvulos. Esto se montó allí donde las agencias de ayuda humanitaria donaban leche y había un médico disponible para consulta y para recetar leche conforme a las necesidades de los pequeños. Sin embargo no tardamos en caer en la cuenta de que la propia población del lugar estaba muchas veces más necesitada que los refugiados que recibían ayuda del gobierno.

La necesidad de leche es algo que me hizo una impresión imborrable por la experiencia que viví en la Gota de Leche de Almería, donde traían los bebés para que los pesaran semanalmente. Su régimen estaba controlado estrictamente por orden del médico. El director y yo estábamos estudiando el registro que se llevaba del peso de los niños. En eso, una refugiada se saltó la cola que había afuera y entró con su bebé envuelto en un extremo del chal que llevaba sobre su cabeza y hombros.

Hablando con el joven a cargo de la Gota de Leche, pidió leche para su bebé de tres meses que, aunque no parecía flaco, estaba muy pálido y no se movía. Le dijeron de buenas maneras que quedaba muy poca leche y que no iban a poder

ayudarla ese día. Entonces ella produjo una cartulina roja bastante sucia que le había entregado el comité para refugiados del gobierno, donde ponía que necesitaba leche para el bebé.

—Ya he estado aquí otras veces —dijo—, y siempre me dicen que vuelva otro día.

—Sí —replicó el director—. Pero es que ahora no tenemos leche para usted. Hasta los que figuran en nuestra lista sólo están recibiendo la mitad de la ración asignada esta semana. Y no sabemos cuándo recibiremos más.

—Pero es que no tengo bastante leche para amamantar a mi niño y si ustedes no me dan leche ¿qué? ¿Se supone que tengo que dejar que se me muera?

Dicho lo cual empezó a llorar mientras suplicaba que le dieran leche. Fue una escena muy difícil, por cuanto sabíamos que no sólo no podíamos ayudarla entonces mismo, sino que por culpa de cómo iba la guerra, tampoco podíamos decirle nada concreto acerca de cuándo habría leche. Se anotó su nombre en una lista de espera con otros 23 y se le dijo que en cuanto hubiese bastante leche, recibiría ayuda. Después nos enteramos que nuestro cargamento de leche en polvo había estado paralizado en Barcelona toda una semana.

Después fui con el médico a la clínica, donde me contó acerca de la mucha necesidad en Almería. Él tenía la impresión que disponíamos de provisiones en Murcia pero que los responsables no se lo estábamos enviando. Le expliqué lo mejor que pude nuestra situación con la leche. Nuestros pedidos no nos llegaban. Esto pareció satisfacerle. Me contó que estas madres y sus bebés eran responsabilidad suya. Me consta que estaba prestando este servicio de forma absolutamente gratuita; y en el tiempo corto que pude observar su trabajo, me convencí de que su sinceridad era intachable.

Toda esa experiencia me demostró hasta qué grado los puntos de entrega de leche nos brindaban una oportunidad de prestar un servicio de socorro realmente importante. Resultaban ser fáciles de montar allí donde pudiésemos hallar personal del lugar dispuesta a trabajar e instalaciones apropiadas para ello. Lo que nos correspondía a nosotros era proveer la leche, en polvo o concentrada por evaporación.

El programa de los Amigos incluía dos hospitales infantiles, uno en Alicante y el otro en Murcia. También llevaban una combinación de hospital y Gota de Leche en Almería. El fin de los hospitales era servir a niños refugiados que estuviesen enfermos o malnutridos. Cuando había plazas, también se admitían niños del propio lugar. Lo que nos correspondía a nosotros era asegurarnos de que a los hospitales no les faltasen los alimentos y medicamentos para poder funcionar eficazmente.

Poco después de llegar a Murcia visitamos el hospital una mañana y hallamos a los niños jugando afuera al sol. Luego visitamos en sus dormitorios a los que estaban demasiado enfermos para levantarse. El hospital estaba en un edificio grande con dormitorios agradables y soleados que daban al sur. Había unos 43 niños ingresados y recibiendo cuidados. Parecían más limpios y felices que los niños en los refugios.

La enfermera nos enseñó un chico de trece años que acababa de llegar ese mismo día y estaba solo, aparte. Nos contó que toda su familia estaba «del otro lado», lo cual quiere decir que era imposible comunicarse con ellos. Su historia nos apretaba el corazón; aunque sabíamos que él era sólo uno entre muchos. En algún lugar había un padre y una madre que se preguntarían con angustia qué habrá sido de su hijo. Seguramente se alegrarían de saber que estaba siendo cuidado porque algunas personas bondadosas estaban enviando ayuda para niños desgraciados como él.

Muchas veces nos invitaron al hospital de Murcia para comer o para reuniones de equipo, donde además de tratar asuntos había compañerismo. En el hotel nuestro alimento tenía muy poca carne aparte de algún filete de burro de vez en cuando. Murcia está situada en el valle de un río y se conoce como la huerta de esa parte de España, por la abundancia de frutas y verduras que se cultivan allí. Sin embargo debido a la enorme afluencia de refugiados, esa producción local también escaseaba.

Para poder comer lo bastante como para conservar la salud, hallamos una señora que estaba dispuesta a prepararnos una comida al día en su casa. Pudimos añadir a los alimentos que ella conseguía en el mercado, algunos alimentos importados provenientes de nuestro almacén. También nos hicimos con un hornillo que enchufamos en la habitación del hotel y así nos preparábamos nuestro propio desayuno de chocolate y pan. De vez en cuando, cuando los conseguíamos, también podíamos hervir unos huevos duros.

Los Amigos habían hallado un edificio que les servía de almacén y despachos. Todas las provisiones llegaban ahí por camión desde Valencia: alimento, ropa, provisiones para el hospital, y también la fruta del lugar que conseguíamos obtener (especialmente para los hospitales). La fruta del lugar consistía de naranjas, albaricoques y melones.

Un día Don Miguel Aguilera, el encargado del almacén, trajo una niña consigo al despacho donde yo trabajaba. Su hija Estrella, que era enfermera, la había encontrado en el hospital donde trabajaba. La niña no tenía nadie que la cuidase. Era de Teruel, una ciudad en el frente norte. Pudimos darle una muda entera de ropa. Observé que se palpaba el jersey nuevo como queriendo asegurarse de que no era un engaño. Cuando le pregunté si le gustaba, la carita se le iluminó con una sonrisa muy graciosa. Estrella me contó

que en el hospital no conseguían hacerla hablar. Pero ahora, con la ropita nueva, empezó a contestar todas las preguntas. Estrella trabajaba en un hospital de la ciudad.

La semana antes habían traído al almacén un niño pequeño que había recibido el alta del hospital de los Amigos y pudimos darle una muda completa de ropa. Entró a mi despacho y me dijo que dijera a los niños de América «Gracias» por su ropa nueva. Salió con una sonrisa enorme en la carita.

La necesidad de ropa se presentaba de formas muy diversas. Los niños pequeños que venían al centro de reparto colgados de los brazos de sus madres durante el invierno de 1937-38, con el tiempo frío y los días incómodos de lluvia, solían tener sabañones en las manos y pies, sus piernas a la intemperie. Muchas veces sus cabezas descubiertas estaban empapadas con la lluvia fría. Las mujeres refugiadas solían venir muy mal vestidas, tratando de abrigarse con un chal en lugar de un abrigo, los pies calados en alpargatas de tela. Además, los refugios donde vivían eran muy fríos, con corrientes de aire, y hasta los más robustos acababan mal de salud.

El alimento y la ropa del almacén de los Amigos también se repartía a las colonias de niños que gestionaba el gobierno. Los niños eran refugiados huérfanos o abandonados por padres que no podían atenderlos. Normalmente se alojaban en grandes casonas rurales abandonadas por sus ricos propietarios que apoyaban a Franco y habían huido al otro bando.

Uno de los problemas que se nos presentó de inmediato fue la falta de transporte. ¿Cómo traer provisiones a Alicante, a Lorca, a Almería? ¿A las Gota de Leche y las colonias de niños? Necesitábamos una furgoneta de reparto. Contactamos con John L. Horst, secretario de MRC, explicándole la

situación. El Comité decidió proveer los medios para una furgoneta y pidió a AFSC que la adquiriese y se asegurase de su entrega en España.

La furgoneta se adquirió y se entregó en España. En uno de los lados llevaba el rótulo: «Mennonite Relief Committee» y por debajo: «Ayuda a los niños». En el otro ponía: «American Friends Service Committee» y por debajo: «Ayuda a los niños». De frente, arriba del parabrisas, se leía: «Ayuda americana a los niños». Esta furgoneta, así rotulada, hizo que fuese mucho más fácil que los españoles reconocieran nuestra labor. La furgoneta facilitó mucho la comunicación entre los diferentes puestos e hizo posible aumentar nuestro programa de ayuda.

No solamente repartíamos alimentos y ropa por las agencias de gobierno sino también con proyectos privados que servían a los refugiados. Uno de esos proyectos era una colonia agraria de niños en Crevillente, un pueblo en la carretera a Alicante desde Murcia. Francesca Wilson, una voluntaria británica, tuvo la idea, encontró un director y obtuvo ayuda de los Amigos.

La idea de la colonia estaba pensada para chicos refugiados de entre 13 y 16 años, aunque a la postre se modificó para acoger también a chicos de entre 10-12 años. Estaba a kilómetro y medio de Crevillente, en la montaña. Los chicos aprendían a cultivar y regar la tierra que había disponible. Las parcelas no nos parecían más que pequeñas huertas; y así se mimaban. En la colonia cultivaban lechuga, rábanos y patatas.

Además de los cultivos, los chicos aprendían carpintería y mecánica. Los que no sabían leer y escribir, lo aprendían. Visitamos la semana después de que habían aceptado algunos chicos nuevos procedentes de refugios en Murcia. Algunos que habían entrevistado pero no aceptado decidie-

ron ir de todas maneras, recorriendo a pie los 50 kilómetros desde Murcia. Por la noche durmieron a la intemperie. Cuando por fin llegaron, fueron acogidos por su perseverancia.

No tardamos en aprender que las reglas de vida españolas eran bastante distintas que las nuestras. Por ejemplo, conseguimos comprar cierta cantidad de naranjas del lugar, destinadas a las colonias de niños. La mujer responsable de la ropa en el almacén pidió a Parke Lantz algunas naranjas. Cuando él se negó a dárselas porque habían sido compradas para los niños, nuestro personal del almacén se enfadó mucho. ¿Y por qué no iba a poder llevarse la pobre mujer algunas miserables naranjas?

También recuerdo haber seguido uno de los carros de dos ruedas de los hortelanos por el pueblo. Las calles eran tan estrechas que los peatones tenían que ponerse a un lado para dejar pasar el carro... y cuando pasaba, se quedaban con una naranja. Aunque el hortelano los viera, nada decía. Me explicaron que es perfectamente aceptable si tienes hambre, detenerte en el camino donde hay naranjos y llevarte una o dos naranjas para calmar el hambre.

Los Amigos habían alistado a dos pastores bautistas para la gestión del almacén, Don Miguel Aguilera y Don Sebastián Villar, que eran cuñados. Aguilera era el presidente de la sección española de la Unión Evangélica Mundial y Villar el secretario. Aguilera vino a vernos la noche que llegamos. Su casa acabó siendo un refugio para nosotros en muchos sentidos. Acudíamos ahí a la oración los domingos por la tarde y nos quedábamos a cenar. Cuando Lantz empezó a tener dificultades con lo que nos daban de comer en el hotel, el matrimonio Aguilera nos invitó a cenar hasta que se puso mejor.

Sin embargo a Aguilera le costaba aceptarme como director del programa por mi juventud. Yo no había cumplido 30 años. En cierta ocasión nuestro chofer de la ambulancia, Santiago Smilg, le dijo a Aguilera que necesitaba pedirme permiso para usar la ambulancia para llevar a su hijo al hospital porque yo era el responsable, Aguilera le contestó: «¡Pero qué dices! ¡Ese sólo el responsable de la cocina!»

La ambulancia tuvo que prestar servicio para todo nuestro transporte hasta que obtuvimos la furgoneta. Era una vieja ambulancia de la Primera Guerra Mundial que había sido donada por amigos en Inglaterra para el programa de los Amigos. Smilg era un judío alemán cuya familia se había mudado a Sudáfrica a poco de nacer él. Se alistó en el ejército británico al empezar la Primera Guerra Mundial y después desertó y huyó a España, donde administró una finca grande al oeste de Murcia antes de que empezara la Guerra Civil. Él y su familia habían huido a Murcia cuando los campesinos del lugar se habían sublevado y apropiado de las tierras al principio del movimiento.

Aunque Aguilera y Villar eran pastores evangélicos, no celebraban reuniones en Murcia por carecer de los fondos necesarios para alquilar un local. Ya habíamos contactado con evangélicos tanto en Barcelona como en Valencia. Mientras estuvimos en Murcia asistimos a la Asamblea de Hermanos en Cartagena y también contactamos con un matrimonio evangélico, de apellido Aernis, en la cercana Archena. Ellos repartieron algo de nuestra ropa y alimentos entre familias necesitadas de su pueblo.

El domingo 6 de marzo, 1938, después de recibir la furgoneta marca Matford, Lantz, Aguilera, varios hermanos españoles y yo llevamos algo de leche, ropa y jabón al pueblo de Ontur en la provincia de Albacete, unos 100 kilómetros al norte de Murcia. Una escocesa, una tal Miss Douglas, tenía



Archena. Comedor. Losniños se llevan cada dos semanas un pedazo de jabón.
Mennonite Church Archives, Levi C. Hartzler Photograph Collection HM4-372 SC, Folder 3.

allí una escuela dominical que consiguió mantener abierta a pesar de la guerra. Ese domingo había más de 200 chiquillos. Llegamos a eso de la 1:30. Cantaron y recitaron versículos de memoria para nosotros durante media hora y entonces los mandaron a casa para que trajeran a sus padres para un culto a las 3:30. Entre tanto, nos sirvieron una comida de chivo, pan integral, té y galletitas hechas para la ocasión.

En el culto de las 3:30, conté mi testimonio en mi mal español, Lantz explicó por qué estábamos en España y uno de los hermanos españoles predicó. Algunos días después de nuestro regreso, Miss Douglas nos mandó un informe detallado de la distribución del material que habíamos dejado con ella. Contó de una abuela cuyas dos nietas recibieron ropa. La abuela pidió un abrigo porque sufría mucho con el frío, habiendo huido de Málaga que está al sur de España.

«Le di uno de los cortos —escribió Miss Douglas—. Ella hizo como los niños con un juguete nuevo, se puso a bailotear de alegría. Y después el jabón. A muchos era lo que más felices los hacía...

«Me daba pena no tener nada para los ancianos —seguía contando Miss Douglas—, más que un pedazo de jabón para las mujeres y una lata de carne para los hombres. Qué felices estaban todos. Un anciano vino y le di una lata de carne y le dije que lamentaba no tener nada apropiado para él en cuanto a ropa. Pero el se fijó en los abrigos para las señoras y me dijo que sentía mucho el frío. Así que le di un chaquetón corto con solapa de piel. Se marchó encantado.»

Una secuela del viaje a Ontur se dio en la casa de Don Miguel el lunes por la noche cuando nos invitaron a Lantz y a mí a cenar. La gente de Ontur nos habían dado un chivo a Lantz y a mí en gratitud por los alimentos y ropa. Viajó en la furgoneta y no paró de balar durante todo el viaje a Murcia.

Como Lantz y yo vivíamos en el hotel, no teníamos ninguna forma de preparar el chivo para comer. Los Aguilera estuvieron encantados de hacer eso por nosotros y compartimos con ellos una cena muy especial.

Cuando llegamos a la mesa, ahí estaba el chivo asado entero, cabeza y todo, sobre un gran plato frente al anfitrión, Don Miguel me pidió mi plato, cortó la cabeza y me la puso en el plato, que puso frente a mí con la cabeza mirándome. Me estaban dando la parte más codiciada, la del huésped honrado. Me quedé un instante mirando esa cabeza, la familia entera pendiente de mi reacción, y recordando cómo había balado el pobre chivo todo el camino desde Ontur. Al fin dije, disculpándome:

—No, no... no me lo puedo comer.

—No pasa nada —dijo el anfitrión—. Me la puede dar usted a mí—. A fin de cuentas, era él el siguiente en el rango de honor de aquella mesa.

Para marzo de 1938, Lantz y yo decidimos que si los menonitas íabmos a seguir otro año en España, debíamos desarrollar nuestro propio programa en lugar de seguir con el de los Amigos. Nos pareció que la labor debía tener una mayor dimensión espiritual. El caso es que Lantz era de la opinión que debíamos abandonarla del todo. Como en cualquier caso su compromiso era de sólo cuatro meses, MRC pidió que volviese el 10 de mayo. Lo llevé a Valencia el 8 de abril. Regresó a Estados Unidos por Barcelona, París y Londres.

Un día en marzo un amigo nuestro que era profesor en uno de los colegios públicos nos contó la siguiente historia:

—Mis chicos se han estado comportando muy mal en el colegio. Un chico en particular, parece incapaz de vivir en paz con sus compañeros. Lo descubrí peleando una y otra

vez, hasta que por fin me enteré que viene al colegio sin desayuno y tampoco trae almuerzo. Algunos de los chicos podían traer un pedazo de pan o una naranja para almorzar y Pepe lo codiciaba tanto que estaba dispuesto a pelear para robárselo. A partir de ese momento he estado cayendo en la cuenta de que la falta de prestar atención de los otros chicos y chicas se debe también al hambre. Ya es sobradamente difícil enseñar sin artículos esenciales como lápices, papel, tinta y libros. Pero cuando los chicos además tienen tanta hambre que no se pueden concentrar, ¿qué puedo hacer?

Hicimos un análisis de nuestras provisiones y después fuimos donde el Alcalde para ofrecerle una provisión de pan y leche para los 4.000 escolares de Murcia si se daba el caso de que esa situación era lo bastante general como merecerlo. Se convocó una reunión de maestros, que confirmaron que efectivamente la cosa era tal como nos la habían contado y se comprometieron con entusiasmo a ayudarnos a repartir ese alimento entre los niños.

El Alcalde, que antes había sido maestro de escuela, también estaba encantado con la idea de dar un desayuno a los escolares, como también lo estuvieron los directores de los centros, que comprometieron su cooperación. Después de esto pasó algún tiempo mientras hubo que hallar y organizar lugares donde mezclar y repartir la leche, y elaborar un programa detallado de distribución.

Hallamos un lugar donde mezclar la leche en la cocina de un importante hospital militar, donde a las 7:30 de la mañana, el lunes 23 de mayo, mezclamos el primer lote de leche. No era poca cosa mezclar 1.000 litros de leche y ese primer día sólo éramos la mitad de los que hacíamos falta, de tal suerte que no acabamos hasta la 1:00. Algunos de los chicos acabaron recibiendo una merienda y no un desayuno. Al día siguiente, con más gente ayudando y más material

disponible, pudimos acabar para las 11:00. Cada día fue mejorando nuestra eficiencia. Los maestros ayudaban a preparar la leche y se hacían cargo del reparto en los colegios.

El polvo de leche entera que utilizábamos era muy bueno. Cien gramos de polvo de leche producían un litro de leche excelente; con cada kilo de polvo elaborábamos diez litros — bastante para cuarenta niños. En otras palabras, para 4.000 niños empleábamos 100 kilos de polvo de leche por día, a lo que añadíamos 20 kilos de azúcar.

Con la harina hacíamos unos panes de 100 gramos cada uno. Se cortaban por la mitad y a cada niño le tocaba una mitad. Para los más pequeños esto era bastante, aunque para los mayores podría haber sido más. El pan se elaboraba el día anterior a su reparto. En Estados Unidos un vaso de leche para un niño hambriento sería un placer; pero para los niños de Murcia, el pan era lo más apreciado. Sin embargo también les gustaba la leche. Cuando un niño que en casa nunca quería tomar la leche se expresó entusiasmado con la leche que le servían en el colegio, su hermana mayor le dijo, extrañada:

—Pero Pepe, si en casa nunca te tomas la leche.

Pepe se quedó pensando un instante y replicó:

—¡Ya, pero ésta es leche en polvo!

Una mañana visité uno de los colegios más grandes mientras se repartían los desayunos. Cuando llegué a la puerta del colegio con la leche, los niños se arremolinaron alrededor de la vieja ambulancia de la Primera Guerra Mundial que estábamos empleando para transportar la leche. Los chicos mayores ayudaron a llevar los tarros de leche al gran patio junto a la escuela, donde se hacía el reparto. Este patio estaba rodeado por un cerco de hierro muy alto frente al colegio. Había grandes árboles que brindaban una sombra

excelente para los largos bancos de escuela que se habían puesto allí para que se sentaran a beber su leche lo niños.

Como el colegio era bastante grande, se habían organizado para servir a los niños en grupos de 100. Cada clase tenía su lugar asignado en la mesa y después de formar fila, los chicos marchaban cada cual a su lugar, sonriendo y meneando sus tazas de metal esmaltado o llevando con cuidado sus tazones de porcelana. Cada niño traía su propio recipiente y la variedad era muy interesante. Tazas grandes, tazas pequeñas, de metal esmaltado, latas, tazones, vasos de vidrio. Muchos de los niños traían también cucharas, disponiéndose a hacer sopas de pan y leche.

Apiñados alrededor de la mesa con el tintineo de sus cucharas y tazas de metal esmaltado, esperaban para que los sirviese un grupo de ayudantes elegidos entre los niños mayores. Primero recibían un pedazo de pan, después se recogían sus tazas y los ayudantes las llenaban. A cada uno le tocaba un cuarto de litro de leche. Era un placer ver comer a los chicos, sabiendo que muchos no habían podido desayunar nada en casa. Sorbían la leche con una expresión de sublime satisfacción y desmenuzaban en ella el pan o lo iban comiendo a trozos. Una niña fue corriendo a la verja y le dio la mitad de su pan a su madre por entre los barrotes.

La última del primer grupo fue una chiquilla de tal vez cuatro años con ojos oscuros, pestañas negras y un lacito violeta atado a un lado de su cabello negro brillante, peinado con cuidado. Vestía una chaquetita tejida, de color amarillo y sobre ella un gran delantal azul cuyo peto blanco estaba atado cuidadosamente al cuello. Qué seriedad había en su carita bronceada mientras sorbía las últimas gotas de leche de su tazón antes de que su maestra se los llevase para dejar el sitio al segundo grupo.



Murcia. Desayuno escolar.

Mennonite Church USA Archives, Levi C. Hartzler Collection, HM4-372, Folder 3

Otros tres grupos fueron llegando, cada uno con el mismo entusiasmo por el alimento como el primero. A todos se trató de igual manera, porque todos necesitaban comer. Un gitanillo con ojos negros muy graciosos tenía dos tazas. Los ayudantes llenaron las dos pensando, evidentemente, que como estaba a su lado sobre la mesa, seguramente pertenecía a algún otro chico del colegio. La segunda taza estaba tan al borde de la mesa que parecía que se iba a caer. Entonces el chico cogió la taza de la que estaba bebiendo y la otra también y se dirigió al muro bajo, de hormigón, donde estaban fijos los barrotes de la verja. Puso las dos tazas sobre el muro. Luego siguió bebiendo pero fijándose mucho en mí por cuanto yo lo observaba a él. Su compañerito esperó con paciencia al otro lado. Al fin en un momento cuando yo no miraba, la segunda taza —y el compañerito— desaparecieron detrás de un depósito de agua, de hormigón; y allí comprartió su premio con su hermanita. No tardaron los dos en volver para observar a los niños del colegio disfrutar de su desayuno.

Una chiquilla trajo algo de azúcar para echar a la leche. Otra trajo un frasquito con café, que echó a la suya. Un chiquillo pensó que no le llegaba el pan, así que sacó de su bolsillo un bollo seco y duro, que empezó a desmenuzar en su leche.

Después del desayuno los niños lavaron sus tazas en un grifo cercano, los secaron con servilletas y los volvieron a guardar en las bolsas o cestas con que las habían traído al colegio. Un niño no quiso molestarse con una bolsa. Desabrochó uno de los tirantes de su peto, pasó por él el asa de su taza y se lo volvió a abrochar. Otra nena muy pequeñita llevó su vaso y se lo dio a su abuelita que esperaba al otro lado de la verja.

Como sobró algo de pan, los niños mayores recibieron dos pedazos. Algunos se lo zamparon de inmediato, pero otros muchos lo guardaron cuidadosamente en el bolsillo para su madre, hermana o algún otro de su casa.

Cada mañana a las seis y media, seis días a la semana, en la cocina del Hospital Militar y por cortesía de las autoridades del hospital, ocho personas empezaban la labor de mezclar mil litros de leche para cuatro mil escolares hambrientos. A las nueve la leche se entregaba en el primer colegio y para las diez y media ya se había repartido toda. Disponíamos de bastante leche, entre lo que teníamos a mano y lo que estaba en camino, para seguir así durante tres meses. Un problema grande fue la harina, pero esperábamos conseguir trigo para moler hasta que llegara nuestro cargamento.

Cada desayuno nos costaba 1,2 céntimos de dólar por día, algo menos de 10 céntimos por semana, unos 36 céntimos por mes. Había por aquel entonces más niños hambrientos en Murcia que en ningún otro tiempo de la guerra.

Hacia finales de marzo nuestros ayudantes españoles en Almería expresaron una honda inquietud acerca del gran número de gente mayor que acudía a pedir ayuda. Parecía ser que los ancianos estaban padeciendo tan severamente como los niños. Después de consultarlo, decidimos apartar parte de nuestras provisiones para un desayuno de chocolate y galletas para cincuenta ancianos. Ese número creció rápidamente a más de doscientos. Era todo un cuadro ver a estos ancianitos llegar apoyándose en sus cachavas o sosteniéndose uno a otro, ansiosos por no perderse su taza de chocolate caliente. Muchos trajeron sus propias tazas. Las tazas de metal, perfectamente limpias, que les ofrecíamos no parecían ser de su agrado. Un hombre que había sido funcionario del gobierno municipal comentó: «Jamás en la

vida pude imaginar que iba a acabar así». Expresó un agradecimiento sincero por lo que recibía.

De vez en cuando diversas agencias interesadas en ayudar a los niños que padecían en España, pero no en establecer un programa propio, mandaban material a las agencias que ya estaban funcionando. A principios de 1938 la *Committee on World Friendship Among Children* basado en la ciudad de Nueva York nos envió cientos de maletas pequeñas, forradas en tela a cuadros en blanco y negro. Estaban llenas de ropa, artículos de tocador, material escolar y juguetes y venían etiquetadas con indicaciones como: «Para un niño de ocho años», «Para una niña de seis años». Los niños y niñas de América habían preparado y mandado estas maletitas para los de España.

Cuando llegó el primer cargamento al depósito cuáquero y menonita en Murcia, los hijos de los empleados se emocionaron mucho. Un día el hijo de seis años de nuestro capataz del depósito, llamado Jaime, vino a ver las maletitas. Estaba muy emocionado cuando las vio y me pidió una.

—Tendrás que esperar a que regrese Miss Farquhar —le dije—, porque ella será la encargada de su distribución.

Se le cambió la carita.

—Pero es que se habrán acabado para cuando ella regrese —lloraba mientras corría a su padre en busca de consuelo.

Unas semanas más tarde Jaime se enteró que estábamos dando maletitas a todos los niños y niñas que recibían el alta de los hospitales de niños; de manera que cuando llegó su padre del trabajo, lo estaba esperando.

—Papá —rogó, al borde de las lágrimas—, quiero enfermarme para que me manden al hospital. Entonces podré volver a casa con una maletita.

Más tarde cuando por fin distribuimos maletitas a los niños de nuestros propios empleados, me tocó a mí el

privilegio de ser el que los entregaba. Jaime contestó cuando llamé a la puerta de su casa portando tres maletitas; una para él y otras para sus dos hermanos. En cuanto puso el ojo en las maletitas empezó a brincar de alegría y se fue corriendo donde su madre, chillando con emoción:

—¡Aquí está Míster Levi, aquí está Míster Levi! Nos ha traído las maletas.

Jaime cogió la suya, la puso sobre una silla, la abrió y sacó un jersey de lana, muy abrigado. Danzando de alegría la metió otra vez en la maleta, la cerró y se dio un paseo con ella por el salón. Luego la puso sobre otra silla, la abrió y sacó una pelota de caucho que Jaime se puso a rebotar en el suelo, con los ojos brillantes de felicidad. A continuación guardó la pelota en su sitio, se dio otro paseíllo por el salón y esta vez cuando la abrió, halló una caja de lápices de colores. Jaime estaba tan contento que no cabía en sí.

La madre de Jaime echaba a faltar pasta para lavarse los dientes; al ver que el maletín de Jaime traía eso también, ella también se emocionó. Esa noche antes de acostarse metió mano en la maleta de Jaime, puso un poco en su cepillo de dientes y se dispuso a lavarse los dientes. Sin embargo la pasta no hizo espuma sino que parecía pegársele a los dientes, dejando un sabor muy extraño. Desde luego, no sabía leer inglés, de manera que no había entendido las palabras que llevaba impresas el envase: *Le Pages School Paste* (Pegamento escolar Le Pages).

Jaime encontró una interesante carta en su maleta, que ponía:

Queridos niños de España,

Los niños de América os mandamos nuestro cariño y buena voluntad. Sabemos que os gusta jugar tanto como a nosotros así que os mandamos algunos juguetes y juegos.

Naturalmente una maleta es para llevar ropa, así que también estamos mandando algunas cosas que os podéis poner.

Queremos ser amigos de los niños de todos los países. Queremos que nuestro mundo sea mejor cuando nosotros seamos mayores y pensamos que tal vez eso se cumpla si los niños de los diferentes países nos hacemos amigos. Cuando nos conozcamos mejor, es menos probable que hagamos la guerra, porque conoceremos los problemas de los demás.

Esperamos que algún día podamos ir a vuestro país y que vosotros podáis venir al nuestro.

Vuestros amigos,

Los niños de América

Esa noche cuando Jaime oró antes de acostarse, dio gracias a Dios por los niños y las niñas de América que le habían mandado cosas tan bonitas.

La *International Commission for the Aid of Spanish Refugee Children* (Comité Internacional para el Auxilio de Niños Refugiados Españoles) envió a Malcolm de Lilliehook, un oficial del ejército sueco, a investigar las necesidades de los niños españoles con la idea de participar en la obra de auxilio en España. Necesitaba que alguien lo llevara de un sitio a otro para poder determinar las necesidades de auxilio en el centro y sur de España, precisamente la zona donde trabajábamos nosotros. Los Amigos opinaron que debería ser yo quien se dedicara a ello, utilizando nuestra furgoneta Matford.

Lo que sigue es mi informe de ese viaje. Fue muy valioso para el futuro de nuestro propio trabajo, por cuanto tuvimos ocasión de evaluar la zona donde nuestro programa menonita iba a estar trabajando durante el invierno de 1938-39.

Lilliehook llegó a Murcia el 5 de junio. Estuvo algunos días observando el programa de los Amigos en la zona. Hacia las 12:30 el 7 de junio, anunció que su comitiva estaba preparada para marchar hacia Almería. Se subió a la furgoneta al lado mío y partimos para Lorca, donde los Amigos tenían un programa de auxilio.

En la comitiva iban la Sra. Barbara Wood, representando la *National British Committee for Spanish Relief* (Comité Nacional Británico para Auxilio a España); el Dr. Nystrom, Cónsul sueco en Valencia, que viajaban en el coche del consulado; y el Dr. Martin Herford, de Barcelona, que representaba el *Friends Service Council* (Concilio de Servicio de los Amigos) y viajaba en un coche prestado por las autoridades militares. La procesión se disgregó ya antes de salir de Murcia, por cuanto la Sra. Wood y el Dr. Nystrom salieron a toda prisa para visitar un hogar para mujeres refugiadas en Vélez-Rubio y el Dr. Herford paró en una gasolinera para repostar y más tarde tuvo que parar otra vez para reparar un pinchazo.

El Comisionado Lilliehook pidió que paráramos en Lorca para ver la obra americana allí e investigar las condiciones entre los refugiados. Mientras yo intentaba contactar con el Dr. José Pallares, nuestro colaborador, el Comisionado se entretuvo con un chico de trece años que sabía francés, una lengua que el Comisionado dominaba muy bien. El chico lo había pasado muy mal durante la guerra. Su padre y madre fueron asesinados delante de sus ojos por soldados fascistas y cuando él había cogido un arma para vengar esa muerte, a él también le habían disparado —aunque no de muerte. Más tarde había conseguido huir a territorio republicano.

Con los ojos echando chispas, exclamó con amargura:

—¡Si algún día tengo la oportunidad, mataré a todos los fascistas que vea!

Lilliehook le dio una lata de leche para aplacar el hambre y se dirigió al despacho del Comité de Refugiados del lugar para obtener permiso para inspeccionar las condiciones de vida de los refugiados, en lo que había sido un convento. La mayoría de las habitaciones estaban limpias y ordenadas; algunas no tanto, otras francamente sucias. Cada familia debía hacerse cargo de la limpieza de su propia habitación.

Los refugiados mismos estaban vestidos en harapos. Su comida era bastante mala; sin carne ni fruta (aunque había albaricoques que se pudrían en el suelo a 60 kilómetros, por falta de quien los cosechara y transportara), muy poco pan; consistía fundamentalmente de verduras y patatas. Se alimentaban a lo sumo dos veces al día. Hasta los niños tenían que pasar sin desayuno a menos que las autoridades locales tuvieran la fortuna de recibir un cargamento de leche o chocolate por medio del gobierno. Una chica de 15 años se quejó al Comisionado, en francés, de que no les permitían salir de Lorca para ver a sus parientes por la normativa severa contra el constante ir y venir de refugiados.

En el Centro de Auxilio observamos una merienda para madres con niños de pecho y para niños malnutridos. Las mujeres llegaban con caras tristes y expresiones de agotamiento, con los niños en brazos o de la mano. Los niños no jugueteaban sino que se estaban quietos, con la mirada fija, mientras esperaban su pan y chocolate. Entonces todos comían con tanta satisfacción que a uno casi se le caían las lágrimas de verlos.

Dejándolos a su magro disfrute nos dirigimos hacia Almería, llegando justo a tiempo para una cena reconfortante que nos prepararon unos amigos muy generosos.

Al día siguiente el Gobernador de la provincia de Almería, el Sr. Eustaquio Espinosa —acompañado por su secretario— aceptó nuestra invitación a tomar el café con nosotros.



El Comisionado Malcolm de Lliehook observa a dos cooperantes de los amigos repartir leche. La Comisión Internacional, creada por varios gobiernos de Europa, donó una parte importante de los alimentos repartidos.
Mennonite Church USA Archives, Levi C. Hartzler Collection, HM4-372SC, Folder 3.

Respondió a todas nuestras preguntas acerca de los números y las condiciones de los refugiados en la provincia, con un manifiesto sentido de responsabilidad.

—Han llegado miles aquí procedentes de Málaga —dijo—, y muchos que habían ido más lejos han vuelto aquí con la esperanza de tal vez poder volver a casa. Como Almería no es una provincia rica, tenemos dificultades para atender a tanta superpoblación. Las condiciones más difíciles son seguramente las que se encuentran fuera de la propia ciudad de Almería, en el norte de la provincia. Mañana, si les parece, les puedo acompañar a uno de esos pueblos.

—¿Eso nos queda en el camino a Jaén? —preguntó el Sr. Lilliehook.

—Sí, sí. No es el camino más directo, pero la diferencia no es importante. ¿A qué hora quieren salir?

—Probablemente lo mejor sería las 8:30 —contesté yo—, especialmente si queremos llegar a Jaén antes de que anochezca.

—Muy bien —respondió el Gobernador—. Estaré aquí con mi coche mañana por la mañana, a las 8:30. También les mandaré alguien que les podrá mostrar lo que quieren ver esta tarde; y voy a escribir una carta de presentación para mi amigo, el Gobernador de Jaén.

—Muchísimas gracias —replicó el Comisionado, estrechando la mano del Gobernador.

Después que se hubo marchado, nuestros amigos nos contaron que era un refugiado de una des las provincias vascas y había conseguido escaparse de Gijón justo antes de que cayera en manos de los fascistas.

Esa tarde visitamos el comedor para los refugiados y la cocina donde observamos preparar la cena. Se estaba

cociendo y sirviendo una olla muy vulgar, de patatas, arroz y alguna verdura. A cada refugiado le tocaba un cazo de esta olla y un pequeño trozo de pan. Las familias que vivían en casas particulares mandaban un representante a buscar la ración para la familia en un recipiente.

Por todas partes veíamos suciedad y enfermedad. Abundaban especialmente el escorbuto y el tracoma. Jamás podré olvidar observar a una pobre familia que caminaban pesadamente por la calle vestidos en harapos, mugrientos, el padre y la madre poco menos que ciegos por el tracoma. Una pequeña de unos cinco años, víctima ya de esta terrible enfermedad, correteaba junto a su madre. Otra criatura, que la madre llevaba en brazos, parecía sana aunque seguramente su trágico destino ya estaba sellado.

La Asistencia Social del lugar, un departamento del gobierno, había establecido una clínica para el tratamiento del tracoma. Se estaba haciendo todo lo que se podía para detener la expansión de la enfermedad; pero era una labor harto difícil por la gran escasez de jabón.

Otra actividad importante de la Asistencia Social era la alimentación de unos cuatrocientos niños cada día. Esta obra había empezado para los niños pobres mucho antes de que empezara la guerra y los ciudadanos de Almería estaban haciendo todo lo que podían para mantenerla a pesar de una muy grande escasez de alimentos. En tiempos normales se alimentaba a seiscientos niños dos veces al día. Ahora tan sólo se podía hacer una vez al día y solamente para los más necesitados.

Temprano por la mañana siguiente recibimos un mensaje del Sr. Espinosa a efectos de que no nos iba a poder acompañar en el viaje de inspección acordado, por causa de otros asuntos que exigían su atención inmediata. Nos hizo entregar, sin embargo, una presentación para el gobernador

de Jaén. Después de un breve debate decidimos que el Comisionado y yo nos detendríamos en Guadix para investigar las condiciones allí, para encontrarnos con los otros miembros de la comitiva en Bailén, Jaén, por la noche.

El camino ascendía por la Sierra Nevada hasta que cruzamos hasta el lado norte, para después continuar por una ancha meseta hasta casi llegar a Guadix. Muchas veces durante el largo ascenso miramos hacia atrás, a un pueblito montañés colgado de la ladera de la montaña que había enfrente. Alcanzando por fin la meseta contemplamos con asombro la canosa Sierra que ascendía hasta el cielo, pareciendo desafiar el poder del hombre para conmoverla con sus bombardeos, no importa lo fieros que fuesen. Justo más allá de esa imponente barrera se encontraban las líneas enemigas.

Acercándonos a Guadix descendimos desde la meseta a un valle hermoso y de repente nos hallamos en la ciudad. Inmediatamente busqué a un viejo amigo que nos presentó al Alcalde. Le explicamos el propósito de nuestra visita y al instante el propio Alcalde nos acompañó donde la cocina para refugiados.

Se estaba preparando la comida en un patio exterior a la cocina, con el fin de no ensuciar la cocina con el humo de la leña verde, que era el único combustible disponible. Dos enormes ollas estaban burbujeando y crepitando sobre el fuego.

—¿Qué tenéis para comer hoy? —preguntó el Sr. Lilliehook.

—Habas y fideos —replicó el cocinero—. Es lo único que ha habido estas últimas semanas. Pero estas habas están muy duras y hay que cocerlas una eternidad.

Las habas son una legumbre muy grande, bastante común en el sur de España. Son bastante comestibles mientras están

tiernas, pero estas parecían haber endurecido mucho y por mucho que se cocieran, no iba a aumentar su valor nutritivo. Observamos cómo madres, niños y ancianos por igual se congregaron alrededor de largas mesas de madera y comieron la ración de cocido con gran apetito.

Me volví hacia el secretario del Comité de Refugiados, que se había unido a nuestra comitiva, y le pregunté:

—¿Cuántos comen aquí?

—Unos cuatrocientos —contestó—. No todos viven aquí en este edificio, pero vienen aquí para comer.

—¿Cuál es la ración de pan?

—Doscientos cincuenta gramos por persona, cada tres días; pero el caso es que varía bastante. Últimamente la ración ha estado decayendo. Ahora que se aproxima la siega, en breve deberíamos tener más pan.

—¿Qué piensan hacer en cuanto a ropa este invierno? —inquirió el Comisionado.

—No sabemos. El caso es que es tan enorme la necesidad ahora mismo, que tratar de imaginar lo que será el invierno es desesperante.

Agradecimos a nuestro amigo la información que nos dio y procedimos a ver algunos de los refugios. Algunos de los refugiados vivían en la más pasmosa suciedad, mientras que otros conservaban sus habitaciones todo lo limpias que era posible en esas condiciones. Algunas de las madres nos rogaron jabón para lavar a sus hijos, jabón para lavar la ropa. Jabón. Su triste ausencia nos confrontaba en todas partes.

Ya se hallaba bastante avanzada la tarde y todavía nos encontrábamos muy lejos de nuestro destino. Abandonando Guadix por la carretera principal hacia Granada, poco después viramos hacia el norte, en dirección a Úbeda. La carretera atravesaba una planicie ancha, para después cruzar

las montañas y penetrar las colinas ondulantes de los campos de Jaén. Aquí las colinas y los valles estaban cubiertos de enormes extensiones de olivares. Pudimos ver Úbeda desde lejos, porque está situada en la cima de una ancha elevación en el paisaje y su antigua fortaleza controla una excelente vista de la tierra alrededor.

Eran ya las ocho de la tarde cuando nuestro vehículo entró en Úbeda. El caballero para quien traíamos una carta de presentación se había ido a Barcelona antes que las tropas de Franco cortaron la carretera. No había vuelto. Después de explicar nuestra misión nos enviaron donde una señora americana —que a la sazón resultó ser española, pero con algún conocimiento de inglés gracias a haber pasado un año en Estados Unidos. Su tarea en Úbeda era dirigir un gran centro de salud, que incluía clínicas para madres y niños, más un puesto de leche para lactantes.

—Aquí en Úbeda —empezó—, ahora tenemos una población de unas cincuenta mil personas. En tiempos normales la cifra es de treinta mil. Para estas cincuenta mil personas, disponemos de mil litros de leche de vaca diarios, lo cual significa que solamente llega leche para los más necesitados. A mí me dan veintisiete litros para mi puesto de leche para lactantes. Con eso estoy atendiendo a treinta y cinco bebés. Podría atender a más bebés, pero el resultado sería que todos estarían malnutridos. Me pareció más sabio alimentar correctamente a treinta y cinco que repartir entre cincuenta una pésima oportunidad de sobrevivir. ¡Qué felices seríamos si tan solamente dispusiésemos de más leche para los críos!»

Nos mostró el equipamiento de las clínicas y del puesto de leche. Descubrimos que era de excelente calidad. Lo único que faltaba eran medicinas y leche.

Partiendo de Úbeda hacia las 9:30, nos dirigimos a Bailén, donde teníamos reservadas habitaciones en un excelente hotel para turistas. La mañana siguiente el Sr. Lilliehook y yo fuimos a Jaén, por una carretera en buen estado, que serpeaba por las colinas y campos de grano que ondeaban al viento. Aunque los campos amarilleaban para la siega, vimos muy pocos segadores. Naturalmente, estaban en el frente. Algunos pudieron volver para ayudar con la siega, pero el trabajo quedó principalmente para los ancianos, con la ayuda de mujeres y niñas.

Entramos a la ciudad de Jaén cuesta arriba, porque está situado al lado norte de una montaña que mira sobre los campos ondulados de la provincia. El antiguo alcázar, que domina la ciudad desde las alturas, parecía arrojar sobre nosotros su sombra.

Dirigiéndonos directamente al cuartel del Gobernador, pedimos audiencia. Después de esperar lo que al Comisionado le pareció una eternidad, fuimos admitidos y el Gobernador nos recibió con mucha cortesía. El Gobernador, muy recientemente nombrado, dijo que él mismo todavía se encontraba intentando familiarizarse con la situación de Jaén, pero que nos prestaría toda la ayuda que podía.

—En ese caso será que ha recibido usted el telegrama del Dr. Negrín informándole de nuestra llegada y sabrá qué clase de información es la que estamos buscando —dijo Lilliehook.

—Sí —respondió el Gobernador— y ya he dado órdenes a todos los alcaldes de la provincia para que me manden inmediatamente sus estadísticas tocante al número de niños refugiados que se están atendiendo. Ahora que están ustedes aquí, volveré a recordarles que el asunto es urgente.

—¡Oh, muchas gracias! ¡Estupendo! —exclamó el Comisionado, sonriendo.

—¿Podría usted darnos una idea del número de refugiados en la propia Jaén? —pregunté.

—El Sr. Rojano, del Comité de Refugiados, les puede dar la cifra exacta cuando lo vean. Sin embargo tenemos aquí con nosotros en la capital unos cuatro mil niños refugiados, con siete mil adultos. Siempre que fuera posible, los hemos distribuido entre sus parientes y amistades. Los demás están siendo alojados y alimentados por el Comité de Refugiados. Hay mucha disposición para colaborar. Lo que nos falta es alimento y medicamentos.

Según avanzaba la conversación fueron llegando a nuestra atención diversos hechos pertinentes. Jaén es tierra fundamentalmente de trigo y olivos. Prácticamente no se cultiva otra cosa. Esto es cierto en muchas partes de España y resulta del antiguo sistema de latifundios donde los campesinos sólo podían cultivar lo que determinaba el señor. Bien es cierto que aquel sistema antiguo estaba en decadencia, pero ante las exigencias de la guerra y por cuanto el transporte es tan sumamente difícil, la distribución deja mucho que desear y cada localidad tiene que mantenerse sola, además de aportar al mantenimiento del ejército. La transición del antiguo sistema a uno de mantenerse independientemente no estaba siendo fácil y añadía mucho al ya de por sí difícil problema de alimentación.

Después de nuestra conversación con el Gobernador, un soldado joven nos llevó a la oficina del Comité de Refugiados, donde conocimos al Sr. Rojano, un pequeño andaluz muy enérgico que nos explicó con lujo de detalles lo que había mejorado la condición de los refugiados desde que él hubo llegado al cargo hacía escasos meses. No tardamos en ver los resultados de sus esfuerzos, por cuanto se aseguró de enseñarnos en persona todas las cosas benéficas que había conseguido.

En primer lugar fuimos conducidos al comedor donde los refugiados estaban en plena comida del mediodía. Tanto el comedor como la cocina se veían limpios. Los refugiados estaban recibiendo platos de un arroz que desprendía vapor, cocido con bacalao en salazón. Volvimos a ver mujeres, niños y ancianos sentados a lo largo de largas mesas, que comían lo que les ponían. En muchos de los niños se veían los estragos del hambre y la desnutrición.

Deteniéndose donde una mujer rodeada de sus cuatro hijos, un bebé pálido y enclenque sobre sus rodillas, el Comisionado le preguntó:

—¿Recibe leche esta criatura?

—No —respondió la madre, mirando al Comisionado con curiosidad.

—Pero vamos a ver —objetó el Sr. Lilliehook, dirigiéndose al Sr. Rojano—. ¿Por qué no recibe leche esta criatura? ¿No nos informó usted que tienen leche condensada para casos como este?

—Parecería ser que esta mujer no se ha molestado en llevar al bebé al médico para que le haga la receta. Desde luego que un niño tan necesitado como este tiene derecho a una ración de leche... con tal de que la madre sencillamente se atenga a seguir el procedimiento dispuesto.

Volviéndose otra vez hacia la madre, el Comisionado la interrogó:

—¿Ha intentado usted obtener leche para su bebé?

A todo esto los ojos de todo el comedor estaban atentos a estos extranjeros con sus preguntas inoportunas y la madre respondió, apurada:

—No. No lo he intentado porque no he tenido tiempo. Mire, aquí está mi familia: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Tengo que hacer cola dos horas para que me den pan, tres

horas para que me den verduras, otras dos horas para que me den aceite. Tengo que atender a mi casa. ¿De dónde voy a sacar yo tiempo para hacer cola donde el médico para que me atiendan al crío, para después volver a hacer cola para que me den una lata de leche?

El Comisionado estaba muy disgustado y quería sermonear a la mujer acerca de lo muy irresponsable que estaba siendo con su bebé al no esforzarse por conseguir la leche que había disponible. A mí me costaba sentir el mismo disgusto, conociendo bien las enormes dificultades que asediaban a tantas de estas madres. En todo caso tal vez necesitaban que las instruyesen sobre el cuidado de los niños. Seguramente hacía falta un programa de propaganda a favor de la limpieza, la forma correcta de alimentar y la nutrición ideal; pero también necesitaban que alguien las tratara con simpatía y bondad en estos oscuros días que estaban teniendo que padecer.

De camino al refugio vimos otro niño muy débil, de unos dos años y medio, atendido por su hermana. Al preguntar, nos enteramos que no le gusta la leche y prefiere pan y aceite de oliva, demostrando una vez más la importancia de propaganda a favor de una alimentación correcta. No es admisible que porque a un niño no le guste la leche, se deje de intentar que la tome. Casos como estos se constituían en una oportunidad especial para el trabajador asistencial.

Descubrimos que el acuartelamiento de los refugiados lucía una limpieza ejemplar. Preguntamos a un matrimonio anciano, procedentes de Madrid, si estaban satisfechos con su habitación y alimentación. Indicaron que sí con la cabeza. Sus rostros serios indicaban la extrema tristeza que estaban viviendo. Su familia se hallaba dispersa, pero agradecían el tener dónde alojarse y algo que comer, aunque la alimentación carecía de variedad.

Después de disfrutar de la hospitalidad del Sr. Rojano para la comida, nos fuimos a ver al Alcalde. Nos contó que en la ciudad de Jaén había unos ochenta mil habitantes, para los cuales sólo disponía de mil litros de leche por día. Esta ración se dividía entre diez o doce mil niños y ancianos.

—¿Cuánta leche condensada necesitarían ustedes para poder atender a los casos más necesitados? —preguntó el Comisionado.

Después de pensarlo un poco, el Secretario del alcalde respondió:

—Necesitamos por los menos cuatrocientas latas por día. Incluso así, no estaríamos atendiendo más que a los más necesitados.

Estaba muy claro que la situación era grave en cuanto a la leche. Las cifras que nos estaban dando eran de mínimos. Cuatrocientas latas serían unas nueve cajas, es decir unos 28 dólares de leche. El Sr. Rojano también nos informó que podía montar un excelente puesto de reparto de leche para párvulos si dispusiese de la leche necesaria. Visitamos a varios de los doctores, que nos dijeron que la cosa más útil que podíamos hacer en ese momento era mandar leche para los niños.

Visitamos un pediatra en su clínica y lo hallamos muy ocupado. Se había librado del servicio militar porque era tan necesaria su labor de atención a los niños. Nos informaron que había muchos pueblos en la provincia sin médico, porque tantos de ellos habían sido militarizados. No sólo faltaba atención médica sino que las farmacias carecían de medicamentos.

Después de conversar con los distintos médicos de la ciudad nos retiramos al hotel. Estábamos agotados al cabo de un día duro; tan cansados que el Sr. Lilliehook ni siquiera

quiso cenar. Me tocó a mí aceptar la gentil invitación del Sr. Rojano para cenar. Sus amigos me pasaron a buscar a las 10:00, pero no nos sentamos a la mesa hasta las 11:00. Era ya la medianoche cuando terminamos. Mientras sus amigos y yo volvíamos al hotel paseando por las oscuras y estrechas calles alumbradas tan solamente por los rayos plateados de la luna, me sentí conmovido por la quietud del reposo de aquella antigua ciudad. El viejo alcázar sobre nosotros, silencioso y sombrío, hace mucho que había pasado a una segunda infancia, impotente ya para brindar ninguna protección, ni de los búhos ni de la guerra moderna.

La mañana siguiente arrancamos en el largo trecho hasta Cabeza del Buey, la capital provincial de la Extremadura republicana. Después de pasar Andújar, abandonamos la buena carretera de Madrid a Córdoba para proseguir por un camino de montaña. Al principio no estuvo mal, pero cuando llegamos a la meseta, condujimos durante muchas millas por un camino de ripio en buen estado pero muy polvoriento, que nos llevó por Villanueva de Córdoba, Pozoblanco y hacia Almadén.

Como no encontramos dónde comer en Pozoblanco, seguimos camino. Vimos una mujer que estaba lavando la ropa detrás de su casa y nos detuvimos junto al camino para pedirle una palangana de agua. Sacando un jabón y una toalla de nuestro equipaje, nos lavamos bien. El polvo de la carretera era realmente molesto. Dimos a la buena mujer algo de azúcar por su amabilidad.

Un poco más adelante el Sr. Lilliehook exclamó de repente:

—Mire usted, hermano. Yo tengo hambre. ¿Qué le parece que comamos algo?

No tardamos en hallar un árbol no lejos de la carretera, que estaba situado lo bastante alto como para brindar una



Villanueva de la Serena.
Chamizos en que vivió la población durante el bombardeo y cañoneo del pueblo. A la derecha, Lilliehook
Mennonite church USA Archives, Levi C. Hartzler Collection, HM4-372SM, Folder 3.

buena vista del paisaje. Aparcamos allí y preparamos nuestra comida con provisiones que traíamos con nosotros. Nuestro menú consistió en una lata de carne envasada, algunas galletas digestivas *Carter*, una lata de albaricoques y una botella de agua mineral *Vichy*.

Al rato estábamos en marcha otra vez. A eso de las cuatro llegamos a Almadén, el centro del depósito de mercurio más rico del mundo, explotado desde los días de los conquistadores romanos y tal vez ya desde mucho antes. La ciudad estaba repleta de soldados republicanos. Después de fracasar en nuestro intento de contactar con el Alcalde o alguien del Comité de Refugiados, proseguimos el viaje hacia Cabeza del Buey.

Esta parte de España es muy seca, casi semiárida. Los pueblos pequeños, normalmente sólo un puñado de casas, aparecen repentinamente en el paisaje según se progresa por la carretera. Las casas están construidas de piedra. Los tejados son de un color rojizo apagado, un tono que los fusiona con gran parte del paisaje. Por aquí y por allí, en la cima de una colina, se yerguen las ruinas de alguna viaje fortaleza o castillo.

Para cuando llegamos a nuestro destino estábamos ya no solamente cansados sino llenos de tierra, al haber viajado todo el día sobre caminos de tierra y piedra, algunos muy polvorientos por el pesado tráfico militar. Fuimos recibidos con mucha amabilidad por la Sra. Amelia Martín, jefa del Comité de Refugiados del lugar, que nos había reservado una habitación muy cómoda en la sede de la Izquierda Republicana.

En el transcurso de la tarde visitamos con el Gobernador, Sr. Alfonso Orallo, e inmediatamente después tuvimos una entrevista con el presidente de la Cruz Roja del lugar, que estaba haciendo una labor encomiable a favor de los niños. Se

estaba repartiendo leche a unos cuatrocientos cincuenta niños cada día. Este número variaba constantemente porque las cartillas de leche sólo valían para quince días, al cabo de los que cada niño tenía que pasar otra revisión antes de que se le diera otra. El médico de cabecera nos dijo que escaseaba la leche para afrontar una demanda cada vez mayor.

—La mitad de las madres no tienen bastante leche de pecho para las necesidades de sus bebés —afirmó—. Necesitamos más leche, aceite de hígado de bacalao, medicamentos e inyecciones de calcio.

Prosiguió a contarnos acerca de la lucha contra el paludismo. Durante los intensos bombardeos aéreos el verano anterior, la población había estado durmiendo en el campo, en particular junto al río. Esta situación constituyó una ocasión favorable para el contagio de paludismo. No sólo era difícil impedir que la gente se replegara al río cuando había bombardeos; carecían de medicamento para tratar el paludismo.

El día siguiente visitamos el comedor infantil operado por una organización de mujeres antifascistas. Allí cien niños de las familias más pobres en la ciudad recibían una vez al día todo lo que podían comer. Se estaba intentando dar algunas clases de instrucción antes de la comida, pero las instalaciones eran inadecuadas. En este día en particular, el plato de los niños consistía en arroz con un poquito de carne, y un pedazo pequeño de pan.

Los padres de algunos de estos niños estaban en el frente mientras que las madres trabajaban para mantener a sus hijos. Muchos de los niños habían perdido sus padres en la guerra; por consiguiente, la madre tenía que cargar ella sola con la responsabilidad de los hijos. Una razón por haber creado el comedor y las clases especiales, era brindar atención a los niños mientras sus madres estaban ocupadas

en el trabajo. Este servicio era posible gracias a donaciones, que llegaban muchas veces de los soldados.

Conversando con el director de la Asistencia Social, nos enteramos que había mil huérfanos en la comarca. La organización local estaba preparándose para abrir una colonia para estos niños cuanto antes. Estaban obstaculizados por la falta de provisiones, al estar tan lejos de Valencia, el centro principal de distribución para para el sur de la España republicana.

En la oficina de la Asistencia Social conocimos a un soldado joven que nos contó la siguiente historia:

—Estaba peleando con las fuerzas republicanas en el frente, cerca de aquí, cuando de repente cesaron las hostilidades y empezaron unas negociaciones para el intercambio de prisioneros. Me tocó a mí hacerme cargo de los prisioneros que habíamos tomado. Cuando llegamos al frente el grupo contrario ya estaba ahí y para mi asombro, mi padre se encontraba entre los prisioneros. Nos abrazamos emocionados, llorando, y empezamos una conversación a toda prisa que sólo duró unos minutos, porque las negociaciones no llegaron a buen fin y nos vimos obligados a separarnos. No he vuelto a saber nada de él desde ese día.

Con esta historia todavía pesando sobre nuestras mentes y acompañados por un corresponsal que sabía algo de francés, partimos para una inspección de los pueblos próximos al frente. Atravesamos Castuera por un camino que se dirigía por una planicie ondulada y no muy fértil hacia Villanueva de la Serena. Justo antes de llegar al pueblo divisamos lo que parecía un campo de árboles frutales pero que en realidad era un encinar cuyos árboles tenían ramas anchas y bajas. Mirando a un lado y al otro de la carretera vimos mucha gente entre las encinas, normalmente reunidos en grupos pequeños junto a chamizos de paja. Nos preguntá-

bamos por qué sería que la gente estaba viviendo allí. Al llegar al pueblo nuestra curiosidad halló respuesta. Como el pueblo estaba a sólo seis kilómetros del frente, muchas de las casas se hallaban destrozadas por el cañoneo y bombardeo.

El Alcalde nos dijo que se habían esforzado por llevar a los habitantes a lugares más seguros, pero que no estaban dispuestos a ir más lejos que los campos donde los habíamos visto. Ahí vivían en sus chamizos improvisados entre los árboles, tanto en el verano como en el invierno. La leche escaseaba mucho. El pan no se conseguía en ese momento, aunque en unas pocas semanas sería la siega de la mies. Entonces volvería a haber pan.

A la vuelta nos detuvimos para hablar con algunos de los que vivían en los campos entre los árboles. Dos mujeres cocían algo que comer sobre un fuego bajo un árbol. Su chamizo estaba cerca. Miré lo que hervía en la olla. Consistía de unas habas pasadas y algo de color verde, alguna verdura o acaso plantas silvestres.

—Sí, es todo lo que tenemos para comer —dijeron.

Una mujer indicó hacia su niña pequeña y añadió:

—No podemos conseguir leche para ella. Tampoco hay pan ni aceite. Vean lo flaca que se me está quedando por lo mal que come.

El Comisionado me habló en inglés:

—¡Usted le va a dar a esta buena gente una de esas latas de leche que llevamos en la furgoneta o me va a tener que dar explicaciones!

Yo estaba pensando lo mismo y se hizo de inmediato. ¡Qué inmensa la gratitud de la pobre gente por algo tan insignificante como una lata de leche! Me apenaba no tener todo un cargamento para poder darles a todas las familias.

Nos detuvimos en varios pueblos mientras regresábamos a Cabeza del Buey y siempre escuchamos la misma historia: ni pan ni arroz ni carne, algo de verduras y tal vez un poquito de leche de cabra. Después de nuestra visita, el ejército nacionalista avanzó hasta Cabeza del Buey. Sin duda los vecinos de Villanueva de la Serena pudieron volver entonces a sus casas, al menos las que seguían habitables. Pero, ¿habrán tenido algo que comer?

El día siguiente partimos de Cabeza del Buey, para Ciudad Leal. Ese fue quizá el peor día de todo nuestro viaje. Hubo polvo todo el camino; a veces varios centímetros de polvo. Al mediodía nos detuvimos junto a una corriente y después de sacudirnos el polvo de la ropa, cogimos algo de la comida que traíamos en cajas en la furgoneta. Lavarnos bien en el río y la carne en lata, galletas y leche condensada, nos refrescó considerablemente. Eran las 4:30 de la tarde cuando entrábamos a la antigua ciudad de Ciudad Leal, situada en la frontera occidental de La Mancha.

En la oficina del Comité de Refugiados, el director nos explicó las necesidades de la región:

—Hay unos 11.500 niños refugiados y un total de 90.000 refugiados en la provincia de Ciudad Leal —dijo—. Mañana llegan más desde Castellón. No sabemos dónde ponerlos porque ya estamos a tope. Aquí siguen llegando muchos refugiados porque no hemos sufrido bombardeos aéreos en toda la guerra.

—¿Tienen pan? —pregunto el Sr. Lilliehook.

—Muy poco. Pero en breve será posible segar la mies y entonces habrá pan otra vez. Sin embargo está pasando algo bastante raro este año. En tiempos normales esta provincia exporta trigo más allá de lo que necesita la población local, pero este años sólo tendremos bastante para unos siete u

ocho meses. Y después... En fin, no sabemos qué va a pasar después.

—¿Y qué de otros alimentos? ¿Consiguen verduras?

—Sí, hay algo de verduras, un poco de fruta, arroz, bacalao en salazón. Las raciones son muy pequeñas. Conseguimos juntar bastante para los refugiados, pero algunos de los demás no son tan afortunados.

—Tal vez podríamos ver a los refugios esta tarde —sugirió el Comisionado, deseoso de llegar a Madrid el día siguiente.

—Oh, desde luego —replicó el Sr. Sánchez, director del Comité de Refugiados —. Los acompaño en un momento.

Cuando llegamos al refugio encontramos el típico grupo de personas sin nada que hacer, que nos siguieron en toda nuestra gira del edificio. El acuartelamiento de los refugiados estaba bien limpio. Algunos de los refugiados no estaban conformes con el trato que estaban recibiendo, aunque parecían tener mejores condiciones que otros que habíamos visto. Los que no comían en el comedor público podían cocinarse su propia comida en una cocina dispuesta para ese fin en el refugio.

Guiándonos al taller de costura, el Sr. Sánchez dijo:

—Aquí es donde hacemos ropa cuando disponemos de tela.

Vimos varias máquinas de coser y algunas chicas refugiadas que trabajaban.

—¿Y se consigue tela? —pregunté.

—A veces, pero es muy difícil. Toda la ropa y las fábricas de tela están en Cataluña, y como ahora nos cierra el paso el ejército nacionalista, no sé qué se puede esperar para este invierno. Necesitamos ropa y zapatos. Las alpargatas, que se estilan en el sur, son inadecuadas cuando llega el frío.

Las alpargatas son unas zapatillas de lona que los campesinos de las provincias meridionales usan todo el año. Nuestro amigo nos mostró el almacén con los zapatos y ropa que tenían a mano. Desde luego no había ahí suficiente para suplir las necesidades de los refugiados que seguirían llegando, ni qué hablar del gran número de los que ya se encontraban allí.

Después de completar nuestra gira por los refugios, pedí un garaje para guardar la furgoneta. Un joven veterano que trabajaba para el Comité de Refugiados me llevó donde uno de los refugiados, que me hizo guardar la furgoneta en lo que parecía haber sido la capilla principal de una iglesia. Más tarde la cena se sirvió en el claustro de un viejo convento que había sido requisado para el uso del Comité de Refugiados. Recibimos la misma ración que los refugiados, aunque nos pusieron alguna cosita más.

Por la mañana visitamos al joven gobernador, el Sr. David Antona y al alcalde, el Sr. Calixto Pintora. Éste nos dijo que la población normal de Ciudad Real (que ahora se llamaba Ciudad Leal, por cuanto había permanecido leal a la República), era de 28.000 pero que por el influjo de refugiados había aumentado esa cifra a 80.000. Sabíamos que la ciudad estaba atestada por la cantidad elevada de gente en las calles y porque nos fue muy difícil encontrar dónde pernoctar la noche anterior. El Alcalde nos contó que el Ayuntamiento estaba atendiendo a unos ciento treinta de los niños más necesitados en la ciudad; pero ¿qué era eso, entre tantos? Una vez más hallamos que la falta de alimentos estaba paralizando la labor de las organizaciones del lugar.

Mientras visitábamos al Inspector de Sanidad, nos mostró un puesto de leche para lactantes perfectamente equipado, pero que estaba cerrado por falta de leche y de biberones. ¡Qué servicio se podría haber prestado entre tan

grande población de refugiados, si tan sólo se hubiera suministrado leche!

El Departamento de Sanidad estaba haciendo lo que podía para atender a los enfermos. Había ocho enfermeras visitadoras en la lista de personal, junto con un número de médicos jóvenes. El Inspector pensó que no habría reparos para recibir auxilio de agencias asistenciales extranjeras.

Después de comer con nuestros amigos en el refugio, marchamos para Madrid. Por el camino tomamos contacto con varios pueblos; en particular, Tembleque. Las condiciones de alimentación eran muy similares a las de otros lugares que ya habíamos visitado: ni pan ni aceite ni vino para la población civil. El médico de la Cruz Roja estaba muy deseoso de que hiciésemos algo con los escolares.

—Antes de la guerra —dijo— solíamos dar desayunos en las escuelas porque tantos de los niños venían de familias pobres; pero hace mucho que eso no se puede hacer.

—¿Nos mostraría usted su escuela y las instalaciones que tienen para los desayunos? —preguntó el Comisionado.

—Naturalmente —replicó nuestro amigo—, pero primero tengo que pedirle la llave a uno de los maestros. Ahora no hay clases en la escuela porque los niños ya no vienen. La escuela está cerca del campo de aviación y como el campo de aviación fue bombardeado varias veces durante el combate encarnizado por Madrid hace dieciocho meses, los niños se niegan a asistir. Sin embargo, como hace bastante que no se producen bombardeos, estoy seguro que volverían a asistir a clase si les ofreciésemos desayunos.

Vimos la escuela pero las instalaciones nos parecieron muy inadecuadas para alimentar un número grande de niños. Tenía la apariencia de que sólo se alimentara allí a los más extremadamente pobres. Con todo, nuestro amigo insistió

que si pudiésemos mandarles leche, ellos se harían cargo de organizar los desayunos.

Desde Tembleque procedimos directamente a Madrid, teniendo que tomar muchos desvíos por cuanto la carretera se encontraba muy próxima al frente. Llegamos a nuestro hotel a eso de las nueve y encontramos dos habitaciones preparadas para nosotros. El Cónsul sueco las había reservado como resultado de una llamada telefónica hecha desde Ciudad Leal. Después de una cena bastante tarde, conduje la furgoneta por calles sin iluminación hasta un garaje por el lado Este de la ciudad y cogí el Metro para volver al hotel. La cama me hacía mucha falta y dormí profundamente a pesar del repiqueteo de fuego de ametralladoras de vez en cuando desde la dirección de la Ciudad Universitaria.

Nos sorprendió descubrir tan poca evidencia de destrucción en Madrid. Si uno se fijaba atentamente se daba cuenta que la mayoría de las ventanas estaban rotas en la central telefónica; pero no había nada de escombros en las calles. Los tranvías, los trenes del Metro y los coches seguían con su tráfico sin impedimento, exceptuando cerca de las líneas del frente, donde se habían levantado inmensas barricadas de hormigón que cubrían aproximadamente un tercio del ancho de la calle desde cada lado. Las dos noches que pasamos en Madrid no hubo ningún ataque aéreo; sólo, esporádicamente, fuego de fusiles, ametralladoras y escopetas de trinchera.

Nuestra primera visita fue al comedor para ancianos, gentileza del Comité Suizo y alojado en una escuela protestante que pertenece a una familia alemana de apellido Fliedner. El Profesor Jorge Fliedner dirigía esta escuela y seguía dando algunas clases a pesar de las dificultades de la guerra. Se habían montado mesas largas en una de las

grandes aulas. Los ancianos venían para recibir avena y leche a cierta hora cada día. Servían a más de doscientos ancianos por día en este comedor. Algunos venían renqueando con sus bastones, otros venían acompañados por algún miembro más joven de su familia, a otros los traían en silla de rueda. Observé al Profesor Fliedner, alto y canoso, que se plantaba al pie de los escalones de la salida del edificio para estrechar la mano de ancianos y ancianas por igual, según bajaban por los escalones para dirigirse a sus casas. Para cada uno tenía un saludo de despedida; y muchos le preguntaban por su hermano, que estaba en el hospital recuperándose de unas heridas severas sufridas por fragmentos de una explosión de metralla.

Cuando se hubieron marchado todos, el Profesor Fliedner se volvió hacia mí y me dijo:

—Nos agradaría que viniese a comer con nosotros, si está dispuesto a compartir nuestra pobre provisión.

—Muchísimas gracias —le respondí—. Será para mí un placer comer con ustedes.

Me condujo a su salón, que hacía de cocina, sala de estar y estudio, todo en uno. Por las dificultades de la guerra, él y su esposa se estaban alojando en el edificio de la escuela.

—¿No le da miedo estar aquí? —me preguntó el Sr. Fliedner, con una sonrisa—. No sé si sabe que estamos a sólo setecientos metros del frente.

Le contesté que no se me había cruzado por la mente tener miedo, especialmente al hallarme en un ambiente cristiano, entre amigos cristianos.

Mientras comíamos nuestra comida sencilla, la Sra. Fliedner insistió mucho que su huésped comiera bastante como para saciar el hambre. Me explicó cómo se racionaban los alimentos para cada familia tres veces a la semana, según

lo que constaba en la cartilla familiar de racionamiento. Cuando empezó la guerra, habían recibido provisiones de amigos en el extranjero; pero eso se hacía cada vez más difícil. Después de una segunda ronda con unas tortas que yo pensé que estaban confeccionadas con espinacas o alguna verdura por el estilo, de repente me preguntó:

—¿Sabe lo que está comiendo?

—Pues, no —contesté.

—Malas hierbas. No están mal, preparadas así. Nos servimos de ellas con bastante frecuencia y estamos contentos de tenerlas.

Por lo que a mí respecta, esas tortas de malas hierbas me parecieron enteramente satisfactorias.

El Profesor Fliedner contó cómo había venido a España su padre hacia 1870, para empezar una obra de evangelización y educación, a la que sus hijos daban continuidad. El pastor Teodoro Fliedner, uno de los hermanos, fue encerrado en un campo de concentración mientras visitaba Alemania, y allí había fallecido en marzo. Otro hermano, Juan, estaba en el hospital recuperándose de heridas de metralla. El Sr. Fliedner también explicó que les complacía mucho prestar cuanta ayuda pudiesen a organizaciones humanitarias que asistían a los necesitados durante estos tiempos. Sus muchos años de servicio fiel les habían ganado el cariño de miles de madrileños y les brindaba protección, además de reconocimiento por parte de las autoridades de gobierno.

El día siguiente visitamos dos otros puntos de distribución de los suizos. En el primero vimos un grupo grande de embarazadas y madres con sus hijos lactantes, que disfrutaban de un desayuno de chocolate y pan. Este esfuerzo de ayuda humanitaria había estado funcionando por algún tiempo y muchos de los pequeños daban muestras del efecto

de sus desayunos. La mayoría estaban muy limpitos y bien vestidos.

El segundo punto de distribución sólo estaba abierto dos veces a la semana, en una de las escuelas Fliedner. Todos los niños recibían una taza de chocolate. Después de verles salir en filas de sus aulas a por el chocolate para luego volver en filas cuando se lo habían bebido hasta la última gota, entramos a observar a los niños en sus aulas. Una clase nos cantó su «Canción del chocolate». Era su expresión de gratitud a los suizos por el chocolate.

Tal vez nuestro contacto más interesante y provechoso en Madrid ocurrió cuando entrevistamos al Dr. Grande, el joven jefe del Departamento de Salud y un amigo personal del Primer Ministro, el Dr. Negrín. Hablaba muy bien el inglés, lo cual facilitó mucho el poder hacernos con el cuadro real de la situación.

El Comisionado empezó preguntando por las estadísticas con respecto al número de niños menores de catorce años que vivían en Madrid.

—Creo que hay cerca de 70.000 niños aquí ahora, pero le podemos conseguir las cifras exactas—. Se volvió hacia un secretario, diciéndole que nos trajera las estadísticas; luego continuó—. Estoy contento de que haya venido usted a verme, por cuanto quisiera saber más acerca de los que pretende hacer la Comisión Internacional.

El Sr. Lilliehook le explicó entonces acerca de los puestos de distribución de leche, los desayunos de avena y las meriendas suplementarias por las tardes. También solicitó sugerencias del Dr. Grande acerca del tipo de alimentos que más necesitaban para los niños.

—Nos encantaría dar a los niños un régimen equilibrado, pero eso parece casi imposible —empezó el doctor,

pareciendo quedarse absorto en sus pensamientos unos instantes—. Cosas como carne, pescado en salazón, fruta de la estación, mantequilla, queso, chocolate y aceite de hígado de bacalao, son lo que necesitaríamos para prevenir la malnutrición y la alimentación empobrecida que están padeciendo tantos de nuestros niños estos días. Ahora mismo estamos asignando unos quince gramos de aceite de hígado de bacalao por día a cada niño en unos cinco o seis colegios. Nos gustaría poder hacer lo mismo en todos los colegios de Madrid. Me parece que los colegios son nuestro mejor punto de contacto para la asistencia a niños mayores de cuatro años.

—La Puericultura se hace cargo de los lactantes y hasta los dos años de edad. Son los párvulos de entre dos y cinco años los que no están recibiendo ninguna atención hoy por hoy.

—Tal vez pudiéramos establecer puntos especiales de alimentación para niños de esa edad y darles leche y avena por las mañanas, luego pan y queso o embutido por las tarde —le interrumpió el Comisionado.

—Eso estaría muy bien. ¡Ah! Aquí tenemos las estadísticas del número de niños en Madrid — y el Dr. Grande estiró la mano para coger el papel que le entregaba un secretario—. Hay 65.000 niños menores de cinco años, 24.000 de cinco y seis años, 48.000 de entre siete y diez años y 61.000 de entre once y quince años, para un total de 198.000 niños.

—¡Pero 198.000 niños! ¡Eso es imposible! —resopló el Sr. Lilliehook inclinándose hacia delante y empujando sus gafas hacia abajo para mirar por encima de ellas como un maestro de otros tiempos—. ¿Cómo es posible alimentar jamás a tantos niños? ¿Cree usted que estas cifras son correctas?

—Sí, pienso que son todo lo correctas que sea posible obtener.

—Pero si son tantos niños, hay que evacuarlos.

—Bien es cierto —respondió el Dr. Grande, pensativo—. Sin embargo debe usted hacerse cargo de que había muchos niños refugiados aquí en Madrid cuando se efectuó la evacuación. Fueron los primeros en ser sacados de la ciudad. Luego, últimamente, muchos padres madrileños de niños que habían sido evacuados, los han ido trayendo extraoficialmente para que estén con ellos. Pienso que hay que aceptar estas estadísticas tal cual están. Verá usted que nuestro problema es incluso mayor de lo que ninguno suponíamos. Sin embargo vamos a tener que trabajar como mejor podamos por el bien de los niños.

Nos quedamos sentados sin nadie decir nada unos instantes, pensando en los miles de niños que no estaban recibiendo alimento suficiente ni en calidad ni en cantidad.

—¿Existe también una carencia importante de jabón y ropa? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Sí —respondió el Doctor—. Nos vendrían de maravillas grandes cantidades de jabón para distribuir a las madres y especialmente, azufre y ácido fénico para las infecciones de la piel. En cuanto al problema de la ropa, aguardamos la llegada del invierno con enorme inquietud. La falta de combustible es igual de importante y está relacionada directamente con la de ropa abrigada. Como hay tan escaso o nulo combustible para muchas de las casas durante lo peor del invierno, es de singular importancia vestir bien abrigados.

Agradecimos al Dr. Grande su información de suma utilidad y nos marchamos de ahí impresionados por la inmensidad de la tarea de ayuda humanitaria exigida en Madrid y por la sinceridad y perseverancia de los que cargaban con la responsabilidad de realizar esa labor.

Durante una visita con el Alcalde, acompañados por representantes del dispositivo suizo y de la Cruz Roja, aprendimos que el Ayuntamiento distribuye leche a 24.000 niños menores de tres años. También tiene cuatro comedores para niños mayores y había preparativos para abrir un quinto. El Alcalde expresó el deseo de hacer mucho más, pero estaba obstaculizado por la falta de provisiones. Tenía, sí, suficiente leche para dar a los niños más necesitados de entre tres y cinco años, durante los meses de julio, agosto y septiembre. Era precisamente la edad que el Dr. Grande había dicho que más necesitaban ayuda.

Nuestros dos días en Madrid nos ayudaron a comprender mejor la inmensidad del problema de alimentación que afrontaba una ciudad de más de un millón de habitantes rodeada casi completamente por un ejército hostil y con una única salida por la que aprovisionarse. Solamente una meticulosa organización interna y esfuerzos permanentes de enviar ayuda humanitaria desde el exterior, habían conseguido evitar que la población se enfrentase a la muerte de hambre.

El 17 de junio, temprano por la mañana, partimos en dirección a Valencia por la carretera de Guadalajara y Cuenca. Hallamos que Cuenca es una ciudad pintoresca y antigua edificada en la cima, por la ladera sur y al pie de una enorme peña que controla la boca de un pequeño valle fluvial. Aquí habían encontrado amparo muchos refugiados. Habían sufrido escasos bombardeos desde el aire, aunque la distancia del frente era de solamente ochenta kilómetros.

El Gobernador y el Alcalde nos dijeron que Cuenca tenía unos 60.000 habitantes; entre ellos, 15.000 niños. El influjo de refugiados había duplicado la población normal. Lo que más parecían precisar era jabón, zapatos, harina, leche y azúcar. El Ayuntamiento mantenía un comedor para refugia-

dos y la Asistencia Social, para los pobres de la propia ciudad. Quizá fuera porque la provincia era rica en productos agrarios, pero el caso es que no vimos el terrible ahogo que existía en otros lugares. Existía un sufrimiento visible, sin embargo, entre los pobres y la población de refugiados, especialmente los ancianos.

Había sido nuestra intención pasar la noche en Cuenca pero cambiamos de plan por dos motivos. Primero, el Sr. Lilliehook no se sentía bien y segundo, la reciente caída de Castellón y rumores de que Valencia no podía tardar en caer provocaron inquietud en el Comisionado, temeroso respecto a los importantes cargamentos de provisiones de alimentación que estaban ya en camino hacia Valencia. Puesto que era aconsejable un regreso rápido, partimos de Cuenca inmediatamente acabada la inspección del acuartelamiento de refugiados y nuestras conversaciones con el Gobernador y el Alcalde.

Aproximándonos a Valencia nos cruzamos con cientos de refugiados que venían desde la ciudad con sus enseres domésticos y otras posesiones transportables cargadas hasta lo más alto en carros tirados por burros. Generalmente uno o más de la familia iba encaramado en lo más alto del carro mientras los demás seguían a pie: hombres, mujeres y niños. Muchas familias estaban acampando en los campos junto a la carretera, por cuanto se hacía de noche. Todos parecían peregrinos errantes y perdidos. Procedían de Castellón y estaban buscando algún refugio seguro, donde fuera. Algunos pensaban dirigirse a Albacete y a Ciudad Leal para ayudar con la siega de trigo, a petición del Comité de Refugiados. Otros serían enviados a otras partes donde escaseaba mano de obra.

Eran casi las diez cuando llegamos al Hotel Victoria, donde teníamos reservada una habitación. A pesar de la hora

conseguimos algo que cenar. Después traté de encontrar un garaje para la furgoneta. Justo cuando me disponía a salir se apagaron todas las luces y sonaran las sirenas de ataque aéreo. Resultó ser sólo un susto. Pasado el peligro busqué el garaje más próximo, conduciendo a velocidad de caracol por calles sin la más mínima iluminación, no atreviéndome a encender las luces de la furgoneta, no sea que algún aviador enemigo las interpretara como una señal.

Después de fracasar en dos intentos de conseguir admisión para la furgoneta porque no tenía el permiso oficial, y por cuanto era ya demasiado tarde para obtenerlo, abandoné mi búsqueda y aparqué frente al hotel. Di al policía que estaba de guardia una lata de leche condensada para que vigilara que no nos robaran nada y encomendando nuestras vidas y nuestro transporte a Dios, me fui a la cama y dormí perfectamente.

La tarde siguiente visitamos la Dirección Sur del Comité de Refugiados para España republicana y nos encontramos con multitudes de refugiados que esperaban que los atendiesen. El Delegado Jefe nos dijo:

—Ahora mismo estoy por salir a investigar las condiciones por la parte de Segorbe. Pero si quieren ver cómo apañamos con la situación aquí, vayan donde la Plaza de Toros, que es donde estamos alimentando a los refugiados.

El Sr. Lilliehook tenía mucho interés en ver los refugiados recién llegados y como ya era casi la hora de la cena, salimos inmediatamente. Había cientos de refugiados haciendo piña en silencio, entre las grandes columnas que soportaban las galerías del anfiteatro. Todo el mundo llevaba consigo esa parte de sus posesiones mundanales con que era posible cargar. Algunos refugiados estaban acostados sobre sus fardos, dormitando entre las columnas; otros esperaban en la cola para obtener vales para la cena; y otros hacían pequeños

corros donde conversaban. Había madres con sus bebés a cuesta, niños con cara de estar con hambre, padres y jóvenes —todos esperando recibir un plato de algo que comer.

El Comisionado tenía algunos bombones de chocolate consigo y los daba por aquí y por allí, según sentía él que hacían falta. Deambulando por entre las gentes sin gorro y en prendas rústicas, se detenía de vez en cuando junto a alguna mujer con un niño o niña y mirando furtivamente alrededor para asegurarse de que nadie le veía, daba disimuladamente al niño o niña un bombón. No esperaba a que le dieran las gracias ni para ver la cara de asombro que ponían.

El encargado de alimentar y alojar a los refugiados nos mostró el comedor. Mientras estábamos allí, aparecieron varios soldados con el fondo de una olla de cocido, que dejaron con la cocinera.

—Siempre nos traen lo que les sobra en el comedor del cuartel— dijo uno de nuestros amigos —. Lo juntamos con lo que tenemos aquí y así hay un poco más para dar.

—¿Ha habido mucha gente de paso por aquí? —preguntó el Sr. Lilliehook.

—¿Qué si ha habido mucha gente? ¡Miles! Hemos pasado una semana donde no nos hemos podido mover de aquí día y noche, sin tiempo ni de cambiarnos la ropa. Pero ayer y hoy la situación está remitiendo un poco.

Observamos entrar en filas a los refugiados, que recibían su plato de cocido caliente y un pedazo de pan e iban a encontrar un lugar en las mesas. Les deban de comer por turnos porque el comedor no era demasiado grande. Había en una mesa una montaña de pedazos de pan, que unos chavales miraban con hambre por la ventana desde afuera mientras esperaban que les tocara el turno. En cada rostro

parecía haber un signo de interrogación. ¿Por qué? ¿Adónde? ¿Y ahora qué?

La siguiente mañana me despedí del Sr. Lilliehook y volví a Murcia a toda prisa. Ahí encontré a mis compañeros alimentando a los refugiados de Castellón en la estación de tren y en el Refugio Pablo Iglesias, donde les estaban dando alojamiento provisional antes de mandarlos a otros lugares de refugio. Cada día nos llegaban peticiones de ayuda más allá de nuestros compromisos ya adquiridos. ¡Cómo deseábamos disponer de una cantidad infinita de provisiones para poder ayudar a cada niño hambriento que llegó rogando nuestra caridad!

Nuestro viaje había puesto de manifiesto la inmensidad de la necesidad de alimento entre las mujeres, los niños y los ancianos. Miles de niños estaban sufriendo de malnutrición, una alimentación insuficiente, incluso inanición hasta la muerte. Niños a los que se privaba de su derecho a la salud y la felicidad por falta de alimentación y vestimenta adecuadas. La guerra se prolongaba y el invierno no esperaba. Las provisiones de alimento estaban menguando y la importación se hacía cada vez más complicada. Había una necesidad urgente de leche, pan, medicamentos, jabón y ropa en el sur de España. Los cooperantes extranjeros estábamos haciendo todo lo que podíamos para servir como una mano extendida desde el otro lado del océano a los que padecían en España. Esa mano no podía servir si no recibía, a su vez, las necesarias provisiones y estímulo de parte del gran cuerpo de colaboradores en nuestro país.

El viaje con el Sr. Lilliehook me brindó excelente información hacerca de las provincias de Jaén y Ciudad Leal, donde habíamos de montar nuestro programa menonita para el invierno de 1938-39. También me dio experiencia en el trato con las autoridades españolas para determinar las necesida-

des de cada lugar. Tener que hacer de traductor para el Sr. Lilliehook me hizo avanzar una enormidad en mi conocimiento de la lengua española.

La situación del personal para el programa de los Amigos en el sureste de España se encontraba en un estado crítico en la primavera de 1938. La salud de Esther Farquhar empezó a fallar cuando volvió de sus vacaciones el 30 de marzo. Para mayo era obvio que ya no podía seguir. Pidió que se la relevase de sus responsabilidades, pero no fue hasta el 24 de junio que se pudieron hacer todos los preparativos para su regreso a su país y que pudiera conseguir un pasaje en avión para salir de España.

Entre tanto en Filadelfia, AFSC estaba tomando pasos para enviar otros siete cooperantes a España, cinco de los cuales habían de venir inmediatamente. A la vez yo estaba arreglando las cosas para ir a Suiza a encontrarme con Orie O. Miller, el 18 de julio, para hablar de planes para el futuro de la implicación menonita en España.

Lantz había informado a MRC el 14 de mayo su preocupación —y la mía— respecto al futuro del esfuerzo menonita en España. Su recomendación era que en vista de la gran necesidad de alimentos y ropa, los menonitas debían continuar prestando ayuda humanitaria en España durante otro invierno, aunque debían hacerlo en un lugar distinto de donde operaban los Amigos, para poder controlar enteramente el programa emprendido.

Como resultado del informe de Lantz y después de largos debates, MRC acordó dar continuidad al programa de ayuda humanitaria otro año más. Se acordaron las siguientes políticas a seguir:

1. Que en cuanto se pueda hacer con elegancia, pongamos fin a nuestra presente relación con los Amigos, donde ellos supervisan a nuestros cooperantes en España.

2. Que procuremos, sin embargo, conservar una estrecha relación y cooperación con los Amigos —así como con cualesquier otras agencias de ayuda humanitaria estén sirviendo en España.
3. Que se autorice a Levi Harzler a decidir qué hacer en cuanto a guardar como reserva lo que quedaba de los fondos ya presupuestados para España; y que no se asuman más compromisos donde el Comité de Servicio de los Amigos hubiera de actuar como intermediario.
4. Que el Hno.[1] Hartzler siga trabajando conforme a esta política hasta que se elabore y se pueda poner en práctica un programa nuevo.
5. Que estamos muy interesados en establecer una obra de ayuda humanitaria menonita independiente en España, si es que la oportunidad y la necesidad siguen existiendo.
6. Que estamos a favor de que el Hno. Orie Miller vaya a Europa y tal vez a España durante el verano, cuando él y el Hno. Hartzler deben determinar los detalles de nuestra nueva política.
7. Que el Hno. Orie Miller trate con los Amigos sobre nuestro cambio de política en cuanto pueda contactar con ellos.
8. Que animamos al Hno. Hartzler a tomarse un mes de vacaciones de su trabajo de tal suerte que pueda encontrarse con el Hno. Miller en Suiza a mediados de julio.
9. Que se ruega al Hno. Lantz poner por escrito su informe, para que se archive y se pueda consultar.
10. Que el Comité expresa su agradecimiento al Hno. y la Hna. Lantz por la contribución y el sacrificio que han hecho a favor de la ayuda humanitaria en España.

---

[1] Hermano; una forma muy habitual de tratamiento entre los menonitas en aquella era. Nota del traductor.

La contribución menonita al programa de ayuda humanitaria para España en 1937-38, según informó MRC a la reunión anual de *Mennonite Board of Missions and Charities* celebrada el 20 de junio de 1938, incluía 18.151,46 dólares en donaciones de dinero y 6.100 Kg de ropa, donde se incluía algo de jabón y zapatos.

Salí de España el 15 de julio en un avión francés desde Alicante con dirección a Orán, Marruecos. Era prácticamente imposible obtener un pasaje directo a París desde Alicante, porque las plazas ya estaban reservadas para ese destino con mucha antelación. Después de pasar una noche en un hotel, embarqué en un vapor para Marsella.

Fue en este viaje que sucedió una de mis experiencias inolvidables de mi tiempo de servicio en España. Sólo traía conmigo 50 francos franceses, aparte del billete completo hasta París, pero todo el mundo quería una propina por ayudarte con el equipaje o por atenderte cuando comías. Antes de salir de Orán ya habían desaparecido 20 francos; uno para el portero del hotel, cuyos amigos me riñeron a viva voz, cuatro para el autobús al barco y 15 para el maletero que me ayudó a subir el equipaje al barco. Conseguí desembarcar en Marsella sin dar una propina a nadie del personal de a bordo. Me quedé inmóvil en el muelle, rodeado de mi equipaje y preguntándome cómo iba a hacer para llegar a la estación de tren.

Por fin un taxista que buscaba cliente me vio ahí y consintió en llevarme a la estación por 25 francos. Ahora me quedaban 3,45 francos para un viaje de todo un día. Afortunadamente me había guardado en el bolsillo una manzana y una naranja de la comida que sirvieron en el barco. Esa fue mi comida. Cuando llegué a París hice una llamada telefónica, metí mi equipaje en la consigna y tomé el Metro a la Casa de los Amigos, donde quedaban los

cooperantes. Me quedaban 1,70 francos... pero estaba entre amigos.

Mi servicio como cooperante menonita en la ayuda humanitaria con AFSC me brindó experiencias que jamás podré olvidar. Los contactos tanto con los Amigos como con españoles, me ayudaron a madurar como persona. Vi de primera mano la devastación provocada por la guerra. Fue muy gratificante poder ayudar a aliviar un poquito ese sufrimiento. La habilidad de los sin techo y sin esperanza para sobrevivir en circunstancias extraordinariamente difíciles supuso todo un reto para mi fe. Pensar en la posibilidad de pasar otro invierno en España me llenaba de entusiasmo a la vez que inquietud.

El desarrollo de un programa menonita

Abandonando París la mañana del 20 de julio de 1938, me dirigí directamente a Basilea, Suiza, y me registré en el Hotel Bristol como ya teníamos acordado. El grupo que viajaba con Orie Miller llegó ese mismo día. Me informó inmediatamente de la decisión de MRC, de continuar con su obra en España otro invierno más y la esperanza de que continuaría yo como director. Le pareció molestar el hecho de que no le diese una respuesta afirmativa inmediata.

Yo estaba agotado por la enormidad de las horas y compromisos que me habían ocupado durante los últimos meses en Murcia. Además, volver a Estados Unidos me parecía muy importante por cuanto era lo que estaba esperando mi prometida. Sin embargo también estaba muy al tanto de lo mucho que los refugiados españoles y otra mucha gente allí necesitaba nuestra asistencia, a raíz de la escasez de alimentos y ropa provocada por la guerra.

Un viaje por Milán, Venecia y Roma con el grupo de Miller (el Sr. Orie Miller y su esposa, el Sr. Jack Leeds y su esposa) durante los siguientes días me dio la oportunidad de meditar en la posibilidad de otro año de servicio en España. Para cuando llegamos a Londres, estaba dispuesto a aceptar el cometido y acordar con Miller un plan de acción.

En Londres, Miller y yo consultamos con los Amigos y con el Sr. Malcolm de Lilliehook, de la Comisión Internacional de Asistencia para Niños Españoles, acerca de una próxima cooperación en España. La Comisión acabó siendo un colaborador activo con las agencias de ayuda humanitaria

operantes en España durante lo que quedaba de 1938 y el año 1939. Las provisiones humanitarias que aportaba la Comisión se distribuían por medio de las agencias que ya estaban actuando en territorio español.

A su regreso de Europa, Orie Miller informó a MRC que los Amigos habían estado de acuerdo con una nueva fórmula, donde los menonitas pudiesen gestionar su propio programa. En su reunión del 20 de agosto, MRC acordó el siguiente plan de trabajo que había sido elaborado por Miller y Hartzler:

1. Que la obra continuase en el territorio español controlado por el Bando republicano, mediante una unidad menonita de ayuda humanitaria de iguales características que la realizada bajo AFSC, dividiéndose entre las dos organizaciones la actividad hasta entonces conjunta.
2. El presupuesto de MRC ascendía a 1.000 dólares en septiembre y octubre; 1.500 dólares en noviembre; 2.000 para los meses de invierno.
3. Suponiendo que el presupuesto de la Comisión Internacional para el sur de España se repartirá entre ambos grupos, todo lo que sea posible del presupuesto de MRC para septiembre, octubre y noviembre, deberá dedicarse al transporte de provisiones.
4. Se enviarán otros dos cooperantes en cuanto sea posible.
5. Hartzler deberá presentar las cuentas de los gastos ocurridos en España, para el 1 de agosto.
   a. El mantenimiento y las vacaciones del personal saldrán del presupuesto a gastar en el país.
   b. Hartzler seguirá ausente de España hasta que en Estados Unidos se confirmen todas estas decisiones.
   c. Hartzler deberá revisar los medios para transportar provisiones a España. También deberá contactar con

los menonitas en Rotterdam, Montbeliard y Basilea, tocante al apoyo para la obra humanitaria en España.

d. Los viáticos y mantenimiento de Hartzler durante su ausencia de España continuarán hasta el 1 de agosto, más una semana o dos en Escocia.

6. La ropa que ya se haya obtenido se enviará siguiendo instrucciones de Hartzler y se harán otros envíos con liberalidad antes de que llegue noviembre.
7. El dinero se seguirá remitiendo desde Filadelfia y Londres en tanto que no se reciban otras instrucciones desde España.
8. Se aprueba el envío anticipado del presupuesto para octubre y noviembre en caso de que fuese necesario para contratar el transporte.
9. Hartzler determinará cuándo será necesario regresar a España (después del 1 de agosto).
10. Los nuevos cooperantes viajarán según las instrucciones que mande Hartzler.

MRC tomó nota de que en España hacían falta ciertas provisiones desde el extranjero en cantidades ilimitadas: jabón, harina, azúcar, calzado para niños, leche y ropa (prefiriéndose ésta de color negro).

Después de que el grupo de Miller partiera de Londres, pasé los días 6-20 de agosto con amigos en Escocia. A mi regreso a Londres, los Amigos me pidieron que sustituyese yo a la Sra. Woods como receptor y distribuidor de las provisiones humanitarias en Valencia, que era el puerto de entrada para la mayoría de nuestras provisiones. Ella había estado cumpliendo la función importantísima de asegurar que las provisiones llegasen a los diferentes puntos de distribución. Sin embargo, después de consultarlo con Horst y Miller de MRC, decliné la invitación prefiriendo lanzar de una vez nuestro programa menonita.

Orie Miller había concertado diversos contactos con menonitas europeos para que les expusiese nuestro programa de ayuda humanitaria en España, con la esperanza de que se interesasen en apoyarlo. Por consiguiente, entre el 31 de agosto y el 4 de septiembre estuve en Holanda. Mi anfitrión fue C. S. Altman, un residente de Rotterdam. Altman me llevó a conocer al Dr. Ter Meulen, bibliotecario del Palacio de la Paz en La Haya y miembro de la asociación neerlandesa por la paz. La asociación celebraba su reunión anual de fin de semana, de manera que el Dr. Ter Meulen me invitó que le acompañase a Elspeet, un centro menonita de retiros cerca de Nunspeet. Tuve la oportunidad de explicar nuestro programa de ayuda humanitaria en España el domingo por la tarde, a un público que se mostró muy interesado.

También me llevaron a conocer al pastor Gorter, presidente de la Agencia Menonita Neerlandesa de Emigración, que prometió ayudar a preparar un artículo para publicar en la revista semanal de los menonitas de Holanda. Fritz Kuiper, miembro de la asociación por la paz, me preguntó acerca de la posibilidad de que ellos enviasen un cooperante para ayudar con la distribución de alimentos. Posteriormente también se estuvo considerando la posibilidad de enviar una enfermera neerlandesa, pero ni una cosa ni la otra se materializó. El caso es que tampoco fue muy importante la contribución económica de los menonitas neerlandeses, por cuanto por aquel entonces empezaron a llegar a Holanda grandes oleadas de refugiados judíos que huían del holocausto de Hitler. Los menonitas neerlandeses sintieron que era mayor su responsabilidad de atender a esta gente que a los refugiados de guerra españoles.

El pastor Pierre Sommer de Montbeliard, Francia, me llevó a visitar algunas de las familias de su pequeña congregación. En todas partes la gente se expresaba muy

interesada en nuestra labor, pero era evidente que poca ayuda organizada se podía esperar de ellos. Sommer me entregó una pequeña donación cuando me disponía a partir para Basilea.

En Basilea el domingo por la mañana, 11 de septiembre, expliqué nuestra obra en España a la congregación del lugar y luego me puse a disposición para responder a preguntas. Pero el pastor Samuel Nussbaumer interrumpió en ese punto y tras una extensa explicación acerca de las condiciones económicas del lugar, con referencia a los movimientos pacifistas entre los menonitas de Holanda y Estados Unidos —que él consideraba absolutamente impracticables en Suiza— dio por finalizada la reunión. Yo había hecho mención de nuestros principios pacifistas como una de las motivaciones de nuestro testimonio en España. En cualquier caso Nussbaumer prometió presentar la petición de apoyar la obra en España, en la reunión de la Conferencia Menonita Suiza que se iba a celebrar el fin de semana siguiente. También consintió en recoger una ofrenda para España en su congregación local, cosa que cumplió al cabo de algún tiempo.

Partiendo de Basilea el 12 de septiembre, me dirigí directamente a Ginebra para una reunión de representantes de la Comisión Internacional de Asistencia para Niños Españoles, con cooperantes que estaban trabajando en el Bando republicano y en el Bando nacional, para hablar de planes de futuro. Además asistimos a algunas sesiones de la Sociedad de Naciones. Y asistimos a un almuerzo que ofreció la Comisión Internacional, con fines publicitarios, para los delegados de la Sociedad de Naciones.

En la reunión de la Comisión se dieron a conocer unos informes muy interesantes de España nacionalista, donde los Amigos estaban contando con mano de obra de personas de

la Iglesia de los Hermanos. El gobierno nacionalista acababa de decretar que ya no se permitiría más que cooperantes extranjeros dispensasen directamente ayuda humanitaria. Había que hacerlo todo por medio de la agencia de gobierno establecida para esa labor. Los cooperantes extranjeros ya no se sentían bienvenidos sino como una presencia tolerada de mala gana. Cualquiera ayuda humanitaria que se fuese a realizar a escala importante tenía que hacerse por medio del gobierno, normalmente acompañada de abundante propaganda nacionalista. Los cooperantes estaban llevando ahora provisiones a pueblos muy periféricos, donde la agencia del gobierno todavía no había llegado, para repartirlos ahí. Esta situación nos ayudó a comprender lo que se podía esperar en España republicana si vencía Franco.

El Comisionado también contó una historia de un pastor protestante que había visitado en España nacionalista, que dijo haber visto un documento firmado por autoridades católicas, para el saqueo de su iglesia. Después de saquear la iglesia vinieron a por él, pero por casualidad estaba ausente. Al regresar, se puso inmediatamente bajo la protección del Cónsul alemán; después ya casi nunca salía de casa. También contó de un pastor amigo suyo, que fue asesinado en sangre fría junto con toda su familia.

La jerarquía católica de España apoyaba a Franco. Algunos curas radicalizados usaban sus iglesias como arsenales, disparaban ametralladoras sobre la población que consideraban hostiles a Franco (esto me lo contaron en Jaén), bendecían a los asesinos de inocentes y eran los responsables del asesinato de pastores protestantes y sus familias.

Sin embargo no todo el clero católico participaba en actividades tan crueles. Un buen número de los que se habían quedado a escondidos en España republicana,

siguieron ayudando materialmente a su pueblo con los pocos medios que tenían. El cura de Valdepeñas, donde establecimos nuestra oficina central menonita, era muy respetado por los lugareños hasta tal punto que consiguió vivir sin problemas en la comunidad durante toda la guerra. Reapareció públicamente cuando acabó la guerra y participó en una celebración pública en la Plaza Mayor de Valdepeñas.

Al regresar a París el 18 de septiembre, me esperaba una carta de Orie Miller que indicaba que debía proceder directamente a hacerme cargo de la unidad menonita y no aceptar la responsabilidad que me habían ofrecido en Valencia, de supervisar el desembarco de provisiones y su distribución a las diferentes agencias de campo. Su carta confirmaba la decisión que había adoptado yo mismo.

También recibí autorización para comprar dos furgonetas más para el uso de los menonitas y también de los Amigos. Después de averiguar lo que costaban furgonetas en Holanda y en París, me pareció sabio adquirir dos Matford francesas. Sin embargo Francia se estaba movilizando para la guerra por culpa de la crisis de Munich, de manera que era difícil conseguir un compromiso de entrega; y yo estaba ansioso por volver a España.

En el transcurso de las siguientes semanas pasé el tiempo escribiendo mi informe del viaje con el Comisionado Malcolm de Lilliehook investigando las necesidades de ayuda humanitaria, en particular en las provincias de Jaén, Ciudad Leal y Extremadura. Entre tanto intentaba acelerar la fabricación de las furgonetas manteniendo un contacto continuado con el vendedor de Matford.

Lester Hershey y Clarence Fretz llegaron a París el 12 de octubre. Cuando la fábrica de carrocería indicó el 17 de octubre que todavía iban a necesitar otros diez días para completar las carrocerías de las furgonetas, decidí volver a

España y empezar a elaborar planes y contactos para establecer una unidad menonita. Partí de París a las 20:15 del 19 de octubre y llegué a Barcelona el día siguiente.

Como las fuerzas nacionalistas habían penetrado las líneas republicanas hasta alcanzar la costa del Mediterráneo, el camino a Valencia estaba bloqueado. Pasé los siguientes días en Barcelona consultando con los Amigos y con los suizos acerca de la repartición de la obra humanitaria en el sur de España republicana. La agencia suiza de ayuda humanitaria, Ayuda Suiza, estaba interesada en trabajar en Ciudad Leal, donde esperábamos establecer nuestra unidad menonita. Sin embargo no se adoptaron decisiones concretas.

Entre tanto yo intentaba encontrar pasaje a Valencia en un carguero británico que a la sazón estaba en el puerto de Barcelona. Al fin se consiguió pasaje para mí y para dos cooperantes de los Amigos, Emily Parker e Irene Callon, con partida de Barcelona el 25 de octubre. A las chicas les tocó la única cabina disponible en el barco y a mí me tocó dormir sobre el banco que recorría todo el perímetro del comedor, en la popa. Unos cincuenta españoles embarcaron también, pero se las tenían que arreglar en la cubierta. Zarpamos con demora porque la tripulación demandaba una bonificación por cuanto el capitán había permitido embarcar a los españoles.

Al final nos alejamos del puerto de Barcelona y del peligro de los bombarderos de Mussolini, justo al anochecer. Hubo mar gruesa todo el trayecto a Valencia, que me alteró mucho el estómago. Cuando los marineros venían al comedor me hacían bromas porque no comía; pero me las aguanté en ayunas un día y dos noches.

Al entrar al puerto de Valencia esa segunda mañana, parecía estar lleno de cascos inutilizados y abandonados. Un

marinero me comentó que la vez anterior que había parado en Valencia, había contado cuarenta y cinco. Los edificios del puerto también mostraban los efectos de los bombardeos. Pero esa mañana conseguimos desembarcar sin peligro.

Parker, Callon y yo llegamos por fin de regreso a Murcia el 29 de octubre. Me volvía a encontrar con la unidad de Amigos y conocí a otros cinco cooperantes que habían sido enviados poco antes. Ya había conocido al nuevo director, Clyde Roberts, antes en París, estando él de paso en dirección a España. El personal español parecía muy contento de verme otra vez.

El 31 de octubre fui a Almería con cuatro del personal de los Amigos. Se suponía que Almería iba a ser donde pondríamos el cuartel general para la unidad menonita. Visité allí un comedor para niños y observé a los niños disfrutar de un vaso de leche. Algunos de los pequeños lucían regordetes y la mayoría muy limpios. Sin embargo otros mostraban en sus caritas y físico que estaban necesitados de alimentación suplementaria.

Nuestro director local Fernando Ninirola y yo visitamos algunas de las tiendas más tarde ese día. Fuimos a la tienda más grande de Almería y descubrimos que no tenían nada que vender. Una sección muy grande no tenía ni un solo artículo a la venta. Cuando intentamos entrar a esa sección un dependiente nos preguntó:

—¿Qué desean?

—Sólo estamos buscando algunas cosas —respondió Fernando.

—No hay nada ahí —fue el comentario melancólico.

En todas partes pasaba lo mismo. Droguerías, tiendas de ropa, farmacias, todas prácticamente vacías. Volví a nuestra oficina con la impresión de que urgía hacer algo para esta

gente. Como nuestro plan era establecer en Almería nuestra oficina central menonita, dejé allí algo de equipamiento que no iba a necesitar inmediatamente.

Al regresar a Murcia descubrí en una reunión del personal que los Amigos querían hacerse cargo de la obra en Almería de la IC (, aunque nos permitirían operar la Gota de Leche, los desayunos para ancianos y el comedor para niños. Esto me pareció a mí un solapamiento de esfuerzos porque los menonitas tendríamos personal ahí suficiente para hacernos cargo del programa entero. Los Amigos parecían sentir que aunque contando con más personal, se iban a responsabilizar de un territorio más reducido atendiendo solamente a Murcia y Alicante, mientras que a los menonitas les iba a tocar Almería, Jaén y Ciudad Leal, aunque con menos personal.

El problema se solucionó por fin en una reunión en Valencia los días 5 y 6 de noviembre entre los suizos, los Amigos y yo. Los suizos se harían cargo de Valencia, Madrid y Albacete; los Amigos, de Alicante, Murcia y Almería; y los menonitas, de Jaén y Ciudad Leal. La Comisión Internacional distribuiría sus alimentos por medio de las tres agencias indistintamente.

En esa misma reunión se repartieron 100.000 toneladas de harina, una donación de la Cruz Roja Americana a la AFSC, a mitades entre los suizos y los Amigos. Como los menonitas se suponían parte del programa de los Amigos en España, la mitad que correspondió a los Amigos se dividió en tres quintas partes para la región de los Amigos y dos quintas partes para la región de los menonitas. Mi responsabilidad ahora era organizar el uso de esa harina para los refugiados en Jaén y Ciudad Leal. Íbamos a recibir cien toneladas del primero de tres cargamentos.



Almería. Los niños esperan para pasar al comedor.
Mennonite Church USA Archives, Levi C. Hartzler Collection, HM4-372SC, Folder 3.

Los Amigos cooperaron plenamente durante toda esa reunión, reconociendo sin problema el deseo de los menonitas de una región separada donde servir. La mayoría de sus cooperantes expresaron un deseo sincero de que la separación geográfica no supusiera una separación también encuanto a colaboración. Yo sentía personalmente que estaba en una inmensa deuda a AFSC por la experiencia recibida mientras trabajé en su organización durante el invierno anterior.

Hasta el momento seguía sin noticias de Hershey y Fretz acerca de las furgonetas. Debían venir vía Marsella. Estuve esperándolos una semana en Valencia, aprovechando para empezar a organizarme para el inicio de nuestro trabajo. Preparé un plano de las provincias de Jaén y Ciudad Leal, destacando las poblaciones más importantes donde debíamos empezar a trabajar. Mandé un telegrama a París preguntando acerca de Hershey y Fretz, pero no recibí ninguna contestación durante toda la semana.

¿Qué hacer en un país extranjero cuando parece que lo único que se puede hacer es esperar? Me quedé observando varias veces el fuego antieaéreo dirigido contra los bombarderos de Mussolini mientras los cazas republicanos los perseguían. Quise cortarme el pelo pero me costó encontrar una peluquería que no estuviera llena de clientes esperando turno. Escaseaban los artículos de afeitado. Los peluqueros no daban abasto. Por fin encontré una peluquería donde solamente había media hora de espera y me hice un corte y lavado de pelo. Anoté en mi diario: «Después de ver algunos de los especímenes que venían para un afeitado y corte de pelo, uno casi desiste de ofrecerse como la siguiente víctima». Otro ejemplo de la escasez de jabón, o por no haber o bien por ser demasiado caro.

Deambulando por las calles de Valencia, me impresionaban las caras de la gente. Muchas estaban tristes, pero otras muchas parecían felices. Puede que la vida fuese difícil, pero no se les notaba. Algunos exintegrantes de la Brigada Internacional estaban paseando por las calles. Tal vez no podían volver a casa porque la política allí no les permitía la libertad.

Hice un encargo a la oficina de los Amigos en Londres, de provisiones para nuestra área. Después trabajé en un plan para la distribución de la harina asignada a los menonitas. ¿Cómo íbamos a transportarla desde Valencia a Valdepeñas, donde esperábamos establecer nuestra oficina central? El gobierno español había prometido transporte, pero cada vez que yo intentaba contactar con el jefe de transporte, se encontraba ausente; algo que aprendí a aceptar.

Cuando se anunció un concierto sinfónico para el Teatro Principal un domingo por la mañana, decidí asistir. Llegué temprano y conseguí un buen asiento en el patio de butacas, hacia atrás. El teatro no tardó en llenarse de gente —soldados, guapas de Valencia, ancianos y jóvenes— un público muy diverso, lleno de vida y lozanía. La orquestra ejecutó las obras con destreza notable: obras de Chávarri (un valenciano, allí presente) y de Beethoven, Mozart, Sibelius y Glazunov. Después de comer solo y echarme una siesta, asistí a un culto evangélico y escuché un sermón admirable sobre «Jesús, la noche que fue entregado». Después participé de la Cena del Señor. Una experiencia que animó mucho a este solitario cooperante.

El lunes 14 de noviembre recibí un telegrama de Fretz, en París, con la noticia de que pensaban partir el día diecisiete. Sin embargo yo ya tenía decidido no esperar más en Valencia. Yendo de pasajero en un camión que transportaba provisiones para la IC, partí para Murcia, pensando conseguir allí

alguna manera de seguir hasta Valdepeñas. En Murcia acordamos un plan con los Amigos, para proveer a los menonitas con raciones para 6.000 niños, seis semanas después de que llegasen las provisiones. Este plan nos brindaría la oportunidad de arrancar con la labor en nuestra región asignada.

Al no poder dar con ningún camionero transportista con quien ir de pasajero a Valdepeñas, los Amigos decidieron llevarme ellos, en su furgoneta. Cargamos provisiones de alimentación en la furgoneta y los cuatro —Clyde Roberts, don Miguel Aguilera, el chófer y yo mismo— salimos el viernes 18 de noviembre. Don Miguel, un pastor evangélico que estaba sirviendo con los Amigos en Murcia, tenía conexiones con la Misión Evangélica Española, una misión británica con una propiedad en Valdepeñas. Se sentía él muy seguro de que los menonitas podríamos utilizar esa propiedad como oficina central. Los cuatro nos quedamos esa noche en lo que en efecto había de servirnos como cuartel general menonita. El marido del matrimonio responsable de la casa estaba teniendo problemas de estómago. Nosotros íbamos a poder surtirle de alimentación suplementaria para su régimen especial.

El día siguiente nos fuimos todos a Ciudad Leal, capital de la provincia, tras contactar con el Alcalde de Valdepeñas, que prometió encontrarnos un almacén con despacho. Llegando a la capital fuimos primero donde el Gobernador, que nos recibió con la misma cortesía y prometió prestarnos toda la ayuda del mundo. Después de ver también al Alcalde, contacté con Vicente Sánchez, jefe del Comité de Refugiados, que el Comisionado y yo ya habíamos conocido cuando nuestro viaje de investigación de las necesidades de los refugiados. Nos invitó a todos a comer. Después de comer, descargamos en el almacén para refugiados el

chocolate y azúcar que habíamos traído. Entonces se marcharon los de Murcia, dejándome con varios amigos de un día y otro amigo nuevo, el pastor protestante Vacas.

Como no conseguí habitación en el hotel del lugar, el Comité de Refugiados me encontró una cama en una pensión privada, con otros cinco hombres y por lo menos dos mosquitos para cada hombre. Las sábanas no estaban muy limpias, pero me contenté con la reflexión de que al menos no había ni chinches ni pulgas. Mientras estuve allí comía con la familia Sánchez. El Sr. Sánchez parecía tan ocupado con su trabajo con el Comité de Refugiados, que no me pudo atender muy bien en cuanto a lo que yo necesitaba saber.

El domingo lo pasé con los evangélicos del lugar, en casa del pastor Vacas. Él, su esposa y sus tres hijos, dos colportores[1] y yo mismo, éramos toda la congregación. Leímos juntos la Palabra, oramos, escuchamos algunas palabras de testimonio. Los creyentes parecían estar muy desanimados. Después del culto de la mañana, el pastor Vacas me ofreció prepararme una habitación con su hijo, donde yo pudiese estudiar y escribir. Se lo agradecí pero le dije que seguiría tratando de conseguir una habitación en el hotel.

El día siguiente volví a pasar por la casa del pastor. Mientras estaba ahí, llegó a casa una de las cinco hijas y le devolvió dinero a su madre, diciendo: «No pude conseguir nada». Había salido a comprar un par de zapatos, pero sin encontrar nada. Los que sí había encontrado estaban muy viejos y rotos y no tardarían nada en quedar inservibles.

Adondequiera que fuera, me encontraba siempre la misma situación. Fui a la Casa Cuna, un hogar donde las madres solteras podían ir para dar a luz. Después el Estado se hacía

[1] Antiguamente, vendedores ambulantes de Biblias y libros de religión evangélica. Nota del traductor.

cargo de los hijos. Cuando le pregunté a la directora cuál era su necesidad principal, me dio una respuesta muy detallada:

—Alimento, ropa y calzado. Verá usted lo fría que está la casa, por falta de combustible. Sí, es verdad que hay carbón no muy lejos de aquí, pero no hay transporte. Por si fuera poco, no nos llega la ropa para abrigar a los niños este invierno. La Diputación Provincial se ocupa de que nos manden raciones de alimento. Recibimos algo de leche de vaca cada día, pero no es bastante para los bebés que tenemos aquí. Hace semanas que no vemos patatas y hoy no hay pan. Tenemos algo de carne ahora mismo porque alguien tuvo la bondad de donarnos un cerdo hace poco. Si no, lo que hay para comer es garbanzos, alubias y algo de acelgas. El azúcar escasea mucho ahora mismo y el jabón hay que usarlo con muchísimo cuidado, porque la semana que viene igual ya no hay.

Después de la Casa Cuna me dirigí al Hogar Provincial, donde albergaban a 193 niños y 118 ancianos. Estaban preparando una olla con garbanzos, unas pocas patatas y acelgas para la comida.

—¿Habrá un segundo plato para la comida de hoy? —pregunté, echando una mirada por la cocina.

—Plato único. Y sin pan —replicó la responsable.

—¿Y para la cena qué hay?

—Más o menos lo mismo. Alubias en vez de garbanzos. Vivimos así de día en día, los ancianos y los jóvenes igual.

—¿Y para el desayuno qué es lo que tienen?

—Café.

—¿Con leche? —pregunté, sin convicción.

—No. Solamente café de malta y cuando hay suerte, un poco de azúcar. Cuando hay pan, les permitimos a los niños

una rodaja con el café. Y a los ancianos les toca lo mismo que a los niños.

—¿Podrían ustedes elaborar su propio pan si tuvieran harina? —pregunté, pensando en las cincuenta toneladas que en breve íbamos a tener para distribuir en esta provincia.

—¡Ay, si tuviésemos harina, instalaríamos un horno en lo que canta un gallo! —respondió la jefa de la cocina, entusiasmándose con la idea.

Visité el aula de escuela, la carpintería, la peluquería, la sastrería y por último el taller de zapatería. Todos indicaron que escaseaban los materiales necesarios. El zapatero me mostró un montón de zapatos viejos y agujereados, de donde intentaba recuperar material apto para reutilizar. Luego abrió una puerta a otra estancia y me mostró unos neumáticos viejos apilados. Uno de los trabajadores me explicó cómo hacían para aprovechar este material para fabricar calzado para lo niños.

Esa tarde visité el Hogar Infantil, donde se alojaban unos sesenta niños, gestionado por la organización local de maestros de escuela. La directora me lo mostró todo, indicando las mismas necesidades que yo ya había descubierto en otras instituciones: falta de pan, falta de vestimenta, falta de calzado.

—¿Los niños viven mejor aquí que los que viven en la calle? —pregunté.

—Sí —admitió—. Algunos de los niños en casas particulares viven muy mal.

Esta situación era una que nos creaba especiales dificultades paliar y es uno de los motivos por los que pensábamos distribuir pan y leche, o pan y chocolate, en los colegios públicos.

Con la ayuda del Alcalde pude visitar las escuelas para determinar la posibilidad de establecer un comedor para niños necesitados. Hallé buenas instalaciones para un comedor, contando incluso con una buena cocina. La directora estaba muy interesada en esto y pensó que sería posible hacer una selección de los niños más necesitados.

El Alcalde nos ofreció una nave vacía para que la utilizásemos como almacén. Cuando por fin la vi me pareció demasiado pequeña, aunque sin duda nos podría servir como despacho y también como punto de distribución de vestimenta, algo tan necesario por culpa del tiempo frío y húmedo. Mi ropa de invierno estaba con Hershey y Fretz, que seguían sin llegar a España con las furgonetas.

El jueves 24 de noviembre era el Día de Acción de Gracias en Estados Unidos. Lejos de mi familia, pasé el día entre gentes extrañas que sin embargo resultaban muy hospitalarias en medio de las dificultades que les provocaba la guerra. La conversación alrededor de la mesa ese día se centró en la política internacional. Como yo no era español, me echaron en cara el que el primer ministro británico, Chamberlain, haya cedido a las presiones de Hitler. No comimos nuestro tradicional pavo, aunque sí hubo carne. A mí me pareció que sabía a riñón o corazón pero el Sr. Sánchez, cuando le pregunté si sabía qué era, me informó que se trataba de testículos de cordero.

Pasé ese día escribiendo un artículo para la prensa de nuestra iglesia acerca de las condiciones que estaba observando en Ciudad Leal, oyendo las noticias en la radio al atardecer, y escribiendo en mi diario. «El Día de Acción de Gracias en España, entre gentes extrañas y en medio de tristeza y desesperanza. Tal vez debería sentirme agradecido por las ventajas de ser un cristiano y un americano, lo cual es cierto, pero mi corazón se siente apesadumbrado por los que

están tristes a mi alrededor. Me resulta repulsivo parecerles una especie de observador de todas sus miserias y sin embargo, si es que vayamos a poder ayudarles, hace falta descubrir los mejores canales. Me gustaría poner a Mussolini en mi puesto durante una semana, para que tuviera que enfrentarse a estas pobres gentes sin casa ni alimento ni siquiera parientes por culpa de esta guerra…

«La última carta que recibí de Irene [mi prometida], la escribió hace dos meses. ¡Ay, cuánto puede pasar en dos meses!»

Durante varios días había estado intentando sin éxito conseguir un viaje a Valdepeñas, donde pensábamos establecer nuestro cuartel general. El personal del Comité de Refugiados siguió tratando de encontrarme alguien que me pudiera llevar. No fue hasta el domingo 27 de noviembre, que conseguí viajar en un enorme camión diésel con ocho ruedas traseras. Estaba sucio con polvo de carbón, pero yo era feliz de tener cómo ir a Valdepeñas.

Al llegar, tuve que hallar la forma de llegar hasta la Calle Monescillos, nº 9, la casa donde íbamos a vivir. Con mi maleta pesada, máquina de escribir, mochila y bolsa de comida en latas (siempre llevábamos alimentos cuando viajábamos, por la falta de restaurantes), era imposible cargar con todo yo solo. Después de buscar un rato, di con un joven que me ayudó con la maleta y le di una lata de leche cuando llegamos a nuestro destino.

La hospedera me sirvió una buena comida con mucha amabilidad. Fue agradable encontrarme con una habitación bonita y soleada, con una jofaina y jarrón de agua como lo que solía haber en la planta superior de la casa de mi abuela. A la postre, cuando conseguí hacerme con una tetera eléctrica, estaba en óptimas condiciones para afeitarme y darme un baño de esponja.

La casa pertenecía a la Misión Evangélica Española, una sociedad misionera británica establecida por Percy Buffard y apoyada por contribuyentes voluntarios entre los que se encontraban algunos miembros de People's Church, de Toronto, Canadá. El encargado, Primitivo Giménez, dijo que iba a tener que obtener autorización de los propietarios ingleses antes de poder prometernos el uso permanente de la residencia. Ese permiso acabó llegando antes de que estuviéramos preparados para empezar a trabajar en la región.

El alcalde de Valdepeñas nos procuró una nave que venía con espacios para los despachos. Antes había sido un almacén de bodega, con dos grandes salones medio soterrados, donde se habían dispuesto enormes toneles. El espacio que quedaba libre en el centro de cada salón era lo bastante grande como para almacenar allí muchas toneladas de provisiones. El Alcalde nos ayudó a encontrar un lugar donde establecer un comedor. Después me facilitó una lista de las escuelas de Valdepeñas y el número de niños en cada una, para que pudiera hacerme una idea de lo que iba a ser necesario para poder dar un desayuno de pan y leche a cada niño.

Yo seguía inquiriendo acerca de camiones que se dirigían a Jaén, esperando poder viajar con alguno. Necesitaba poder organizar la distribución de alimento allí. El control local de tráfico militar me recomendó ir a la gasolinera que hay en la carretera principal para pillar alguno de los camiones que iban de paso. Fui a casa y cogí mi equipaje. Cuando iba llegando a mi destino, un viejito me quiso ayudar con mi equipaje a cambio de algo que comer. Aunque estaba demasiado débil para serme de mucha ayuda, me dio pena y le dejé echarme una mano y después le di una lata de carne.

Llegué a la gasolinera a eso de las once de la mañana, disponiéndome a pasar un largo rato de espera. Al ir pasando las horas, saqué de mis bolsa de provisiones un almuerzo de galletas Golden Wheat, un pedazo de queso y una naranja. Se hicieron las tres y luego las cuatro. Por fin llegaron desde el norte dos camiones grandes cargados de barriles vacíos de aceite de oliva. Sí que se dirigían a Jaén, pero no iban a llegar ese mismo día. Como eso a mí no me importaba, me encaramé a la caja del primer camión y me acomodé entre los barriles. Los conductores tenían tanto que hacer que se nos hicieron las cinco de la tarde antes de arrancar desde Valdepeñas.

Menos mal que no hacía mucho frío ese día. Me abotoné la chaqueta hasta el cuello, apoyándome contra la puerta de atrás de la caja, con el viento en la cara. De repente superamos una colina y aparecieron ante la vista las casas blancas de Santa Cruz, con la inmensa mole de su iglesia de piedra en medio. Y así seguimos hasta adentrarnos en las montañas. Justo antes de llegar a Santa Elena, nos detuvimos a beber un poco de agua.

Poco después atravesábamos unos interminables bancos de niebla y hubo que proseguir con mucha lentitud hasta llegar a La Carolina. Los camioneros decidieron pasara ahí la noche, por la niebla y humedad. Uno de los hombres encontró habitaciones y camas para los que iban en su grupo. El Señor me guió a un hotel cercano, donde yo también encontré cama en una habitación de tres camas.

Al enterarme que no se servía cena en el hotel, salí a buscar un restaurante pero sin suerte. Volví al hotel después de haberme dado un buen paseo y ataqué otra vez mis provisiones, con carne en lata de Australia, queso de Holanda, galletas Golden Wheat de Inglaterra y una naranja de Valencia. Me quedé bien satisfecho.

Mientras partíamos de La Carolina la mañana siguiente, hallamos un mundo natural empapado y goteando a causa de la lluvia de la noche. El camino salía de la población en dirección al este, para girar luego al sur hacia Jaén. Las vistas hacia el amanecer me cautivaron. El sol mismo estaba escondido tras un oscuro banco de nubes, pero irradiaba rayos hacia un costado. Al descender del alto donde se encuentra La Carolina, podíamos ver grandes extensiones de olivares por todas las colinas hasta el horizonte. Las plateadas hojas de olivo centelleaban con la humedad matinal, contrastando con el color rojo ladrillo de la tierra recién arada, entre los árboles.

No hicimos ninguna parada digna de anotar, hasta que llegamos a Jaén. Como no conseguí una habitación en el Hotel Rosario, el Comité de Refugiados me asignó una habitación en el hotel de ellos y me dieron permiso para comer en el comedor del personal, contiguo al comedor de los refugiados. La cena consistió de un caldo en el que flotaban pedazos de pan, un plato de verduras verdes demasiado cocidas, un plato de carne enlatada cocida, y café de malta con un poquito de azúcar.

El Gobernador fue muy cortés y nos prometió ayudarnos a conseguir gasolina para nuestros vehículos. Enfatizó que la leche era más necesaria que la harina en ese momento, aunque se alegraron mucho por las cincuenta toneladas de harina que les había sido destinada. El Secretario de Abastos, la agencia de gobierno responsable de gestionar la alimentación para la población general, me prometió que podíamos almacenar nuestras provisiones en la nave de ellos.

El director local de la Asistencia Social, un ministerio del gobierno responsable de atender a los ancianos y a los huérfanos, prometió llevarme a Linares, la ciudad donde esperábamos poder instalar nuestro cuartel general para la

provincia de Jaén. Estaba situada en la carretera principal entre la ciudad de Jaén y Valdepeñas. Cuando llegamos lo primero que hicimos fue visitar las instituciones que apoyaba la Asistencia Social. Después, en una visita con el Alcalde, le expliqué nuestro deseo de establecer un comedor para niños necesitados. Antes de que él pudiera responder, el director local de la Asistencia Social interrumpió para informarme que podíamos instalar nuestro comedor donde el comedor de ellos. Entonces el Alcalde replicó que debíamos instalar nuestro comedor donde el comedor que gestionaban ellos. Me di cuenta de inmediato que iba a ser difícil trabajar con distintas agencias de gobierno, por cuanto eran cada una de ellas tan celosas de las demás.

Llegó el 8 de diciembre sin saber ni una palabra de Fretz y Hershey. Entre tanto yo seguía organizando los preparativos para empezar nuestra obra en Jaén y Ciudad Leal. Fui a Úbeda, un pueblo de camino a Valencia, con el director de Jaén de los servicios sociales, que llevaba a Villanueva del Arzobispo una persona capacitada para establecer ahí una colonia de niños. El director de Úbeda del Comité de Refugiados, su ayudante y el Alcalde, estaban todos ansiosos de que abriésemos ahí un comedor.

Al regresar a Jaén, me informaron de que se les había acabado la leche. Ya no quedaba nada para los enfermos y los bebés. Las autoridades locales rogaron que se suministrase leche de inmediato. Por algún motivo nuestro pedido de leche se había demorado. Era difícil ser el representante de una organización de ayuda humanitaria pero sin ningunas provisiones que dar, a la vez que dependía de las autoridades locales que me estaban alimentando y alojando.

El Socorro Rojo, una organización política, solicitó alimentos para su comedor. Intenté explicar a su representante que como nosotros éramos una organización sin fines

políticos, no podíamos ayudarles. Él me insistió que ellos tampoco tenían fines políticos. Esta era la segunda vez que me llegaba una solicitud de esta naturaleza. ¿Qué hacer cuando la necesidad es tan enorme, en particular la necesidad de leche? La necesidad era más acuciante en Ciudad Leal que en Jaén.

Para el 12 de diciembre había pasado diez días en Jaén y anoté en mi diario: «No es nada agradable estar siempre viviendo dependiendo de otros. Al principio no es tan duro, pero conforme los días se transforman en semanas, empieza a haber una cierta reacción, especialmente de parte de algunas personas. Dios me dé la gracia y sabiduría para seguir aguantando a pesar de todas las dificultades».

Ese mismo día concerté con el Gobernador el método de distribución de las cincuenta toneladas de harina destinadas a Jaén. Después le comenté que estaba buscando la forma de ir a Valdepeñas.

—Bueno —me dijo—, nosotros aquí expedimos las Hojas de Ruta (permisos de desplazamiento para vehículos). A ver si no habrá un camión que vaya mañana.

Llamó al encargado de las Hojas de Ruta.

—Sí, aquí mismo hay una solicitud para un viaje a Valdepeñas —respondió el funcionario. Entonces me presentó al dueño de un camión, que me dijo que podía ir con ellos. Me informó que salían a las 7:30 de la mañana. Acordé encontrarme con ellos en la gasolinera y volví a mi habitación para preparar el equipaje.

La mañana siguiente me encontré con el camión en la gasolinera después de esperar toda una hora hasta que llegó. Estaba cargado de barriles de metal llenos de vino. En el control militar a la salida de Jaén, se me unieron ahí encaramado encima de los barriles de vino, varios soldados. Soplaba un viento fresco desde el noroeste según íbamos

hacia el norte. Cuando paramos para tomar un café en La Carolina, saqué una lata de leche condensada de mi mochila. La leche mejoró sensiblemente el sabor del café.

Llegamos a Valdepeñas poco después del mediodía y conseguí llevar mi equipaje a nuestro lugar de residencia. Las personas ahí se sorprendieron de verme pero me recibieron con mucha amabilidad. Les expliqué que había vuelto porque había encontrado un medio de transporte y porque quería comprobar cómo iban los preparativos para la harina que no tardaría en llegar. Ese día comimos pollo y patatas como sólo las españolas saben prepararlo, pero nada más. No había pan en toda la población.

Me iba a dar una gran alegría recibir aquí nuestras provisiones para ayudar con la alimentación. La gente me había tratado con inmensa amabilidad estas cuatro semanas mientras me encontraba solo con ellos, en Ciudad Leal y Jaén, viviendo entre ellos como vivían ellos. Solamente el amor de Dios me ayudó a no sentirme desanimado ni sentirme un estorbo, más que una ayuda. Lo único que tenía para dar eran promesas. La llegada de la harina ayudaba a traer una esperanza de un futuro mejor.

Justo antes de salir de Jaén, había recibido noticias de Valencia por teléfono, de que había llegado un telegrama de Hershey y Fretz indicando que se disponían a partir de Marsella con las furgonetas el 9 de diciembre. Sin embargo no habían llegado a Valencia para el día 12. Por consiguiente, después de disponer el transporte de la harina destinada para Valdepeñas, empecé a buscar alguna forma de ir a Valencia. Recibí la noticia desde Jaén el 15 de diciembre, de que un coche oficial se iba a dirigir a Valencia el día siguiente y podría pasar por Valdepeñas, de camino, para recogerme. Di gracias a Dios por amigos que no les importaba apartarse de su camino para ayudarme.

Después de llegar a Valencia el 16 de diciembre, contacté de inmediato al Cónsul americano para que me ayudara a localizar a Hershey y Fretz en Marsella. Descubrí que llegarían en el S. S. Stanwood. Obtuve permiso para entrar al puerto en busca del Stanwood, pero todavía no había llegado. Había zarpado de Marsella el día 14.

El 21 de diciembre el gobernador de Valencia convocó una reunión de representantes de las agencias de ayuda humanitaria en Valencia, junto con representantes de las agencias españolas involucradas en la alimentación de la población. Nos contó que el General Miaja, el Comandante en Jefe en Madrid, le había informado personalmente la noche anterior de las condiciones terribles imperantes en Madrid por causa de la falta de leche. Peligraban unos cuarenta mil bebés, cuyas madres se estaban amotinando. Los representantes de la oficina para la infancia dijeron que esperaban recibir 230 toneladas de leche en polvo y nosotros contamos que también nosotros esperábamos recibir un cargamento.

Escribí a Irene el día siguiente: «Si la mañana de Navidad yo pudiese entregar una lata de leche a cada niño de Valencia y mandar un tren a Madrid y otras ciudades necesitadas, entonces mi gozo no conocería límites. Este no es el momento de ser egoísta y pensar en uno mismo, sino el momento de luchar con todas las fuerzas para ayudar al prójimo que padece tan terrible necesidad. Y mi prójimo ahora mismo son los niños de España. ¡Ay, si tuviese un millón de cajas de leche para repartir!»

Cuando para el 23 de diciembre seguía sin recibir palabra ni de nuestro cargamento de leche ni de Hershey y Fretz, decidí ir a pasar la Navidad en Murcia. Allí me encontraría entre amigos y podría recibir el correo que se me venía acumulando desde hacía unas cinco semanas. Pude conseguir

un asiento en el autobús de Carabineros. Los Carabineros eran el transporte de la policía. El autobús debía partir a las 7:00 de la mañana el 24 de diciembre, pero no emprendió la marcha hasta las 9:30 —cosa que sucedía con mucha frecuencia. Como hubo muchas paradas por el camino, entre ellas el comedor de los Carabineros donde se negaron a darme de comer, no llegamos a Murcia hasta las 5:00 de la tarde.

Esa noche Alfred Cope, uno de los cooperantes de los Amigos, me entregó la correspondencia que se me había ido acumulando; unas 16 cartas. Por lo menos seis eran de Irene, de quien no tenía noticias desde hacía tres meses por culpa de mis incesantes viajes desde que había salido de París. No conseguí leer todas las cartas esa noche. También había recibido la prensa de nuestras iglesias, para poder volver a sentirme en contacto con lo que estaba pasando allá en casa.

El día siguiente, al ser la Navidad, todos los cooperantes nos reunimos en el hospital de niños para una comida de pollo, pavo, y un *pudding* de ciruelas añejo. Esa tarde los niños dieron un programa para los cooperantes antes de la visita que recibían de sus padres. Fue una ocasión para disfrutar, excepto que yo no me sentía bien.

El 26 de diciembre, Alfred Cope dispuso un camión para un cargamento de provisiones, de Murcia a Jaén, donde yo tenía preparado almacenarlas hasta que pudiésemos empezar la distribución. Los que acompañamos el cargamento pasamos la noche en Úbeda, donde yo tenía concertado abrir un comedor. Las autoridades locales tuvieron la amabilidad de darnos una cena y alojamiento para la noche. Por el tiempo tan invernal, las sábanas de mi cama parecían hechas de hielo. Tardé mucho rato en entrar en calor en la cama. En el camino desde Murcia habíamos pasado por campos nevados. El tiempo aquí resultaba mucho más invernal que

en Murcia y yo seguía con mi ropa interior de verano. ¿Dónde estarían esos muchachos que me iban a traer la ropa de invierno?

El día siguiente seguimos hasta Jaén y descargamos nuestras veinte cajas de leche en polvo: seis para el comedor que pensábamos abrir y otras catorce para los refugiados. Acordamos con las personas responsables de su distribución, el uso que se daría a la leche. Partimos entonces para Linares, de camino a Úbeda. Al no conseguir contactar con los responsables en Linares, proseguimos el camino hasta Úbeda. Como pensábamos llevar algo de aceite de oliva al regresar a Murcia, teníamos que pasar la noche.

Hubo algo de espera para obtener el aceite de oliva el día siguiente, de manera que no partimos de Úbeda hasta las 11:30 de la mañana. Paramos a comer en el pueblo de Reohin[2] donde por medio kilo de jabón nos pusieron unos huevos fritos, hígado de cerdo y beicon. Cuando llegamos a Murcia, Ruth Cope inmediatamente nos informó que Hershey y Fretz habían llegado a Valencia. Como yo me sentía bastante mal de salud, no sabía si iba a ser capaz de ir a su encuentro. Alfred Cope me dijo que había un coche dispuesto para llevarme.

Conseguí llegar a Valencia el día siguiente, que era el 29 de diciembre. Lester me contó lo que los había retenido tanto tiempo en París. Yo le expliqué los preparativos que había hecho para empezar nuestro trabajo. Él entonces me informó que había habido un robo en las furgonetas mientras estaban en los muelles de Marsella. No sólo faltaba bastante ropa,

---

[2] Procurando comprobar el nombre de esta población, no encuentro ninguna entre Úbeda y Murcia que suene parecido, no importa cómo se escriba. Aquí los apuntes de Hartzler, normalmente muy fiables, parecen contener un error insalvable. Nota del traductor.

entre otras cosas la mejor chaqueta al estilo *plain*[3] de Clarence, sino que se habían llevado las bujías de las furgonetas. Los suizos tuvieron la amabilidad de prestarnos un juego de bujías mientras intentábamos conseguir otras de reemplazo, algo harto difícil.

Llegado el mediodía del 31 de diciembre, tuve que acostarme y guardar cama. El médico del Comité de Refugiados me dijo que había pillado la gripe. Mis síntomas eran un fuerte dolor de cabeza y fiebre, que me venían molestando desde hacía una semana. Estuve en cama una semana entera sin mucha mejora. El domingo siguiente me llevaron a Murcia en coche, donde me pusieron en una cama de la hospedería de los Amigos. Martha Rupel, una enfermera de los Hermanos que hacía un voluntariado con los Amigos, me cuidó.

El Dr. don Amalio, un médico español de Murcia, se hizo cargo de mi caso. Hecho un análisis de sangre, descubrió la presencia de la bacteria de fiebre tifoidea. Iba a tener que guardar cama durante seis semanas. Fue un golpe muy severo justo cuando nos disponíamos a empezar nuestra obra en Jaén y Ciudad Leal. Lester ya había ido de Valencia a Valdepeñas con un camión de diez toneladas de provisiones para nuestra obra.

Para el lunes 16 de enero, todo estaba dispuesto para que Hershey y Fretz partieran de Murcia. Les di sus últimas instrucciones. La mañana siguiente salieron en dirección a Valdepeñas a eso de las 8 de la mañana. Fue difícil verlos marchar solos, pero al menos había podido prepararles el camino. Oramos juntos, rogando la bendición de Dios sobre ellos y sobre nuestra obra.

---

[3] «Sencillo», es decir sin solapas, a la vieja usanza menonita. Nota del traductor.

Una carta de John Horst indicaba que las contribuciones para el programa de España estaban entrando más lentamente que el año anterior. Por consiguiente MRC en su reunión del 30 de diciembre, en reconocimiento de la cantidad de trabajo exigido para distribuir una gran cantidad de bienes y «para conservar nuestros fondos para llevar a cabo la obra en meses sucesivos», con la posibilidad de enviar otros cooperantes adicionales, acordó la siguiente resolución: «Que se reduzca el presupuesto para los meses de diciembre y enero a 1.500 dólares y que a la postre se envíen 1.000 dólares por mes hasta próximo aviso. Esto significa que solamente hace falta mandar 1.000 dólares para enero para completar los 3.000 dólares para los dos meses, por cuanto ya se habían enviado 2.000 dólares para diciembre. La IC ya había acordado antes aportar 2.920 dólares para la obra menonita.

Como resultado de mis visitas a los menonitas de Holanda, Francia y Suiza en agosto, habíamos recibido las siguientes contribuciones: Menonitas holandeses, 1.500 dólares; Pierre Sommer, Francia, 56,50 dólares; amigos en Basilea, 11,25 dólares (4 libras esterlinas). Las cifras en dólares eran aproximadas, conforme al cambio corriente.

Por las dimensiones de nuestro campo de operaciones y la necesidad desesperada de alimentos, se estaba considerando enviar dos cooperantes más, en particular al estar yo enfermo. Estábamos considerando establecer un segundo cuartel general en Linares para servir a la provincia de Jaén. Por consiguiente, las comisiones Ejecutiva y de Misiones de MBMC aprobaron el 2 de febrero enviar a Ernest Bennett y Wilbert Nafziger a España como cooperantes, pendientes de obstáculos que pudiesen surgir hasta el momento de su marcha. La guerra le iba bastante mal al gobierno republicano. Barcelona había caído ante los nacionalistas el 26 de

enero. La población estaba harta de la guerra y la situación de la alimentación había empeorado, lo cual hacía tanto más urgente nuestra ayuda humanitaria.

El 3 de febrero escribí a Hershey y Fretz: «Esto es lo que yo creo muy claramente, [...] que hemos de seguir adelante con toda la rapidez posible con la organización de los comedores conforme a las provisiones que ya tenemos disponibles, y realizar nuestra labor a tal escala de eficiencia que alcance satisfacer las esperanzas de aquellos con quienes estamos trabajando. [...] Permitidme sugerir que hasta que yo pueda unirme a vosotros en el trabajo, deberíais centraros en el establecimiento de comedores en la provincia de Ciudad Leal, por cuanto se encuentra más próxima a nuestro centro y se puede organizar con mayor rapidez. [...] También es posible ya ahora, si la necesidad justifica poner comedores en las colonias de niños. [...] Roberts ha dicho que ya habéis recibido café para Valdepeñas y que se había enviado una furgoneta de ello a Ciudad Leal, otra a Linares y dos a Jaén. [...] El café no es un alimento indispensable pero resultará extraordinariamente útil para recompensar la amabilidad y cooperación de las autoridades y de aquellos que nos ayudan. [...] Roberts me ha dicho lo que hicieron en Valdepeñas con la harina antes de llegar nosotros. Ya me temía yo que algo así podía suceder. Sin embargo, os dará palanca para presionar en lo tocante a repartir pan en las escuelas, al poder decirles que la intención había sido destinar esa harina a la alimentación de sus niños durante varios meses».

A principios de febrero Lester informó de sus contactos con comedores en Jaén, Úbeda y Linares, aparte de Valdepeñas. El problema era abastecer de leche los comedores. Se llevaba en camión a Úbeda y Jaén, pero por algún motivo no llegaba a Valdepeñas a pesar de las reclamaciones reiteradas de Lester a Valencia. Entonces se rompió la caja de cambios

de la furgoneta y Lester no pudo asistir a la apertura de los comedores en Úbeda y Jaén. Afortunadamente, fue posible hallar en Valencia las piezas de recambio para reparar la furgoneta y se enviaron a Valdepeñas.

Distribuir alimento para los niños por medio de los comedores fue una parte importante de nuestra obra. Cada niño recibía un cuarto de litro de chocolate y 100 gramos de pan en el comedor todas las mañanas. La leche, el azúcar y el cacao necesario para hacer la bebida de chocolate lo proveía la IC, el pan se elaboraba de harina molida de unos 3 millones de *bushels* (81.650 toneladas) de trigo donado por el gobierno de EE. UU. a la Cruz Roja Americana para distribuir en España.

El procedimiento para establecer un comedor era escoger una población necesitada y entonces entrevistarse con el alcalde y los funcionarios sanitarios del lugar. Les presentábamos nuestras propuestas para la alimentación de los niños y solicitábamos su colaboración para hallar un lugar con comedor, cocina y personal para realizar el trabajo. También les pedíamos que se hicieran cargo de la selección de los niños más necesitados de la población. Entonces, tal vez una semana o diez días después, volvíamos y nos encontrábamos todo organizado y preparado para funcionar. Lo siguiente era fijar una fecha para abrir el comedor y enviar las provisiones para un mes. Siempre estábamos presentes el día de apertura para asegurarnos de que el comedor abría correctamente y dejar instrucciones para el futuro.

El 15 de febrero Lester informó que se habían abierto dos comedores: Jaén y Úbeda. La gente en Jaén no esperó para abrir a que llegase Lester. Cuando llegó, descubrió que estaban dejando entrar a las madres con los niños. Esta situación provocaba mucho alboroto por cuanto cada madre peleaba por su hijo. Lester insistió que las madres tenían que



Valdepeñas. Esperando que abra el comedor.
Mennonite Church USA Archives, Levi C. Harzler Collection, HM-372SM, Folder 3.

esperar afuera y dejar que los voluntarios se hicieran cargo de los niños, alimentando ellos a los más pequeños si hacía falta. Algunas madres se marcharon enfadadas y no estuvieron dispuestas a fiar sus hijos al cuidado de los voluntarios.

El comedor de Jaén se montó para unos quinientos niños, pero las autoridades locales permitieron pasar a seiscientos sesenta y ocho. Lester les dijo que se podía aumentar el número hasta seiscientos, pero nada más. Al final estuvieron de acuerdo en eso. Era necesario limitar el número de niños conforme a la cantidad de leche que podíamos suministrar.

El comedor de Úbeda daba para trescientos niños, el 80% de los cuales estaban entre los niños refugiados más necesitados, mientras que el otro 20% eran de la población civil del lugar, o huérfanos o bien muy necesitados. El alcalde de Úbeda estuvo presente en la apertura del comedor de Úbeda y se llevó una impresión muy favorable de lo que vio. Lester también entregó algo de ropa para los hogares de niños del lugar.

En Valdepeñas los niños que venían al comedor eran todos muy pequeños y necesitaban atención personal. Muchos tenían que estar de pie sobre los bancos para comer, porque las mesas eran demasiado altas para ellos si se sentaban. Cada niño recibía un cuarto de litro de chocolate y 100 gramos de pan. Los voluntarios ayudaban a los niños a desmigar el pan en el chocolate. Algunos niños venían limpitos y bien vestidos, pero otros venían sucios y mal vestidos, por la importante escasez de jabón y porque sus padres no tenían medios para vestirlos adecuadamente.

Una y otra vez algún pequeñín se hacía sus necesidades sobre el banco mientras estaba de pie desayunando. Entonces se hacía pasar a su madre para que limpiara lo que había ensuciado su hijo o hija. Para evitar que esto siguiera pasando, repartimos gasas a las madres que no podían vestir

adecuadamente a sus pequeños. Dos veces al mes cada niño recibía un pedazo de jabón, con la petición de que los niños vengan al comedor aseados.

Cuando los Amigos designaron a Howard Kershner como director de alimentación para *Spanish Relief* (Ayuda Humanitaria Española), también pasó a ser el representante oficial de la IC. Kershner nombró a Emmet Gulley su representante para el sur de España. Trabajando desde Valencia, Gulley recibía y distribuía todos el material de ayuda humanitaria que llegaba para los tres distritos: el suizo, el de AFSC y el de los menonitas. A principios de febrero Kershner telegrafió preguntando si los menonitas pudiéramos cuadruplicar el número de niños que estábamos alimentando.

Nuestro programa empezó a asumir proporciones mucho más grandes. Esperábamos que no se viese entorpecido por dificultades de transporte. Un número de camiones de furgón y varios camiones de cinco toneladas, todos de marca Dodge, habían sido encargados a París por la IC. Otro de los camiones de furgón y un camión de cinco toneladas estaba destinado a nuestro distrito.

El 15 de febrero empezó la distribución de pan en las escuelas de Valdepeñas. Los muchachos habían ido antes a la junta escolar con un ofrecimiento de cien gramos de pan diarios para cada niño. La primera cifra que se nos dio de niños escolarizados era de 2.500. Sin embargo, para cuando estaba todo dispuesto para empezar la distribución, el número había ascendido a 3.500; y para cuando la distribución llevaba 10 días, los niños escolarizados ascendían a 4.000. Esto es fácil de comprender si se tiene en cuenta que la población civil careció de pan durante febrero y marzo, con la sola excepción de lo que recibían los niños en las escuelas.

Más adelante, cuando llegué yo, recuerdo un joven en una peluquería que me agradeció profusamente porque su hermanito estaba recibiendo pan en la escuela. Claro que estábamos en disposición de dar pan a los niños por la harina molida del trigo recibido en EE. UU., trigo que el presidente Roosevelt había donado a la Cruz Roja Americana.

Me uní a Fretz y Hershey el 26 de febrero. Lester vino a Murcia por mí y llevamos un cargamento de provisiones a Valdepeñas. Fretz se había hecho cargo del almacén y de la distribución de ropa. Consiguió unos muchachos esforzados que le ayudaran y se las apañó bastante bien a pesar de que su español no era tan avanzado como el de Lester. La larga espera en París le había valido para desarrollar algo sus conocimientos del español.

La ropa que nos mandaron se distribuyó primeramente en los hospitales. Muchos de los niños ingresaban en los hospitales en harapos, pero siempre se iban a casa con una muda completa de nuestra ropa. Luego también se hacía distribución en las colonias de niños, las escuelas públicas, las agrupaciones locales de refugiados y en Valdepeñas, también a los evangélicos del lugar.

El 2 de febrero yo había escrito a Percy Buffard, cuya organización misionera era propietaria de la casa que nos estaba valiendo como cuartel general: «Ahora estamos organizándonos para dar comida a los cristianos protestantes de Valdepeñas, especialmente los más necesitados. [...] Lo que haremos es hacer una donación directamente a la iglesia, para que lo distribuyan ellos. Nuestro propósito es hacer esto mismo con cuantos grupos de creyentes sea posible en este territorio. La hermandad menonita de Argentina ha hecho una donación de dinero para ese fin».

El 4 de marzo escribí a Emmet Gulley en Valencia acerca de nuestro trabajo. «Tenemos en proyecto comedores en

Manzanares, Santa Cruz, Almadén, otros tres en Ciudad Leal, Linares, La Carolina y Bailén. La distribución de pan debería poder empezar en breve en Ciudad Leal, La Carolina y Manzanares. [...] Lester espera ir a Linares en uno o dos días para procurarnos un almacén allí. Se va a hacer cargo del distrito de Jaén de nuestra obra, y con la ayuda de uno de nuestros cooperantes nuevos espera desarrollar esa región más rápidamente». Al fin Lester no fue a Linares hasta el 21 de marzo, más o menos una semana antes de que acabara la guerra.

El médico de Murcia que me atendió durante mi enfermedad, no aceptó que le pagara. Le pedí a Martha Rupel, mi enfermera, que le preguntase cuánto le debía. Ella pensó que estaría bien escribirle una carta de agradecimiento, por cuanto estábamos seguros, por lo que nos había dicho, que no aceptaría ninguna remuneración por motivo del servicio que estaba prestando nuestra organización a los refugiados españoles. Martha me sugirió también, que podía mandarle cualquier dinero en moneda extranjera que tuviese encima y que no venía detallado en mi pasaporte. Le mandé una libra esterlina que había recibido en Basilea, Suiza, y una pierna de cordero que conseguí en Valdepeñas. Aunque en las tiendas no había nunca nada, los ganaderos del lugar sí tenían carne.

Además del vagón de café enviado por Brasil, Canadá también mandó un barco cargado con bacalao. Los bombarderos de Mussolini hundieron el barco canadiense en el puerto de Valencia, pero a los españoles les gusta tanto el bacalao que reflotaron el barco y volvieron a secar el bacalao. En Valdepañas recibimos parte de ese cargamento y lo intercambiamos por carne de cabrito, que nos gustaba más.

La segunda semana de marzo, Lester y yo fuimos a Almadén en el límite occidental de la provincia de Ciudad Leal, para ver si se podía abrir ahí un comedor. Acordamos

empezar uno para unos doscientos niños. También acordamos mandar a esta población tres toneladas del café brasileño. Al regresar hacia Ciudad Leal, nos cruzamos con soldados en el camino. Al entrar a la ciudad, nos enteramos que se trataba de una brigada de soldados comunistas. Cuando los comunistas españoles se dieron cuenta que Franco estaba por vencer, intentaron infructuosamente tomar el gobierno republicano. El gobierno republicano resistió la intentona comunista a pesar de que el Primer Ministro Negrín ya había abandonado el país. Lo sucedido resultaba una negación de la propaganda católica de que el gobierno republicano era comunista. Nosotros seguíamos procurando realizar nuestra obra lo mejor que podíamos, a pesar de la situación política.

Nos encontrábamos constantemente con el problema de personas que se aprovechaban de sus responsabilidades en la distribución de nuestras provisiones. El 16 de marzo una delegación de los niños de una escuela cercana vino a mí a quejarse de que no habían recibido pan. Cuando su profesor se ausentó de viaje, la mujer encargada de la distribución se había quedado para sí todo el pan. Pero había otros días cuando tampoco llegaba para todos. Parecían muy comedidos en su manera de contarme sus dificultades y se dieron por satisfechos cuando les prometí hablar con el Alcalde acerca de su problema.

Una tarde llegó a nuestros despachos una delegación de los maestros de Valdepeñas, para hablar de la distribución de pan. Resulta que una de las maestras había estado repartiendo el pan como a ella le parecía. Y entonces mandó a algunos de sus alumnos a otra escuela pero sin reasignar con ellos la ración de pan. Ella alegó tener 152 personas más que alimentar, contando a los profesores, que el número de raciones que le llegaban. Admitió haberse equivocado al

crear inicialmente su lista. En lugar de anotar 1017, había puesto 917.

El 18 de marzo escribí a John Horst: «Adjunto informes del mes de febrero. La Sección II es un informe de los comedores, la distribución de pan y la distribución de donativos especiales recibidos de la IC, como el café de Brasil y el bacalao de Canadá. El presente es un informe a grande escala de la obra de ayuda humanitaria que estamos realizando. ¡Es necesario multiplicar todo esto en el futuro próximo! Disponemos de grandes cantidades de leche, cacao y azúcar. Nos acaban de llegar cuarenta toneladas de azúcar la semana pasada. [...]

«Estamos intentando empezar comedores en media docena de poblaciones y distribución de pan en casi tantas. Parece ser que las personas de cada lugar que deberían estarnos ayudando a arrancar en los diversos centros, se encuentran tan afectadas por la situación presente que nos cuesta muchísimo encontrar la ayuda que necesitamos». Todo el mundo estaba tan agobiado de cansancio de la guerra, que se habían abandonado al desespero y nada hacían ya para mejorar su situación. Circulaban constantemente rumores de que se aproximaba el fin de la guerra.

El 23 de marzo escribí a Emmet Gulley en Valencia: «El lunes por la mañana empezaremos otro comedor en Ciudad Leal para 200 niños y el jueves otro en Manzanares para 500 niños. Después habrá otro en Manzanares para 200 niños. La distribución de pan en las escuelas también empieza en Manzanares el martes que viene, para 3.000 niños. Estamos tratando de establecer una Gota de Leche aquí [Valdepeñas] y otra en Ciudad Leal. En Jaén, La Carolina, Bailén y Linares, habrá comedores funcionando en breve y también distribución de pan en La Carolina».

Dos días después escribí a Lester Hershey en Linares: «El martes por la tarde cuando volví aquí, había bastante revuelo. Habían llegado cuatro camiones de cinco toneladas a las 3 de la tarde, con harina. Lo mismo sucedió el día siguiente. Y el jueves, un camión de diez toneladas nos trajo diez toneladas más y además, el resto de la ropa y algo de jabón que había quedado en Valencia. Como el de diez toneladas partía para Jaén, mandamos con él tus provisiones para La Carolina y Bailén. Lester se encontraba en Linares montando un despacho para nuestra gestión para la provincia de Jaén, pero no tenía un medio de transporte disponible, por cuanto las furgonetas nuevas todavía no nos habían llegado.

Visité el comedor para 500 niños en Valdepeñas el 25 de marzo y escribí el siguiente informe: «Mientras observaba el funcionamiento del comedor, hice varias fotos. La mayoría de los niños de este comedor son de entre dos y cinco años y necesitan mucha ayuda para tomar su chocolate y comer su pan. Parecían disfrutar muchísimo de su chocolate. Esta mañana hacía mucho frío afuera y soplaba un viento helado; y sin embargo algunos de los niños venían descalzos a tomarse su desayuno. Sus pies tenían la piel áspera y agrietada. Algunos tenían grandes llagas. Hay tantos de los más pequeños que vienen sin pañal ni braga y cada tanto manchan el banco donde se están de pie mientras comen. La mayoría de los niños de esta edad no lleva nada debajo de sus vestiditos».

Toda esa semana anterior al final de la guerra el 29 de marzo, nosotros seguimos ocupados tratando de realizar nuestra labor con normalidad. El 22 de marzo fui a Manzanares para ver cómo estaba funcionando el comedor y para desarrollar planes para dar desayunos a unos 3.000 escolares. El 24 de marzo fui a Ciudad Leal con ropa y

bacalao para el hogar de niños. A la vuelta paré en Daimiel para organizar la apertura de un comedor en esa población. Al anochecer, nos sorprendió ver encendidas las farolas de las calles de Valdepeñas.

El 25 de marzo nos encontró intentando acelerar las obras de reparación del local que habíamos encontrado en Valdepeñas para una Gota de Leche. Los comisarios ya no se molestaban para nada por motivo de la incertidumbre de la situación política. Aparte de eso, el carpintero había salido a buscar madera para lo que le tocaba. También vimos que había gente ocupándose en arrancar la vieja propaganda política de las paredes de los edificios.

Nos alegró que se celebrase un culto en la capilla protestante el domingo 26 de marzo, por primera vez desde que empezó la guerra. La única nota inusual la dio la presencia de un militar que se presentó para observar qué estábamos haciendo. Después del culto acompañamos a un grupo de jóvenes a la casa de una anciana, donde pasamos un rato agradable cantando.

El día siguiente fui a Ciudad Leal con algo de café, azúcar y leche para el hogar de ancianos. También hice los preparativos para empezar otro comedor. Mientras me encontraba allí el pastor protestante del lugar, el Sr. Vacas, me pidió que lo llevara a Puertollano para conseguir algo de carbón que necesitaba para su casa. Entre tanto, contacté con las autoridades del lugar acerca de su organización para la distribución de alimentos en dicha población. En el camino de regreso a Ciudad Leal, nos cruzamos con muchos camiones llenos de soldados, que se alejaban del frente.

El martes 28 de marzo, Fretz y yo fuimos a Manzanares para observar el comienzo de los desayunos en las escuelas, de pan y chocolate. También fuimos a ver al Comité de Refugiados acerca de la apertura de un comedor para niños

refugiados. Nos contaron que ya no les interesaba hacer planes, en tanto que no se aclarara qué es lo que iba a ser de la situación política. Al regresar esa tarde vimos muchos soldados en el camino, que volvían a casa. Nos enteramos después que el frente sur de Madrid había sido abandonado esa mañana por el ejército republicano.

La mañana siguiente cuando nos levantamos, nuestra hospedera nos contó emocionada: «Hay banderas blancas por toda la ciudad: en la torre de la iglesia, el ayuntamiento, el monumento a Pablo Iglesias y muchos otros lugares».

De camino a nuestra oficina, vi un hombre con un brazalete que lucía los colores nacionalistas. Cuando llegamos a la oficina, mandamos a casa de permiso a los jóvenes que trabajaban para nosotros en el almacén, diciéndoles que este sería un día especial para ellos.

No tardaron en volver, con una proclama que decía que por cuanto había vencido Franco, era obligatorio desplegar la bandera nacionalista, atrasar una hora los relojes, entregar todos los vehículos a los militares y presentarse en la plaza a las 13:00 para la izada de la bandera nueva. La proclama estaba firmada por el jefe de policía y por el nuevo comandante militar. Cuando fui a ver a este último acerca de nuestra furgoneta, me informó que la proclama no nos afectaba y que debíamos proceder con nuestro trabajo como siempre.

Esa tarde nos llegó el requerimiento de entregar nuestra harina para que toda la población pudiera tener pan el día siguiente después de dos meses que no había habido, aparte de lo que habíamos estado dando nosotros a los niños en las escuelas. Fuimos inmediatamente a hablar con el Alcalde nuevo, que se daba el caso que era un maestro de escuela. Conocía perfectamente nuestra operación. Pero también quería hacer una entrega de una ración completa de pan a la

población civil inmediatamente, prometiéndonos la devolución de la harina en cuanto llegasen las provisiones enviadas por Franco. Le convencimos que se limitara a media ración por dos días, para empezar, hasta que quedase perfectamente asegurado que fueran a llegar las provisiones nacionalistas antes de que se nos acabara la harina. Los hechos posteriores confirmaron que esa había sido una decisión sabia.

En la celebración en la plaza, la banda de la ciudad interpretó el himno nacionalista con bastantes notas mal tocadas. El comandante militar y el cura de la ciudad, que había estado viviendo de incógnito no lejos de ahí, hicieron sendos discursos enardecidos animando a la población de la ciudad a trabajar por una España unida. El discurso del sacerdote fue especialmente fogoso y culminó con el grito de «¡Arriba España católica!» En ese punto nuestro amigo Romero, el comandante militar local antes del cambio, forzó su salida al balcón de donde se estaban haciendo los discursos para hacer él también el suyo. Queriendo enfatizar algo que decía con el saludo apropiado, levantó el brazo derecho y empezó a hacer un puño, cuando se dio cuenta y abrió la mano para dar el saludo fascista correcto. Se había acostumbrado al saludo comunista con el puño cerrado adoptado por el gobierno republicano.

Mientras sucedía todo esto, Clarence estaba distribuyendo ropa a los evangélicos del lugar que vinieron a nuestro cuartel general para que satisficiéramos sus necesidades. El viernes siguiente nos visitó un pastor protestante nada contento. Al parecer, durante su distribución de ropa, Clarence no había dado nada de ropa a sus hijos porque no habían asistido al culto el domingo anterior.

—Ponéis a prueba mi cristianismo —dijo el pastor, que procedió a contarnos todo lo que había sufrido por el

evangelio. Entonces nos contó que sus hijos se habían acostado sin cena la noche anterior y tampoco iba a haber cena para ellos hoy. Antes de que se marchara le di algunos alimentos. También le dije a Clarence que me daba cargo de conciencia sentarme a la mesa a cenar bien, sabiendo que esos niños no tenían nada que cenar.

Los siguientes días fueron un poco traumáticos para nosotros. Los militares confiscaron el almacén nuevo y grande que habíamos alquilado para guardar la gran cantidad de harina que estaba por llegar y amenazaron confiscar nuestro almacén principal y nuestra oficina. Para evitar la confiscación, el Alcalde les dijo que si confiscaban nuestro almacén y nuestra oficina, él dimitiría y ellos serían responsables de toda la población civil, amén de la militar. Y así nos resolvió el problema.

El otro problema fue la obtención de permisos para viajar y una autorización para quedarnos nuestra furgoneta. El nuevo comandante militar nos dio un certificado oficial donde ponía que nadie debía tocarnos ni la furgoneta ni lo que había en nuestro almacén, a no ser que fuera por orden expresa de él mismo.

El lunes por la noche, 3 de abril, estábamos sentados alrededor de la mesa leyendo, cuando llegó un coche y alguien llamó a la puerta. Era el coronel responsable de la alimentación de los 50.000 soldados del distrito. Quería llevarse prestada harina hasta el día siguiente. Había camiones con harina de camino, afirmó, pero tardaban en llegar. Para no dejar desabastecidas las panaderías, quería que le prestáramos. Lo acompañé hasta el almacén, donde sus soldados empezaron a cargar harina. Para cuando tenían cargadas unas cinco toneladas, hubo noticia de que estaba por llegar el convoy de ellos. Por consiguiente, en lugar de

llevarse las diez toneladas que me pidieron, sólo se llevaron cinco, que en efecto devolvieron el día siguiente.

¿Qué hacer en cuanto al dinero? Las 25.000 pesetas republicanas con que contábamos ya no valían nada en absoluto. El 5 de abril vendimos algo de alimento, con lo que pudimos obtener unas 678 pesetas nacionalistas.

Entre tanto nos preocupaba un gran cargamento de ropa que no acababa de llegar: 77 fardos y un cajón. Ya habíamos recibido 26 fardos con el cargamento anterior, pero tampoco habían llegado dos cajones y un saco con jabón y zapatos de aquel cargamento. Nos inquietaba mucho el tema del calzado, por cuanto muchos de los niños iban descalzos a pesar del frío que hacía. La semana anterior había nevado.

Para el jueves 6 de abril, el Alcalde se temía que los militares fueran a confiscarnos nuestra harina y provisión de alimentos por cuanto se agotaban las existencias de que disponían ellos. Ofreció comprarnos nuestras provisiones con las pesetas nuevas pero se sorprendió cuando un inventario reveló un valor de 300.000 pesetas. Decidió pedirle a un comerciante evaluar nuestras provisiones al precio que imperaba cuando el principio del movimiento, y hacernos una oferta correspondiente. Al fin decidimos aceptar esta oferta aunque sólo representaba la mitad del valor real. Por cuanto la situación de la alimentación estaba muy mal, lo que queríamos es que ese alimento se destinara a la población civil y no a los militares.

Nos llegaron noticias de Valencia esa tarde, de que habían llegado Bennet y Nafziger, junto con David Blickenstaff, el cooperante de los Amigos y de la IC en Burgos (la capital de Franco). Ocupamos todo el día siguiente en obtener permisos de viaje para mí y para la furgoneta y para preparar la furgoneta para el viaje. El sábado pude conocer a los cooperantes nuevos en Valencia. Acababan de llegar desde

Francia en un destructor británico, desembarcando en Gandía, un puerto al sur de Valencia.

Blickenstaff había venido para ayudarnos a entregar nuestros alimentos al Auxilio Social, con el que él venía trabajando en el bando de Franco. Sin embargo se marchó de Valencia antes de que llegase yo, para dirigirse a Murcia y ayudar a los cooperantes de los Amigos allí con la transferencia. Lo esperábamos en Valencia, pero en lugar de volver se dirigió directamente a Valdepeñas. Para cuando llegamos ahí Bennett, Nafziger y yo, Blickenstaff y Fretz ya habían partido hacia Ciudad Real (el nombre recuperado de la ciudad) para organizar la transferencia de nuestras provisiones y obra al Auxilio Social.

Nos habíamos enterado ya en Valencia que el Auxilio Social nacionalista se estaba haciendo cargo de la obra de todas las agencias de ayuda humanitaria en la antigua España republicana. Llegamos a la conclusión de que nos sería imposible proseguir con el programa de ayuda humanitaria y que debíamos clausurarla cuanto antes. A nuestro regreso a Valdepeñas, se nos informó que sí que podíamos continuar con parte de nuestra obra hasta que las autoridades nuevas pudiesen hacerse cargo de todo.

El 12 de abril hice un listado de las siguientes provisiones a entregar al director del Auxilio Social:

Leche en polvo con nata	12.425	kilos
Leche en polvo sin nata	14.475	kilos
Leche condensada	157	cajas
Leche evaporada	12	cajas
Azúcar	45.400	kilos
Cacao	2.425	kilos
Bacalao en salazón	1.080	kilos
Café	9.000	kilos

Jabón	2.731	kilos
Aceite de bacalao	870	litros
Patatas	990	kilos
Carbón vegetal	900	kilos
Ropa	38	fardos

Las cantidades para estas últimas cinco cosas eran aproximaciones.

Nuestro paso siguiente fue llevarnos algo de alimentos del almacén a nuestro cuartel general donde nos alojábamos, alimentos que pensábamos distribuir a los cristianos protestantes de la región antes de marcharnos. Sin embargo estábamos necesitados de más dinero nacionalista. Conseguimos vender dos toneladas del café brasileño al Ayuntamiento por unas 9.875,65 pesetas.

El Alcalde nos advirtió que no fuésemos a Ciudad Real por cuanto las autoridades allí se estaban esforzando mucho intentando confiscarnos la furgoneta. Hasta entonces habíamos conseguido conservarla. También conseguí llevar al antiguo comandante militar de Valdepeñas y a su familia a Córdoba, como un favor por su cooperación con nuestro servicio antes de que acabara la guerra.

De camino a Córdoba nos detuvimos en La Carolina para dejar algo de alimentos con varios evangélicos que conocíamos allí, como la Srta. Irene y su madre. Se alegraron mucho de verme. Irene exclamó:

—Mi madre acaba de usar lo último que nos quedaba de la leche en polvo para su desayuno de hoy. Tiene el estómago delicado y le resulta muy difícil digerir cualquier cosa. Habíamos estado orando que nos llegara alguna ayuda y sentimos que hoy mismo Dios iba a intervenir.

Descargamos los alimentos en la capilla del lugar. Después llevé a nuestros amigos hasta Córdoba y regresé a Valdepeñas.

El día siguiente cargamos la furgoneta con alimento y los cuatro partimos para Tomelloso y Alcázar de San Juan, en territorio de Don Quijote. En Tomelloso dejamos algo de alimento con el anciano pastor don Francisco García. En Alcázar encontramos a don Carlos Araújo en casa y conversamos extendidamente con él, dejando algo de alimento. Ellos querían que nos quedásemos al café, pero yo tenía prisa por volver a Valdepeñas para que nuestros muchachos pudiesen preparar la furgoneta para nuestro viaje para recoger a Lester y seguir de allí hacia Murcia y Valencia.

Howard Kershner había llegado a Valencia desde su cuartel general en París para ayudar a determinar el futuro del programa de ayuda humanitaria en España. Había convocado una reunión de todos los cooperantes en cuanto se pudiese obtener de las autoridades de Franco más información acerca de la continuidad de nuestra obra.

Como nos fue posible obtener permisos de viaje para los cuatro y la furgoneta y también autorización para comprar gasolina, partimos de Valdepeñas para Linares el lunes 17 de abril, para recoger a Lester. Paramos en Santa Cruz para visitar el comedor, que descubrimos que seguía funcionando. En La Carolina, las provisiones del comedor habían sido confiscadas por los militares, que las habían repartido a la población en general. En Bailén las autoridades municipales habían podido conservar el control de todos los alimentos, con la salvedad de la harina. Hice entrega de ella al representante del Auxilio Social.

Cuando llegamos a Linares, descubrimos que Lester había salido para Córdoba sin más ropa que lo que llevaba puesto y sin dinero. La chica donde se alojaba dijo que se había ido en

un coche con policías. No sabíamos qué pensar, pero hicimos una maleta con su ropa y partimos para Córdoba inmediatamente. Allí nos enteramos que Lester había seguido hacia Sevilla.

Después de pasar la mañana visitando la Mezquita, antiguamente morisca pero convertida en catedral, viajamos hasta Sevilla, llegando a eso de las 5 de la tarde. El Cónsul americano nos indicó el hotel donde estaba quedando Lester. No estaba en su habitación. Mientras esperábamos a que apareciera, conseguimos habitaciones para nosotros. Lester regresó a eso de las 8:30.

Mientras cenábamos nos contó su historia. La policía de Linares se había llevado su pasaporte, dándole instrucciones de ir a Córdoba para arreglar sus papeles. Se negaron a devolverle el pasaporte, indicando que los soldados que lo acompañaban se lo darían en Córdoba. Sin embargo cuando llegó ahí, los soldados no sabían nada del pasaporte y Lester acabó en la cárcel. La tarde siguiente lo soltaron y lo pusieron en un hotel. El día siguiente lo mandaron a Sevilla, para entregarlo al Cónsul inglés. Sin embargo al descubrirse que en Sevilla también había un consulado americano, fue allí donde lo dejaron.

Ahora teníamos que conseguir el permiso de viaje para que Lester volviera a Linares para que le devolvieran el pasaporte. Eso tardó cinco días. Obtuvimos una carta del Cónsul americano para el gobernador militar. El secretario allí nos mandó a una oficina especial que se hacía cargo de los permisos de viaje. De ahí nos mandaron a la oficina de la Falange, el partido político militarizado partidario de Franco. Esa oficina estaba cerrada porque se había proclamado un día festivo especial para celebrar la reunificación nacional.

El día siguiente, cuando Lester presentó su carta del Cónsul americano, lo mandaron a la primera planta a ver al secretario, que le dio un formulario de solicitud para que lo rellenara y firmara. Cuando apareció el capitán que teníamos que ver, nos hizo algunas preguntas y después dijo que iba a ser necesario contactar con Linares antes de que él pudiera hacer nada. Su oficina nos llamaría al hotel antes de las 18:00. Sin embargo llamaron poco después de las 12, para informarnos que iba a tardar bastante más solucionarnos el problema que lo que habían anticipado. Ya nos avisarían cuando lo tenían resuelto.

Al cabo de dos días sin noticias, Lester volvió al Cónsul americano, que le dio otra carta para un diplomático local que iba a poder ayudarle con el asunto del permiso de viaje. Sin embargo le iba a ser imposible arreglarnos el asunto antes del lunes, otros dos días de espera.

El domingo asistimos a una iglesia presbiteriana por la mañana cuyo pastor, don Patricio Gómez, también era director de una escuela que en su día había tenido 500 alumnos. Por cuanto su esposa se hallaba en Madrid cuando empezó la guerra, había quedado separada de su esposo y familia durante toda la guerra.

Esa tarde encontramos la capilla de la Misión Evangélica Española. (Nuestra casa en Valdepeñas era propiedad de la Misión Evangélica Española.) Conocimos al pastor don José Martínez y a un anciano misionero alemán, Alexander Brachmann, que nos explicó que al empezar la guerra cada hombre estaba obligado a inscribirse según cuál fuese su ocupación o profesión. El indicó su profesión como ingeniero y pastor evangélico.

—No tenemos ningún interés en saber nada acerca de eso último —le dijeron las autoridades. Por consiguiente Brachmann pudo proseguir con su obra evangélica sin ningún tipo

de inconvenientes, con la única salvedad de que solamente era posible visitar con sus parroquianos y celebrar sus reuniones, en sus casas particulares.

Martínez nos contó la experiencia de algunos de sus jóvenes, recientemente convertidos, que se negaron a hacer el servicio militar. Los nacionalistas les respetaron su objeción de conciencia y les permitieron un servicio no combatiente.

Otro joven sí aceptó el servicio militar y testificaba a los soldados en el frente. Un día se encontraba con un grupo de soldados en una casa cerca del frente. Esperaban un ataque inminente. Varios de sus camaradas manifestaron creer en Cristo. Este joven, en el momento de peligro, empezó a recordar las promesas del Salmo 91 a los que estaban con él en esa casa. De repente lo llamaron a presentarse en otro puesto. No se encontraba a más de 200 pasos cuando cayó una bomba sobre la casa, matando a todos los que estaban ahí dentro con la sola excepción de los dos chicos que habían aceptado a Cristo como su Salvador. El pastor Martínez expresó su adherencia al principio de la no violencia.

El lunes por la mañana Hershey, Bennett, Nafziger y yo fuimos a ver a nuestro amigo el diplomático acerca del permiso de viaje para Hershey. Tuvimos que esperar un rato largo antes de poder obtener una carta para las autoridades militares. Fuimos inmediatamente al cuartel general militar. Allí, al cabo de una espera de hora y media, Lester recibió su permiso. Esa noche tuvimos una visita agradable con nuestros amigos cristianos, animándoles en la fe. El esposo de nuestra anfitriona había sido matado el 18 de julio de 1936 al inicio del movimiento, cuando la policía disparó contra una cola que esperaba conseguir pan.

El día siguiente fuimos en nuestra furgoneta a Linares y preguntamos por el pasaporte de Lester en el cuartel de la policía. Nos contaron que había sido mandado a Córdoba

dos días después de que se había ido Lester. La policía nos prometió llamar a Córdoba y ver qué había sido del pasaporte. Aunque volvimos al cuartel de policía dos veces esa tarde, seguían sin tener noticias de Córdoba.

Cuando pedimos una carta para la oficina en Córdoba, el jefe de policía nos hizo pasar a su despacho e intentó intimidarnos:

—¿A qué habéis venido a Linares? —preguntó de malas maneras.

—A que me devuelvan mi pasaporte —replicó Lester.

—¿Y qué hacía su pasaporte aquí?

—Es que me lo quitó el sargento.

El jefe miró al sargento, que respondió:

—Se lo quité para comprobar algunos datos pero después lo mandé a Córdoba.

—¿Y qué hacen ustedes en España? —insistió el jefe.

—Estábamos aquí para traer alimento para los niños —contestó Lester.

—¿Estaban ustedes aquí antes del 28 de marzo de 1939? —quiso saber el jefe.

—Sí —respondimos al unísono.

—¿Son ustedes estadounidenses?

—Sí.

—¿Y qué es lo que pretenden de nosotros?

—Un permiso de viaje para ir a que me devuelvan mi pasaporte y luego seguir hasta Valencia —contestó Lester.

—Su pasaporte está en Córdoba. Le daremos un permiso para ir ahí.

—¿Pero no lo puede hacer para Valencia? —insistió Lester.

—No. Eso se lo tendrán que dar en Córdoba.

Después de salir del despacho del jefe de policía, el sargento le hizo el permiso de viaje a Lester. Antes en el día nos había exigido nuestros papeles de viaje con la autorización para venir a Linares. Si Lester hubiera regresado sin un permiso de viaje, habría tenido problemas gravísimos.

También nos enteramos que la capilla protestante de Linares había sido cerrada por las autoridades de Franco. A los miembros les dijeron que sólo hay una única religión en España, la católica romana. Les denegaron el permiso de seguir celebrando sus reuniones.

Antes de proceder hasta Córdoba el día siguiente, nos paramos en Jaén para averiguar qué había sido de nuestras provisiones de alimentos ahí. El café había sido entregado al Auxilio Social y la harina se había destinado a la elaboración de pan para la población civil. Las nuevas autoridades nos contestaron con evasivas y se negaron a brindarnos más información. Sin embargo nos enteramos por un antiguo secretario del gobierno anterior, con quién habíamos trabajado, que el comedor se había cerrado.

Al llegar a Córdoba, la persona encargada en el cuartel de la policía militar no estaba, pero un joven de la oficina nos dijo que había visto el pasaporte. Después, cuando volvimos para que nos dieran el pasaporte, el oficial nos dijo que estaba en Linares. Cuando le insistimos que acabábamos de llegar de ahí y que el pasaporte no estaba ahí, el oficial consultó un largo rato con el personal de la oficina. Entonces salió el sargento y nos dijo que el comandante de la policía militar tenía consigo el pasaporte y que había salido en un viaje de inspección de cinco días por toda la provincia de Jaén.

Lester llamó por teléfono a la policía de Linares y allí le dijeron que no tenían su pasaporte. El sargento admitió que

esperaban al comandante el día siguiente. No dispuesto a rendirse, Lester llamó por teléfono a la policía militar de Jaén, intentando contactar con el jefe. Esa llamada no tuvo éxito, pero la gente que contestó le prometió que le dirían al comandante que llamase, lo cual hizo esa noche.

El comandante le dijo a Lester que no, que no llevaba consigo el pasaporte sino que estaba en Córdoba. Prometió llamar a su oficina y darles instrucción de devolver el pasaporte. Debíamos ir a su oficina el día siguiente a las 10:30 para que nos lo dieran.

Esa noche celebramos una reunión especial de oración pidiendo a Dios la devolución del pasaporte y que nos dieran un permiso para Lester para viajar a Valencia. La mañana siguiente ambas cosas se consiguieron, no sin algunas demoras adicionales.

Partiendo de Córdoba paramos en Granada para hacer un poco de turismo antes de seguir hasta Almería para pasar la noche. Fretz y yo fuimos a ver a Fernando de la Cámara, que había sido el encargado de la obra de los Amigos antes del cambio de régimen. Él había sido uno de los líderes locales que se apoderaron del gobierno por cuenta de Franco. Nos mostró un papel oficial, firmado por el Gobernador Civil, que le daba el derecho de confiscar todos los alimentos pertenecientes a los Amigos y cualquier otra organización de ayuda humanitaria en la provincia de Almería. Fernando estaba muy ocupado y no quiso perder tiempo con nosotros.

Seguimos hasta Murcia el día siguiente. La mayoría de los cooperantes de los Amigos no se encontraban en la ciudad. Conseguimos ver a varias de las familias con quienes había trabajado yo mientras dirigía el programa de los Amigos: la familia de Miguel Aguilera, la familia de Sebastián Villar y la familia de Santiago Smilg. Cuando llamé por teléfono a Valencia la mañana siguiente, el Sr. Gulley nos pidió que

viniésemos de inmediato, por cuanto el Sr. Kershner seguía todavía allí pero partía la noche siguiente.

La obra de los Amigos en Murcia estaba clausurada. El gobierno había confiscado su almacén con todo el alimento y también el hospital de niños. Las dos hijas de don Miguel, enfermeras ambas que habían estado trabajando en el hospital de la ciudad, habían sido despedidas por no ser católicas.

El día siguiente, 30 de abril, llamé por teléfono a Valencia otra vez y el Sr. Gulley me dijo que debíamos darnos prisa en llegar, porque el Sr. Kershner quería marchar para París. Salimos de Murcia en cuanto pudimos despedirnos de nuestros amigos. Esa noche Kershner sugirió que podíamos seguir con dos equipos de dos personas cada uno para dar continuidad a la colaboración con el Auxilio Social, siempre y cuando cada equipo contara con por lo menos una persona que dominaba muy bien el español. El que quedaba debería irse de España.

Los cinco menonitas, después de considerar la situación total, acordamos que Hershey y Nafziger debían quedarse. Si surgiera la posibilidad de desarrollar un testimonio cristiano, Nafziger sería el que lo haría. Fretz, Bennett y yo añadimos nuestros nombres a la lista de Kershner, de los cooperantes que partirían de España.

Durante los ocho días que esperamos en Valencia a que llegase el permiso para salir de España y luego los permisos de viaje hasta la frontera, preparé los informes económicos tocantes a la clausura de nuestra obra. El 3 de mayo presenciamos la marcha triunfal de Franco por la Gran Vía. Su coche iba escoltado por un contingente de caballería morisca. Nos hizo gracia ver cierto número de camiones que había dado Rusia al gobierno republicano a principios de la

guerra, camiones que ahora eran propiedad del gobierno fascista de Franco.

Conseguí un viaje en un coche privado que salía el 8 de mayo para San Sebastián, en la frontera con Francia, por cuanto ese debía ser nuestro punto oficial de salida de España. David Luscombe (un cooperante británico) y yo llegamos el 10 de mayo. El día siguiente llegaron Fretz y Bennett en un camión con un grupo de cooperantes que partían. Ese día recibí un telegrama de Orie Miller instruyéndome esperarle allí. Antes habíamos recibido la noticia de que venía a Europa para ayudarnos a tomar una decisión acerca del futuro de la obra menonita en España.

El siguiente domingo, 14 de mayo, Bennett recibió un telegrama de Miller que decía que él y Fretz debían ir a París ya, mientras yo esperaba la llegada de Miller en San Sebastián. Ese mismo día ayudé a los dos a llegar a la frontera.

El siguiente martes por la noche, 16 de mayo, recibí otro telegrama de Miller diciéndome que fuese a París ya. No fue hasta las 15:30 del día siguiente que pude tener todo preparado para marcharme. Tenía que enviar mi dinero español al Sr. Gulley en Valencia, entregar las llaves de la furgoneta a la delegación de los suizos que se iban a quedar a cargo de nuestros asuntos desde San Sebastián, y escribir varias cartas.

Desplazándome hasta la frontera en taxi, no tuve ninguna dificultad para entrar a Francia y llegar a la estación de tren de St. Jean de Luz. Me dirigí inmediatamente al Hotel Miramar para recoger un paquete de papeles que el encargado de negocios de América me había traído cruzando la frontera en su coche oficial. El paquete incluía mi diario y un mapa de España, entre otras cosas. Si esos papeles se hubieran encontrado en mi equipaje al cruzar la frontera, los

funcionarios españoles con toda seguridad me los habrían confiscado.

Llegando a París la mañana siguiente, 18 de mayo, me dirigí directamente a la oficina de Kershner para recoger el correo y recibir direcciones para el futuro. Una nota de Orie Miller, que había partido para Lisboa, indicaba que había de encontrarme con él en Londres y que nos había obtenido pasaje en el S. S. Europa, que zarpaba el 27 de mayo. Por consiguiente armé mi baúl y lo mandé a Cherburgo para el S. S. Europa. También compré mi billete para el viaje a casa, aunque realmente quería quedarme en Inglaterra lo bastante como para poder visitar algunos lugares de interés literario.

Fui a Londres pasando por Holanda porque quería ver algunos amigos que había hecho allí durante mi visita del verano anterior, conocer a los Amigos en el albergue cuáquero de Ámsterdam y contactar al Dr. Ter Meulen en La Haya acerca de la respuesta a nuestra petición anterior de ayuda de parte de los menonitas neerlandeses para el programa en España. Se había hablado de mandar una enfermera neerlandesa a ayudarnos.

En La Haya, el Dr. Ter Meulen explicó que había sido difícil encontrar una enfermera y que la situación de la guerra en España durante el otoño e invierno de 1938-39 les había hecho dudar de mandar a nadie. Me dijo que tenía 500 florines recaudados para el propósito de mandar alguien a España. Después me sugirió que podía intervenir ante el Papa por medio de algunas amistades suyas, para que intercediera con Franco pidiéndole que permitiese la continuidad de la obra menonita en España. Es evidente que nada resultó de esa sugerencia.

Me encontré con Fretz y Bennet en el barco de Holanda a Londres, donde nos encontramos con Orie Miller. A él le pareció bien que Fretz y yo nos quedáramos una semana

adicional en Inglaterra. Por consiguiente, cambiamos nuestros billetes al S. S. Niew Amsterdam e hice las gestiones para que se me enviara mi baúl que estaba en Cherburgo, en lugar de embarcarlo en el S. S. Europa.

Como Orie Miller había venido a Europa para ayudar a decidir el futuro de la obra en España, nos pidió a los tres que nos reuniéramos con él el 25 de mayo para hacer planes de futuro. En primer lugar observamos que había un saldo total, sumando lo que había en Londres y Elkhart, de entre 5.000 y 5.500 dólares, además de otros 1.100 dólares que serían necesarios para la liquidación final de la obra.

Nos habíamos enterado con anterioridad de parte de Howard Kershner, director de la IC, bajo cuyo paraguas habíamos estado operando en España, que el programa de la Comisión tenía previsto finalizar para el 1 de agosto de 1939. Nos indicó que la Comisión agradecería poder disponer de los cooperantes menonitas hasta ese momento. A cambio, tendrían la consideración de cooperantes de la IC para los fines de obtener permisos de entrada y desplazamientos por España, amén de para cualesquier gestiones con las agencias del gobierno español.

Aunque no estaba nada claro todavía cómo serían tratados de manera más permanente en la nueva España los extranjeros ni las organizaciones extranjeras de ayuda humanitaria, suponíamos que para el 1 de agosto nuestros cooperantes estarían en condiciones de establecer una relación para continuar un programa propiamente menonita de ayuda humanitaria y servicio cristiano. Teníamos claro que fuese cual fuese el tipo de servicio y ayuda humanitaria que nos permitieran mantener, nuestra esperanza era que una transferencia sería posible tarde o temprano al desarrollo de un testimonio evangélico en España.

Los cuatro —Miller, Bennett, Fretz y yo— desarrollamos el siguiente proyecto de programa para mantener la ayuda humanitaria en España:

1. Bennet volvería a España en cuanto fuese posible.
    a. Para servir juntamente con Hershey y Nafziger hasta el 1 de agosto (o hasta que concluyese el programa de la IC) en conexión con ese programa, según lo que se acordase entre Kershner y las autoridades españolas.
    b. Hershey y Nafziger habían de decidir lo que era posible y aconsejable para continuar otro año más, de acuerdo con las siguientes directrices.
2. Que cualquier programa que resultase posible y paliase una necesidad constatada, se proyecte dentro de un presupuesto de 5.000 dólares hasta el 1 de diciembre de 1939, aparte de cualesquier cargamentos de bienes se enviasen desde EE. UU., pero incluyendo los gastos de los cooperantes presentes en España.
3. Que en cuanto fuese factible, el saldo menonita en Londres se traspasase a una cuenta en dólares o libras, en un banco de Londres o americano con sucursal conveniente en España, informando a Horst acerca de cómo y cuándo enviar fondos adicionales.
4. Que se entiende que los cooperantes presentes ahora mismo en España, están en disposición de seguir allí hasta completar un año de servicio y que el Comité designará y enviará a la hermana Nafziger [su esposa] a España en cuanto parezca oportuno a los que allí están.
5. Que los cooperantes en España se organicen como les parezca oportuno, aunque hasta próximo aviso el Comité se dirigirá a ellos por medio de Hershey (cable Paxcerno), Gran Vía 70, Valencia.
6. Que Hartzler entregará los informes económicos de la obra en España hasta la fecha, y que los cooperantes que

continúan se responsabilizarán de ello a partir del 25 de mayo.

7. Que el Comité no haga planes de enviar cooperantes adicionales a España (aparte de la hermana Nafziger) a no ser que haya una petición expresa al respecto desde el campo de trabajo. En el caso de que las cosas evolucionasen a condiciones favorables para una obra más permanente, el obispo Swartzendruber[1], de permiso actualmente en EE. UU., sea considerado para un ministerio especial.
8. Que el Comité supone que siempre que sea posible, los cooperantes en España entregarán informes detallados del programa para la reacción del Comité. También supone que al hacer planes y tomar decisiones en los próximos meses, los cooperantes van a tener que actuar directamente según los guíe el Espíritu Santo (en consonancia con estas directrices), a cuales decisiones y programa el Comité acuerda prestar su más total apoyo.

Después de que partiera Miller el 27 de mayo, Fretz, Bennett y yo concertamos con Carl Kreider, que se encontraba estudiando en la London School of Economics, para emprender juntos un viaje en bicicleta desde Londres hasta Canterbury. Salimos hacia el sur hasta Dorking, para tomar el viejo Camino de Canterbury. Después de pasar la noche con distintas familias inglesas, procuramos ceñirnos al camino que habían seguido los peregrinos a Canterbury. En el camino, íbamos a veces por senderos estrechos flanqueados de setos, otras veces por carreteras principales.

[1] Amos Swartzendruber, misionero menonita canadiense destinado a Argentina, con su esposa Edna. Lester Hershey, por cierto, era hijo de misioneros menonitas estadounidenses en Argentina; de ahí su perfecto dominio del español. Nota del traductor.

Fretz tuvo algunos problemas con su bici. Como éramos extranjeros, nos habían exigido pagar el precio completo de cada bici cuando las alquilamos. Y cuando las devolviéramos, nos devolverían todo menos la tarifa del alquiler. Haciendo alarde de ese hábito menonita de economizar, Clarence eligió una bici de poco valor. No tardó en descubrir que exigía bastante más fuerza desplazarse con ella, especialmente en las cuestas. Como eran muy buenos amigos, Bennet y él intercambiaron las bicis a cada tanto.

Fue un placer llegar a Canterbury a tiempo para una buena cena y una noche de sueño muy reparador. El día siguiente visitamos ciertos lugares históricos de Canterbury, pero descubrimos que estaban cerrados. Resulta que en Inglaterra era un día festivo. Sí pudimos ver la catedral. Después volvimos las 55 millas a Londres, deteniéndonos por el camino para ver varias iglesias y un castillo normando. Nos detuvimos en Greenwich, donde Fretz y yo encontramos el meridiano y nos pusimos los dos con un pie en el oriente y el otro en el occidente. Después nos pusimos uno de un lado y el otro del otro, y nos saludamos con un apretón de manos. Llegamos a Londres quemados por el sol y muy cansados.

Bennett partió para París el 31 de mayo mientras Fretz y yo pasamos varios días visitando lugares históricos de Inglaterra como Stratford-on-Avon, Eton College, Windsor Castle y Runnymeade. El 3 de junio embarcamos en el S. S. Niew Amsterdam en el puerto de Southampton. Nos trajo a Nueva York el 9 de junio. Yo pasé el tiempo en el viaje de regreso a EE. UU. completando mis informes sobre nuestro programa de ayuda humanitaria en España.

IV

Después de la guerra

Cuando Bennett volvió a España, explicó a Hershey y Nafziger el plan que habíamos elaborado en Londres para dar continuidad al programa. Se seguiría con la obra de ayuda humanitaria durante un año más a pequeña escala, mientras los cooperantes intentaban encontrar un lugar idóneo para desarrollar una misión de evangelización. En el caso de que tal misión evangelizadora pareciera factible y se determinara un lugar deseable, la obra se trasladaría a la supervisión directa de la Junta de Misiones.

El 16 de junio el Comité de Ayuda Humanitaria se reunió con el Comité Ejecutivo y el Comité de Misiones de la Junta de Misiones, para informar sobre el plan sugerido para la ayuda humanitaria en España como se había esbozado en Londres. Los Comités votaron aceptar el plan y desarrollar sus recomendaciones siempre y cuando se cumpliesen las siguientes condiciones: (1) que el plan entero debía ser revisado en la reunión de septiembre del Comité Ejecutivo y (2) que esa revisión debía trazar las bases para determinar el futuro del programa.

Entre tanto los cooperantes en España habían de recibir cargamentos de provisiones enviadas por la IC, para entregarlos al Auxilio Social, enviando los informes correspondientes a la sede central de la IC en París. Sin embargo el gobierno español se apoderó directamente, para su oportuna distribución, del cargamento de por lo menos siete barcos que llegaron antes de que se pudieran realizar los acuerdos para que los cooperantes continuaran con su servicio. Los

cooperantes continuaron también con sus giras de inspección de los comedores del Auxilio Social, con un mensaje de buena voluntad. Estas giras los llevaron por el país, donde pudieron conocer a muchas personas y ciudades. Esos viajes también les permitieron mantenerse en contacto con los evangélicos españoles.

Por motivo de la gran necesidad de alimentos en España; la IC decidió continuar con su obra más allá del la fecha tope del 1 de agosto que se habían fijado. Howard Kershner, el director de la IC para la ayuda humanitaria a España, declaró en una carta: «Esta distribución de alimentos va muy bien, con una estupenda colaboración por parte de las autoridades españolas. Nos están animando a seguir y se nos están abriendo constantemente puertas nuevas.

«La necesidad en España es tan enorme que si fuésemos a poder seguir mandando ayuda humanitaria en cantidades considerables, estoy seguro de que podríamos ir mejorando las condiciones bajo las que nos permiten trabajar».

El 3 de agosto Lester Hershey escribió a John L. Horst acerca de algunas de las actividades de los cooperantes: «Guardo una lista de las personas a quienes hemos ayudado con alguna donación en efectivo. Estamos tratando de distinguir claramente entre los que están severamente necesitados y los que menos. No tenemos muchos alimentos para repartir, así que les demos algo de dinero para que puedan comprárselos ellos, o medicamentos o lo que sea que necesiten». Todos los alimentos iban a parar al Auxilio Social.

En vista de la necesidad continuada en España, Orie Miller y John L. Horst de MRC se reunieron con los Comités Ejecutivo y de Misiones de MBMC el 21 de agosto de 1939 acerca de la continuidad de la ayuda humanitaria en España. Se trajeron a MRC las siguientes sugerencias: (1) Que

Nafziger, Bennett y Hershey permaneciesen en España por el presente, continuando con la ayuda humanitaria, (2) que Sarah Nafziger sea enviada a España en cuanto se pudieran hacer los trámites correspondientes y (3) que un comité constituido por Edwin Yoder, D. D. Miller y S. C. Yoder se forme para hablar con Sarah Nafziger para su entrevista final antes de embarcar.

El día siguiente MRC aprobó la designación de Sarah Nafziger, para que pudiera reunirse con su esposo en España. La guerra estalló en Europa el 1 de septiembre, y el 6 de septiembre se canceló el viaje de Sarah Nafziger con destino a Europa. John L. Horst telegrafió a los cooperantes para que continuasen colaborando con la IC si seguía siendo posible su obra en España. MRC opinaba que sería ventajoso mantener una presencia en Europa, pendiente de lo que pudiera suceder.

Howard Kershner fue a Madrid a finales de septiembre para reunirse con los cooperantes de los Amigos, menonitas y suizos, acerca del futuro de la ayuda humanitaria para España. Por causa de la guerra, 24 países europeos que habían estado apoyando el programa de ayuda humanitaria para España, ahora tenían otras prioridades de tal suerte que la IC ya no podía contar con ese apoyo. Kershner informó que la IC había designado unos 100.000 dólares para finiquitar la obra en España. Esto se iba a utilizar para adquirir leche en polvo, harina y equipamiento médico muy necesario para los cuidados infantiles. El equipamiento médico incluía varias furgonetas equipadas para la revisión médica y los cuidados de niños necesitados de atención. La IC fue clausurando poco a poco su oficina en España durante los meses de octubre y noviembre.

En cuanto a MRC, en su reunión del 20 de octubre recibió la recomendación de sus cooperantes de que se

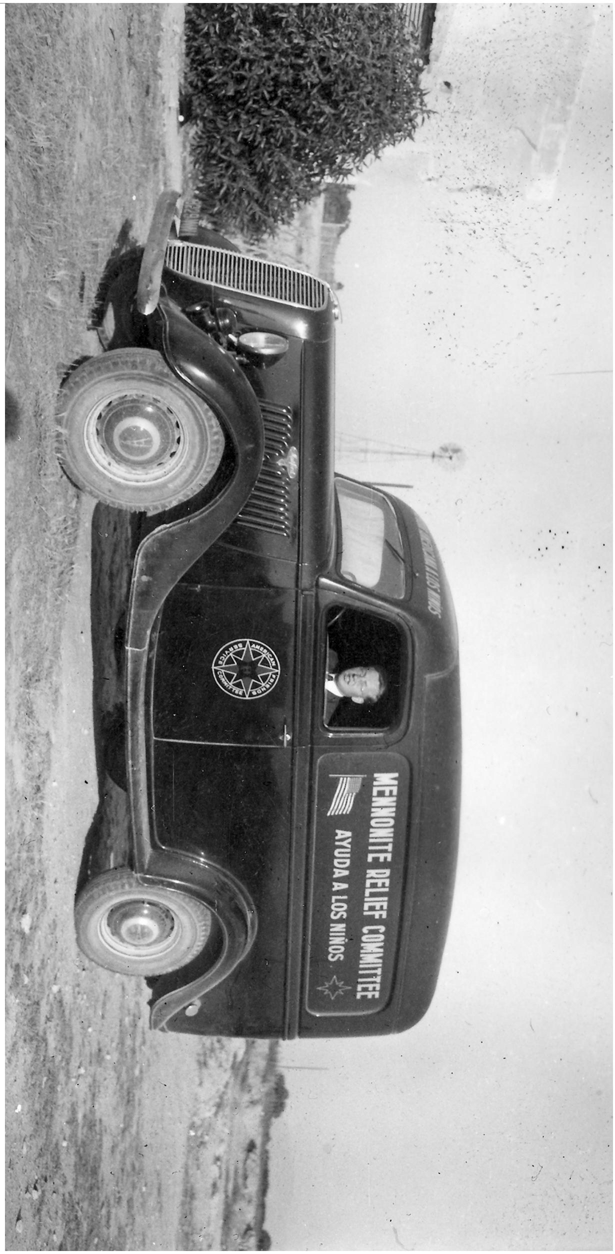
pusiera fin a la obra. Hershey y Nafziger solicitaron permiso para volver a casa. Bennett consintió en quedarse para finiquitar la obra y luego ser destinado a otro país europeo.

MRC acordó que el dinero de MRC que quedaba en España (unos 4.000 dólares) se quedase en el país, para ayudar a evangélicos necesitados. MRC se manifestó de acuerdo con el plan de MCC de enviar dos hombres a Europa para investigar las necesidades de los damnificados por la guerra. El Comité expresó la preferencia de que se enviase a M. C. Lehman para el equipo de investigación y pidió a Hershey que esperara a volver a Estados Unidos hasta que llegase Lehman. Sin embargo cuando Lehman llegó a Europa se dirigió directamente a Polonia.

En su reunión del 15 de noviembre, MRC sugirió que Hershey permaneciese en Europa hasta después que llegase Amos Swartzendruber. Swartzendruber, un misionero de permiso de Argentina, era la otra persona que se enviaba para investigar la necesidad de ayuda humanitaria para los damnificados de la 2ª Guerra Mundial. Su fecha proyectada de llegada a Londres era aproximadamente el 25 de diciembre. Nafziger regresó a EE. UU. el 7 de diciembre.

A principios de noviembre los cooperantes de MRC trasladaron su cuartel general desde Valencia a Madrid para estar más próximos a las agencias gubernamentales españolas. En un viaje entre Madrid y Valencia, Hershey fue herido por un control militar. Estos controles se encontraban en los accesos a todas las ciudades grandes.

El accidente ocurrió cuando Lester, que estaba conduciendo una furgoneta de MRC, pensó que el soldado le había indicado que siguiera, cosa bastante habitual porque los militares reconocían la insignia pintada en la furgoneta. Parece ser que el soldado en ese control era nuevo en el puesto y no se dio cuenta que la furgoneta representaba una



Levi C. Hartzler al volante de una de las furgonetas Matford de MRC.
Mennonite Church Archives, Levi C. Hartzler Collection, HNM4-372SC, Folder 3.

organización de ayuda humanitaria aprobada por el gobierno.

Cuando Lester empezó a acelerar después de casi haber detenido el vehículo, el soldado disparó a la furgoneta desde atrás. La bala dio en el suelo hacia el centro de la furgoneta, rebotó y atravesó el codo de Lester, que tenía el brazo extendido con la mano en el volante.

El gobierno español, mediante el director del Auxilio Social en Valencia, se deshizo en disculpas acerca del incidente e hizo todo lo posible para que Lester recibiese la mejor atención médica, con hospitalización, cirugía, transfusiones de sangre y cuidados médicos posteriores. Lester dice que el director del Auxilio Social vino a verle al hospital y le informó que en agradecimiento por la obra que estaba realizando por el bien de los refugiados españoles, él, el director, lo pondría en el listado de los empleados del Auxilio Social. Así se aseguraba que el gobierno español pagaría todos los gastos médicos de Lester. A pesar de la excelente atención médica recibida, Lester jamás recuperaría la capacidad de extender plenamente ese brazo.

Afortunadamente sólo había dos personas viajando cuando sucedieron estos hechos. Si los hubiera acompañado una tercera persona, habría estado sentada en el medio y le habría dado de pleno la bala rebotada.

Por cuanto MRC en su reunión del 20 de octubre había autorizado emplear para los evangélicos españoles los fondos restantes destinados a ayuda humanitaria, Hershey y Bennett elaboraron un plan para la distribución de 15.000 Pesetas. El plan consistía en depositar los fondos en la

International Banking Corporation of Madrid[1], para que se dispusiera de la siguiente forma:

1. Todas las solicitudes han de remitirse al Sr. don Juan Fliedner, pastor de la Iglesia de Jesús, Calle Calatrava 27, Madrid, quien las gestionará con la máxima discreción y guía espiritual.
2. Se dará informe detallado de todas las operaciones realizadas sobre esta cuenta, a John L. Horst, Secretario de Mennonite Relief Committee, Scottdale, Pennsylvania, EE. UU.
3. Este fondo se agotará con la presente dotación a no ser que: (a) la Iglesia Menonita tenga a bien recaudar fondos adicionales; (b) se sumen otras cantidades de otras fuentes.
4. Este fondo tendrá como titulares las siguientes personas: Juan Fliedner, Lester T. Hershey y H. Ernest Bennett. No se añadirá ninguna otra firma con derecho a retirar dinero del fondo sin la autorización expresa del Secretario de Mennonite Relief Committee.

Juan Fliedner era el tesorero de la Alianza Cristiana de Iglesias de España. Su padre había venido a España de Alemania en 1870 y empezado una obra de evangelización y educación, a la que su familia seguía dando continuidad. Tenían una escuela protestante en Madrid, que les servía como base de operaciones para realizar otros tipos de ayuda a los necesitados.

Fliedner respondió como sigue al donativo de MRC:

[1] En traducción, algo así como Sociedad Banquera Internacional de Madrid. No he conseguido descubrir qué banco pudo haber en España con un nombre más o menos equivalente en aquellos años. Nota del traductor.

«Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento a ustedes y al Comité de Ayuda Humanitaria de la Iglesia Menonita de América que representan, por el fondo de 15.000 Pesetas que tan generosamente han establecido para la asistencia a los cristianos en España que están pasando tiempos tan difíciles. Estoy agradecido asimismo por la donación de 1.000 Pesestas entregada a mi iglesia para asistencia a los necesitados, las cuales, Dios mediante, serán utilizadas para varias familias que se encuentran sin casa, trabajo ni pan, por las graves consecuencias de la guerra civil que ha suscitado contra ellos tan tristes celos y acusaciones. [...]

«Por el momento no hallo otras palabra para expresar adecuadamente la enorme y agradable sorpresa que he experimentado en medio de mis propias preocupaciones acerca del bienestar de tantas familias evangélicas españolas, que las palabras del profeta Isaías, capítulo 65:24: «Y sucederá que antes que clamaren, yo responderé, y estando ellos aún hablando, yo oiré». [...]

«Por consiguiente, habiendo depositado en mi persona tanta confianza como para pedirme gestionar este fondo, me permito proponer un plan que, después de larga e intensa reflexión, pueda acercarse al máximo a la intención de los donantes y que pueda evitar que sea un motivo de discordia, cuya distribución bien podría suscitar celos y disensión.

«1. La mejor manera de ayudar, me parece a mí, es que durante un determinado período se provea de alimento, ropa, calzado y educación (cristiana) a los niños que son o huérfanos o bien medio huérfanos, de familias que son evangélicas.

«2. Por el momento, dar a los padres o parientes de tales familias alguna ayuda económica, se encuentren o no en la cárcel.

«3. Dar préstamos para el alquiler de una vivienda o para empezar a trabajar, para familias que son evangélicas y que estén necesitando tal ayuda para poder volver a empezar.

«[...] Ante todo, hermanos, "Orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como también sucede con vosotros" en América; "y para que nosotros seamos librados de los hombres díscolos y malos: porque no todos tienen la fe. Fiel, sin embargo, es el Señor, el cual os hará estables, y os guardará del mal". 2ª Tesalonicenses 3:1-3».[2]

Fliedner exigió que las personas que recibían dinero lo devolviesen al fondo con intereses, para que pudiese reinvertirse en ayudar a otros. Hershey informa que cuando visitó España en los años 60, Fliedner le mostró una relación cuidadosamente detallada de los fondos que había prestado a los evangélicos.

A principios de febrero Hershey y Bennett partieron de España y se dirigieron a París para encontrarse con Amos Swartzendruber. Entregaron su furgoneta Matford y la máquina de escribir a MCC en París. En consulta con Swartzendruber y tras hacer las oportunas investigaciones, se destinó a Ernest Bennett a hacerse cargo de la gestión del hogar para niños españoles en el sur de Francia, hasta su regreso a EE. UU. más tarde ese año.

En marzo Swartzendruber y Hershey fueron a España para intentar determinar la posibilidad de una obra permanente de evangelización. Después de visitar a los evangélicos y observar las restricciones que estaba imponiendo el gobierno al protestantismo evangélico, refrendaron la

---

[2] Lamentablemente no he tenido acceso al original de esta carta, teniendo que traducir al castellano lo que seguramente hubo sido traducido primero al inglés. Nota del traductor.

conclusión a que ya habían llegado antes los cooperantes, de que la hora no había llegado todavía para intentar ningún tipo de programa misionero en España.

Swartzendruber y Hershey regresaron a EE. UU. en abril de 1940 e informaron de sus conclusiones a MRC. La Guerra Europea estaba ahora en pleno apogeo, y la iglesia volvió su atención a las necesidades de ayuda humanitaria ocasionadas por esta otra guerra. Obra que desarrollaría MCC.

Y al cabo de algunas décadas

por Dionisio Byler

El relato de Hartzler cierra con la esperanza de los menonitas, de algún día poder retomar el proyecto de contribuir a la evangelización de España en clave evangélica.

En los años 70, coincidiendo con los últimos años del régimen nacionalcatólico, esta idea tuvo por fin ocasión de prosperar. Tras consultar con los evangélicos que ya estaban presentes en España y habían resistido con firmeza los años de represión, los menonitas respetaron la opinión de que no hacía falta ahora una proliferación de multitud de denominaciones evangélicas nuevas. Pero sí había oportunidades para una misión menonita que colaborando con los evangélicos españoles, pudiera centrarse en la enseñanza teológica.

A principios de los años 70 se cerró el Seminario Evangélico Menonita de Teología, de Montevideo, Uruguay. Esto liberó para servir en otro destino a Juan Driver, uno de los misioneros menonitas que eran profesores de dicho centro. Juan y su esposa Boni, llegarían a España en 1975.

En los años entre la Guerra Civil Española y la llegada de Driver, la teología menonita había sufrido un vuelco importante hacia la recuperación de los valores del movimiento anabaptista del siglo XVI, del que habían surgido los menonitas. Resumiendo en pocas palabras, se trata de una forma de cristianismo centrado en la persona de Jesús y sus ideas y enseñanza según se recoge en los evangelios. El énfasis en el pensamiento de Jesús y el seguimiento radical

de su conducta ejemplar, estaba —y sigue— aportando savia nueva al pensamiento cristiano. Juan Driver, por su enseñanza y sus escritos, fue en el último tercio del siglo XX el exponente más claro de esta corriente en lengua castellana.

Entre tanto, algunos de los muchos españoles que habían emigrado a Bélgica, habían aceptado el cristianismo evangélico menonita en Bruselas. Ahora, con un cierto relajamiento del régimen en los años finales de Franco —amén de nuevas oportunidades económicas en España— algunos de ellos soñaban con volver y establecer una comunidad menonita en su país de origen. Ese grupo se establecería en Barcelona.

MBM[1], la misión menonita norteamericana, me conocían bien y me invitaron a acompañar a los Driver en la aventura de abrir una misión menonita en España. Sin embargo a pocas semanas de recibir esa invitación, conocí a la que sería mi esposa (ambos vivíamos en Argentina) y el desarrollo inmediato de mi vida personal me hizo declinar esa invitación. Así que Juan y Boni vinieron solos y yo me olvidé del asunto hasta algunos años más tarde, cuando llegó una segunda invitación. En esta ocasión la iniciativa la tomaron los líderes de un movimiento cristiano radical en Burgos, pero MBM adoptó gustosamente el proyecto. Nuestra familia llegó a España, entonces, en 1981.

Actualmente la «familia denominacional» AMyHCE (Menonitas, Anabautistas y Hermanos en Cristo - España) es una de muchas en FEREDE (Federación de Entidades Religiosas Evangélicas en España) y contamos con una docena de iglesias en diversos puntos del país. Desde

---

[1] *Mennonite Board of Missions*, como a todo esto había acortado su nombre la agencia misionera que figura en el relato de Hartzler como MBMC.

principios del presente siglo XXI, AMyHCE está integrada en el Congreso Mundial Menonita, como una de las conferencias nacionales que lo componen.

Contra los deseos de aquellos heroicos evangélicos españoles sobrevivientes del nacionalcatolicismo que en los años 70 deseaban evitar la proliferación de denominaciones evangélicas en España, ese fenómeno resultó ser inevitable. Y al final, entonces, la tradición menonita o anabautista también halló su encaje con total naturalidad dentro del cristianismo evangélico español.

Y así halló cumplimiento, por fin, una parte importante de la motivación de aquellos cooperantes y de las iglesias menonitas de EE. UU. que los apoyaron durante su tiempo de servicio en España. La motivación evangelizadora, donde se reconoce tan humanitario compartir el evangelio como compartir leche y pan, sin que una cosa desmerezca la otra.

En los años transcurridos desde nuestra llegada a España, he tenido la experiencia en diversas ocasiones de encontrarme con personas que se beneficiaron del ministerio cristiano de ayuda humanitaria descrito en estas memorias de Levi Hartzler. Me han comunicado con emoción su sentimiento de gratitud. Emoción que comparto y que me ha inspirado a abordar el proyecto de traducir y publicar este relato.

Bibliografía

Hartzler, Levi C., Diario, 1937-39

Jones, Sylvester, *Through Loyalist and Insurgent Spain, December 1936 - January 1937*, American Friends Service Committee

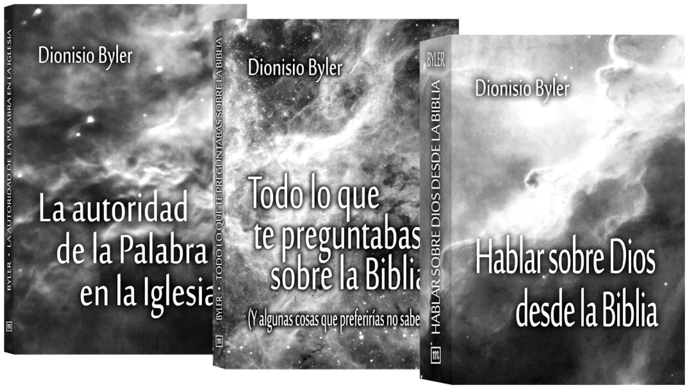
Mennonite Church USA Archives. Aquí se han archivado los papeles y fotografías de Levi C. Hartzler tocantes a la obra tratada en este libro. También las siguientes actas:

Minutes [Actas], Mennonite Board of Missions & Charities, Comité Ejecutivo y Comité de Misiones, 1937-40

Minutes, Mennonite Relief Committee, 1937-40

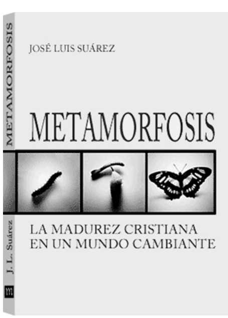
Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War*, Harper & Row Colophon Edition, 1963, New York

Tal vez le interesen otros títulos de Biblioteca Menno:



La Trilogía de Dionisio Byler sobre la Biblia

- La autoridad de la Palabra en la Iglesia
- Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia
  (Y algunas cosas que preferirías no saber)
- Hablar sobre Dios desde la Biblia



Metamorfosis

La madurez cristiana
en un mundo cambiante

por José Luis Suárez

Durante la Guerra Civil Española del siglo pasado, muchas personas de todo el mundo colaboraron en labores de ayuda humanitaria para los civiles que acabaron deambulando como refugiados por todo el territorio español.

Esta es la historia de los cooperantes menonitas que vinieron enviados por Mennonite Relief Committee (MRC—Comité Menonita de Ayuda Humanitaria) durante los años 1937-39. Se dedicaron principalmente a alimentar a niños refugiados con un desayuno escolar básico, de leche y pan. También distribuyeron algunos otros alimentos, jabón, ropa y calzado. En la distribución del territorio español entre las diferentes agencias que cooperaban, a los menonitas les tocó principalmente ayudar en la parte republicana. Murcia, Extremadura, Castilla-La Mancha y Andalucía, con Valencia como puerto de entrada para sus provisiones.

LEVI C. HARTZLER, uno de aquellos cooperantes menonitas, escribió sus experiencias más de medio siglo después, basándose en su diario y en las actas de MRC. El resultado es un relato lleno de interés humano, donde apunta con simpatía su observación de las costumbres y vivencias de los españoles durante la guerra. Cuenta de la excelente relación que MRC mantuvo con los funcionarios civiles y militares republicanos, bastante menos simpatía por parte de los vencedores de la guerra. Las convicciones evangélicas (protestantes) de los menonitas resultaban sospechosas para la ideología nacionalcatólica.